

2a. Edición

José de Jesús Martínez

LA INVASION DE PANAMA



.87
6ip

Causadías Editores

7309
M36



"José de Jesús 'Chuchú'

Martínez(1929-1991) es uno de esos personajes únicos en la vida de los países latinoamericanos. Nació en Nicaragua, adquirió posteriormente la nacionalidad panameña, estudió en Costa Rica, Chile y México.

Doctorado en filosofía en Madrid, con post grados en Lógica y Matemática en Alemania y Francia, profesor universitario y escritor varias veces galardonado, ingresa a la Guardia Nacional de Panamá como recluta. El general Omar Torrijos lo convierte simultáneamente en su escolta, asesor y en el encargado de atender a personalidades extranjeras que después habrían de ocupar las más altas posiciones en sus países, o serían galardonados con las más altas distinciones literarias: Felipe González, Daniel Ortega, Sergio Ramírez, George Price, Jaime Paz Zamora, Gabriel García Márquez, Graham Greene, para mencionar sólo algunos.

LA INVASION DE PANAMA

José de Jesús Martínez

LA INVASION DE PANAMA

Causadías Editores

Colección
TESTIMONIO
Editora: María Dolores Pérez P .

© Fundación Omar Torrijos
© Silvania Branchetti de Martínez
© Causadías Editores, Ltda.
Calle 86 No. 49 - 33 - Santafé de Bogotá, D.C., Colombia.

Primera edición: Julio de 1991
Segunda edición: Enero de 1992

Películas: Fotolito Villalobos
Carátula: Revista Diálogo Social

ISBN; 95356-2-3

Impreso por: Editorial Presencia Ltda
Impreso en Colombia
Printed in Colombia

INDICE

I.	LA VISPERA DE LA INVASION	9
II	LA INVASION	23
III.	AL DIA SIGUIENTE	33
IV	LA SEMANA SIGUIENTE	57
V	EJÉRCITO CIPAYO Y PERMANENCIA DE LAS BASES	67
VI	DE LA INFAMIA Y SERVIDUMBRE	77
VII	POR AMOR, NO POR DINERO	87
VIII	LA AGRESION ECONOMICA.....	95
IX.	LA RENDICION DE NORIEGA.....	101
X.	NUESTRO HOMBRE EN PANAMA	109
XI.	EL GENERAL NORIEGA	117
XII.	EPILOGO	141

**Malditos sean
los que solicitaron la invasión de Panamá.
¡Malditos! ¡Malditos sean!**

I LAS VISPERAS DE LA INVASION

El 16 de diciembre de 1989, tres días antes de la invasión, hubo un incidente entre unos soldados norteamericanos que pasaban en automóvil frente a un retén en el Cuartel Central de las Fuerzas de Defensa. Ellos alegaron, después, que venían de una cena y que se habían perdido. Seguramente venían en tragos, y con ese espíritu insolente y soberbio auspiciado por la prepotencia con la que su país venía agrediendo a Panamá, puyándola constantemente para que los embistiera y ellos tuvieran el pretexto para clavarnos el estoque. La cosa es que no hicieron el alto reglamentario y se les disparó. Hubo un norteamericano muerto. Inmediatamente comenzó los Estados Unidos a hablar de intervención militar, en una nueva ofensiva de esa guerra psicológica que desde hace rato habían desatado contra nuestro país.

Tenían meses y meses de estar realizando unas maniobras militares fuera del área de sus bases con el propósito de "ablandar" a la población mediante el miedo. Y también con el de hacer un reconocimiento del área que iban a invadir. Después ellos mismos han reconocido y públicamente confesado que gracias a esas maniobras, las de la verdadera invasión pasarían camufladas en el comienzo, porque todo el mundo pensó que el movimiento de tropas y la inusitada actividad en el aeropuerto de Howard, el más importante que tienen en el país, no eran más que puras maniobras intimidatorias. Una prueba más de que la invasión estaba decidida muchos meses antes de los incidentes que comentamos, y que Bush, desvergonzadamente, alegó que fueron causas.

Eso fue el sábado. Al día siguiente, domingo, durante todo el día hubo tensión, miedo, el ambiente estaba cargado

de presentimientos. Mis hijos ni siquiera me pidieron que los llevara a la "piscinita", un lugar de recreo donde era ya costumbre, tradición casi, ir los domingos por la mañana. Se quedaron jugando en casa, en voz baja. Mariabé, mi hija de 9 años, escogió los juguetes más chiquitos y se puso a jugar en un rincón, escondida.

El lunes hubo otro incidente. Murió un policía panameño. El norteamericano que lo mató "tuvo la impresión" de que el policía iba a echar mano a su arma. Le pegó un balazo y salió corriendo en su carro. Al menos eso es lo que publicaron los periódicos. Pero eso no saldó la cuenta. Un norteamericano equivale, en la contabilidad de ellos, a miles de panameños, como se demostró después. La tensión fue creciendo.

El 3 de octubre se había dado un intento de golpe contra el General Noriega que, aparentemente por una falta de coordinación, falla. Después se ha sabido que más que una falta de coordinación, la causa de su fracaso se debe a que los Estados Unidos no quiere que ese golpe se logre, porque si bien sacaría al General Noriega del poder, la estructura de las Fuerzas de Defensa habría quedado intacta. Y a los Estados Unidos lo que le interesa realmente es, no sólo tumbar a Noriega, sino, sobre todo, dismantelar ese ejército animado con un espíritu nacionalista que le dotó el General Torrijos y que obstaculizaba su voluntad de incumplir los Tratados. Ese golpe, por eso, no debe triunfar. Y los Estados Unidos le presta el mínimo apoyo militar. Lo suficiente para cumplir con las apariencias de una postura antinorieguista, con la que estaban justificando su agresión, pero no para que logre sus objetivos. Bloquean una de las carreteras por donde podían llegar las fuerzas leales a Noriega, pero no la principal. El golpe fracasa y varios de sus gestores, traicionados por los norteamericanos de los que era natural esperar su ayuda, son sumariamente ejecutados. Luego se ha hecho público que la invasión ya estaba preparada desde muchos meses atrás y que sólo le hacía falta la ocasión. Era una invasión esperando un pretexto. Pero uno que le permitiera lograr sus propósitos. El derrocamiento o captura de Noriega no era, ni mucho menos, el fundamental.

En un momento dado Bush lo dijo casi que explícitamente, cuando afirmó en una conferencia de prensa que los Estados Unidos aplicarían la fuerza militar cuando ellos mismos lo decidían y convenga a su propia estrategia. No cuando lo quieran y soliciten militares rebeldes panameños. Había algo de justificación en lo que declaraba y quizás también algo, no mucho, de vergüenza. Yo vi la conferencia por la televisión.

En el famoso documento **Santa Fe II**, que prefigura la política de la Administración de Bush, como anticipó, con mucha precisión, por otra parte, Santa Fe I la de Reagan, se afirma textualmente que “ni la expulsión de Noriega ni la realización de elecciones serán suficientes”. El objetivo fundamental es “la reforma de las Fuerzas de Defensa”. Aquí la palabra “reforma” se la está usando eufemísticamente, por supuesto, porque lo que tienen en mente es su destrucción, el total desmantelamiento de la institución militar. La rebelión del 3 de octubre de los oficiales panameños pretendía sólo la expulsión de Noriega, por cierto que para salvar la institución armada. Por supuesto que no pretendían reformarla. Y menos aún en el sentido en el que los norteamericanos quieren. Por eso los Estados Unidos los apoya sólo para que fracasen.

Es un consuelo, triste y amargo, saber que nada de lo que pudimos hacer, con Noriega o sin Noriega, habría podido evitar la muerte política de nuestra nación, el crimen horrendo y genocida de los Estados Unidos. Estaba decidido desde los primeros días de la administración de Bush.

¿Cómo se explica el descontento de oficiales de las Fuerzas de Defensa que, me consta de muchos de ellos, son honrados e inteligentes? Entre ellos destaco al Coronel Quezada, el Mayor Valdonado, el Capitán Macea, y sobre todo al Coronel Eduardo Herrera, por el que siempre tuve mucho respeto. Sé que este reconocimiento puede perjudicarlos temporalmente, porque están jugando un papel en las nuevas Fuerzas Armadas, cipayas del imperialismo. Pero le debo lealtad a los que van a leer esto en el futuro y no quiero dejar en el tinero nada que pueda ayudarlos a comprender la historia de su país.

Mi explicación es que lo hicieron, como decía más arriba, para salvar la Institución, y en consecuencia parte muy fundamental de la herencia de Torrijos. Veían cómo la presencia de Noriega al mando de las Fuerzas de Defensa era una ocasión que ponía en peligro a la Institución. Pero cayeron en el error de pensar que los norteamericanos iban a dejar escaparse su presa fundamental: esa misma Institución que les bloqueaba el camino hacia la permanencia de las bases después del año 2000, entre otras cosas no menos importantes. En el Documento Santa Fe II, citado más arriba, se dice, textualmente, que “deberán iniciarse las discusiones en torno a una defensa realista del Canal después del año 2000. Estas pláticas deberán incluir la retención, por parte de Estados Unidos, de un número limitado de instalaciones en Panamá (principalmente la base aérea de Howard y la estación naval Rodman), para una adecuada proyección de fuerza en el hemisferio occidental.” El objetivo de la invasión, pues, no puede estar más claramente expuesto ni más pillada y descubierta la mentira de que su objetivo era la destitución de Noriega y la democratización del país.

Incluso en una ocasión el Coronel Díaz, en esos momentos Segundo Comandante en Jefe de la Institución, mandó a proponerles un plan, a través de Elliott Abrams, del Consejo de Seguridad norteamericano, para que se quedaran en sus bases, pero con ciertas condiciones que, aparentemente, los gringos no aceptaron.

Oí de este plan cuando el Coronel se lo mandó a decir a Fidel Castro, mediante Monseñor Arceo, el llamado Obispo Rojo de Cuernavaca, que iba para Cuba. En aquellos momentos en los que no sabía lo que sé ahora, vi el plan con muchísima desconfianza. Y me extrañaba que el Coronel Díaz le comentara eso, que entonces me parecía una traición, a Fidel Castro. Quién sabe cómo lo habrá tomado Fidel.

Otro error que cometieron los oficiales rebeldes fue el de plantearse el problema a un nivel estrictamente racional. Cometieron lo que Torrijos llamaba “el error de pensar”. En este contexto Torrijos llamaba “pensar” al pensamiento lógico, frío, objetivo. Y él siempre creyó que los problemas de la

patria pertenecen a la moral y al corazón fundamentalmente. Por eso su categoría política básica era la dignidad, que es un concepto moral. Desde el punto de vista estrictamente racional es una locura oponerse, en su propio campo, al imperio norteamericano. Como fue una locura la de Fidel Castro de embarcar ochenta hombres en un barquito diseñado para trece. Como fue una locura la de los nicaragüenses de alzarse contra un ejército profesional con rifles calibre 22. Como fue una locura la del Che Guevara, asmático, la de hacer una guerrilla en Bolivia. También la posición de Noriega de enfrentarse al imperialismo desde un país absolutamente dependiente, como es Panamá, era una locura. "Noriega no piensa con la cabeza -dijo uno de los oficiales alzados en la declaración que rinde cuando lo toman prisionero-, Noriega piensa con el hígado". Yo lei esa declaración. La vi sobre una mesa en una oficina de las Fuerzas de Defensa y disimuladamente lei la parte donde se decía eso.

Uno de los militares que se alza contra Noriega es un capitán vecino inmediato mío. Por cierto que cuando fueron a buscarlo a su casa la confundieron con la mía, y me rompieron la puerta. El no estaba en su casa, se había refugiado en una base militar yanqui. La dejaron abierta y al día siguiente me dijo Niriam, la muchacha doméstica que trabaja en mi casa, que se habían metido los ladrones en la del Capitán. Es incluso posible que se la hayan dejado abierta con el propósito de que la saquearan. Yo cogí mi AK, un fusil que me regalaron en Nicaragua, e hice unos tiros al aire para que salieran los ladrones con las manos arriba. Pero cuando salieron vi que eran muchachos de la barriada. Les dije que no lo hicieran más y que se fueran. Esto lo cuento sólo porque después, cuando llegan los yanquis, es posible que algún vecino me haya acusado de que yo tengo armas, y van a mi casa a buscarme. Yo ya no estoy ahí. Lo curioso es que van a mi casa, se supone que a buscar armas, pero no la allanan, como lo hacen siempre ellos.

El fracaso de la asonada del 3 de octubre se lo hace aparecer como la consecuencia de una falta de coordinación, como decía más arriba. El apoyo del ejército norteamericano es demasiado tímido. Todos reciben la impresión de que

Bush no sabe aprovechar la coyuntura. Su fama de presidente pusilánime, de "wimp", como se dice en inglés, crece. Sobre todo después del Rambo Reagan. Al pueblo norteamericano se lo ha acondicionado, se lo ha puesto en condiciones de entender que Bush queda al acecho de una próxima oportunidad, listo a saltar sobre ella en cuanto asomara la cabeza. Y de aprobar esa conducta. Bush se ha presentado como una persona decidida a sacudirse su mala fama de suave. Y cuando una persona sin conciencia tiene que demostrar que no la tiene, es capaz de hacer el mayor de los crímenes. Es como cuando un maricón quiere demostrar que no lo es. La invasión de Panamá, que ya estaba preparada, que le faltaba sólo la ocasión para desatarla, tenía ese sentido.

Por supuesto que no es el sentido auténtico. El objetivo real de la invasión, y de toda esa política de agresiones desmesuradas, es, fundamentalmente, la destorrijización radical, de raíz, y en consecuencia la permanencia de las bases militares más allá del año 2000. Porque en ese año, de acuerdo con el Tratado firmado por Torrijos y Carter en 1977, debe abandonar el país el último soldado yanqui. Ese, y no el Canal, es el objetivo de los norteamericanos. Después de todo, el Canal subsidia básicamente la economía capitalista, y sobre todo la norteamericana, independientemente de quien lo maneje y de quién sea su propietario. La invasión no tiene que ver nada con Noriega. Sólo formalmente, como pretexto.

Con lo que tiene que ver bastante es con las bases. Los Estados Unidos no están dispuestos a abandonarlas. Así lo confiesan abiertamente en el documento ya citado, Santa Fe II. Desde ellas se controla el Caribe, Centroamérica y América del Sur.

Pocas semanas antes de la invasión el General Thurman, un tipo delgado, soltero, sin familia (de alguna manera esta información es pertinente), y que está al mando del llamado Comando Sur sito en Panamá, declaró públicamente por la televisión que una de las funciones de ese Comando es darle apoyo logístico militar a la guerra que se lleva a cabo en Colombia. Guerra que ellos dicen es contra el narcotráfico

pero que fundamentalmente está apuntada hacia el muy importante movimiento revolucionario que nace en Colombia hace cuarenta años y que se desarrolla y crece cada vez más. Colombia no es el Salvador, ni Nicaragua o Cuba. Ni siquiera las tres juntas. Ni en habitantes ni en extensión geográfica o riqueza. Colombia tiene 30 millones de habitantes y casi ilimitados recursos naturales. Una revolución en Colombia cambia la correlación de fuerzas a nivel continental. En consecuencia, hay que sofocarla. El equipo militar y el entrenamiento que los Estados Unidos le da a Colombia, en gran parte desde el Comando Sur en Panamá, está diseñado para combatir la guerrilla, no el narcotráfico.

Además, los últimos acuerdos sobre armas nucleares entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, han vuelto a darle a la guerra convencional una importancia que en la época de Carter, cuando se firman los Tratados, no tenía. El alto grado de tecnología bélica que ha logrado crear armas convencionales muy sofisticadas, precisas y destructivas, como se demostró en Panamá precisamente, hace cada vez menos necesarias las nucleares. Por todo esto, Estados Unidos tiene que recuperar el derecho a unas bases militares, después del año 2000, que en un momento de descuido perdió. Quiere renegociar los Tratados o encontrar alguna forma de permanecer en Panamá más allá de los próximos diez años. Y eso es lo que no podía hacer mientras las Fuerzas de Defensa conservaran la estructura y el espíritu que habían heredado del General Torrijos.

El gobierno panameño que debe inaugurarse estos días llega a 6 años del 2000. A esa distancia del vencimiento de la presencia norteamericana en el país ya no puede haber renegociación. Ni los críticos más cínicos de los Tratados podrán hablar mal de ellos, como lo hicieron en la época del General Torrijos. En consecuencia es ahora mismo, ya que los norteamericanos deben poner, a cualquier precio, un gobierno títere que represente sus intereses y que les garantice de algún modo la permanencia de las bases militares. Había que dismantelar inmediatamente a las Fuerzas de Defensa. Había que sacar al General Noriega, ya, porque él era el pretexto.

Buscaron una excusa y la encontraron en el soldado que no quiso detenerse en el retén. Pero cualquiera otra les habría servido de detonante igualmente. Decir, como lo dijo Bush, que se invadió Panamá porque se había matado a un soldado norteamericano, es una mentira tan descarada, desvergonzada, cínica, que se oye el gorgojeo apagado de una risita burlona detrás de la voz de Bush. No se prepara en tres días una invasión con la magnitud de la que se deja caer sobre Panamá. Tenía meses y meses de estar minuciosamente preparada y esperando la ocasión. Ellos mismos lo han dicho. Porque no les importa contradecirse y mentir. No respetan la opinión pública, ni la de su propio país, y menos aún las otras. Y hacen bien, porque todas se lo aceptan todo servilmente.

El asunto de Noriega también fue un pretexto, como digo. Toda esa campaña contra la moralidad del General Noriega tenía como propósito convencer a la gente de que él era el objetivo principal de la agresión norteamericana, y en consecuencia el responsable de lo que podía pasarle a Panamá, que a la postre fue la más brutal invasión genocida. Y lo han logrado incluso en sectores que se consideran políticamente cultos: Noriega es el responsable de que el ejército norteamericano nos haya invadido. No los Estados Unidos, el General Noriega. El culpable de esos miles de muertos calcinados por las bombas yanquis es el General Noriega. No los Estados Unidos.

La campaña contra la moralidad de Noriega se basó en la táctica de ser tan exagerada que aun cuando fuese verdad sólo un pequeño porcentaje de lo que se decía de él, eso era suficiente para hacer de Noriega un monstruo. No podía ser falso todo. Algo, aunque sea un poco, debía ser verdad. Y ese poco, esa pequeña parte de lo desmesuradamente mucho, era ya suficiente para que Noriega fuese odioso.

Advierto que una forma de propagarse esta mentira, de que Noriega era el responsable de la invasión, es con la observación, frecuente, de que nada de esto habría pasado si Torrijos hubiese estado vivo. Para mí está claro que los gringos habrían invadido igual. Incluso es posible que con el

liderazgo de Torrijos el número de combatientes patriotas, y en consecuencia de muertos, habría sido superior. Yo no sé qué habría hecho Torrijos, tan avaro con la sangre de su pueblo, pero si sé que los norteamericanos de ningún modo iban a dejar que llegara el año 2000 sin arreglar a su conveniencia el asunto de las bases militares y de un Panamá sumiso y neutralizado políticamente, servil, castrado y divorciado completamente de los movimientos de liberación centroamericanos.

Con Torrijos, repito, no solamente habría sido lo mismo, habría sido peor. A menos que Torrijos, aguantándose la baba de odio de sus detractores, hubiese decidido rendirse a los norteamericanos y a todas sus pretensiones, antes de que éstos dejaran caer su lluvia de fuego y de paracaidistas, en mitad de la noche, sobre la población panameña. Porque la inmólación, que era la única alternativa, tiene sentido sólo para los que quieren salvar su alma. No para los que quieren hacer el bien. De lo que si estoy seguro es de que, si me lo hubiera preguntado él, y yo supiera lo que sé ahora, le habría aconsejado, con lágrimas en los ojos, la rendición.

Estoy absolutamente convencido de que lo que el imperialismo invade es precisamente al General Torrijos, sus Tratados, sus Fuerzas Armadas, su espíritu nacionalista, su política regional, incluso su Noriega. Porque lo que para ellos Noriega tenía de malo es justamente lo que tiene de Torrijos, de su política exterior independiente, de su nacionalismo. Había, pues, que, literalmente, rematar a Torrijos. Ya le habían matado el cuerpo. Ahora había que matarle el alma y su legado.

No es gratuito el que, inmediatamente después de la invasión, comenzaran los títeres del imperialismo a borrar toda presencia formal del General Torrijos. Formal, porque materialmente ya todo había sido borrado. No quedaba ni una sola de sus instituciones. Solamente las Fuerzas de Defensa y, sobre todo, los Tratados del Canal, con su estipulación de que al medio día del 31 de diciembre de 1999 no habría ya en Panamá ni un solo soldado norteamericano. Y también quedaba el nombre de "Omar" para un parque

infantil, y el de "Omar Torrijos", para el aeropuerto que él mismo había mandado a hacer. Y un mural nacionalista en la fachada de la Asamblea Nacional. Y creo que nada más. A todo eso se le borró su nombre o fue destruido. De Torrijos, que fue el objetivo militar de la invasión norteamericana, y el objetivo político de la oligarquía panameña, sólo quedan los Tratados del Canal y lo que alguien ha llamado "El Fantasma de Veraguas", su provincia. Porque hasta de su tumba, que quedaba en lo que antes de su gestión había sido una base militar yanqui, lo han desalojado. Yo le había sugerido a su familia que lo enterraran en el cementerio del Chorrillo, que es donde originalmente estaba, por cierto. Allí iba a estar bien acompañado, si no de los muertos del Chorrillo, sí de sus últimos dolores. La familia del General, sin embargo, opta por depositar la urna que contiene sus pobres restos en la iglesia del Santuario. Y entonces sucede una cosa extraña. Alguien va y se roba los restos del General. Una viejita que estaba rezando dice que vio a dos extranjeros, en pantalones cortos, "bermuda's pants" que les llaman, más o menos en el lugar y la hora en que se realiza el secuestro del cadáver del General Torrijos. La única explicación que tiene eso es que han querido eliminar un lugar en el que los revolucionarios puedan citarse. O a lo mejor lo han hecho sólo para escupirnos en el rostro, para humillarnos, para orinarse en nuestra nacionalidad. Porque igualmente se robaron, del Museo Nacional, la primera bandera panameña. O a lo mejor le tienen miedo a la vida que hay en la muerte del General. Y en eso no se equivocan, en tenerle miedo al fantasma.

En un momento dado, dentro de la euforia de la verborrea antimperialista, que se nos permite porque están convencidos de que es inofensiva, el General Noriega dice, en uno de sus discursos, algo así como que los Estados Unidos nos agrade "como si estuviésemos en guerra". Inmediatamente el coloso del norte pega un brinco y comienza a gritar, a los cuatro vientos, fingiendo ridículamente susto, que "Panamá le había declarado la guerra a los Estados Unidos". No la Asamblea Nacional, que es la única con la potestad legal de hacerlo, sino que Noriega mismo en persona. Los Estados Unidos, pues, están perfectamente justificados, para dejarle caer todo el peso de su potencial bélico a un país que le ha

declarado la guerra. Es un acto de defensa propia que debe ejecutarse antes de que Panamá invada a los Estados Unidos.

Esto lo digo para que se vea la clase de fibra, tosca y podrida, con la que se teje la historia contemporánea de ese gran país que otrora fue los Estados Unidos. Yo no les veo otro "destino manifiesto" que el de despeñarse en el podridero de la historia donde moralmente ya han caído. Y lo digo también para que se vea la eficacia de una propaganda burda pero científicamente llevada a cabo. Gente seria y honrada me ha dicho que fue un error de Noriega declararle la guerra a los Estados Unidos.

Parecería mentira que sean tan eficientes las campañas publicitarias si no recapacitáramos sobre la tecnología sofisticada que el imperialismo norteamericano ha desarrollado en los campos que más le interesan: la industria bélica, la tecnología industrial, y la técnica de vender, un cepillo de dientes, un automóvil o una reputación, buena o mala. Y con la misma pericia con la que puso a un hombre en la luna, vendió la idea de que la culpa de la invasión fue de Noriega. Así como es casi imposible que no nos guste la Coca-Cola, es imposible que nos guste Noriega. Y por las mismas razones, técnicas, de publicidad. La vergüenza que podríamos sentir de ser tan vulnerables a la publicidad está encubierta y disimulada, incluso de nosotros mismos, por mecanismos impuestos por la propia publicidad.

Seguramente no hay una oficina específicamente dedicada a desarrollar y ejecutar una campaña publicitaria políticamente orientada, pero sí hay una inteligencia colectiva de clase que sin reunir materialmente a los individuos que participan de ella, los pone de acuerdo y los coordina. Por eso, en los Estados Unidos, hay una efectiva libertad de prensa. El sistema no necesita imponer una censura ni dar la línea porque censura y da la línea desde dentro de los periodistas. La libertad de prensa, en los Estados Unidos, es como la que se le podría dar a un eunuco para que haga el amor.

Es muy difícil librarse de una propaganda tan bien

organizada como la que se desató contra el General Noriega. Conforme pasa el tiempo y los acontecimientos, lo que va quedando cada vez más claro es que el General Noriega era un obstáculo insuperable para poder incumplir los Tratados Torrijos-Carter.

Como lo decía más arriba, Bush invade Panamá alegando cínicamente que era, además, para proteger vidas norteamericanas y para traernos la democracia. No le importa que sea una mentira tan descabellada que más bien es un insulto a la inteligencia del mundo a quien la dice. Los mismos norteamericanos han tenido que confesar después que desde mucho antes de esos incidentes estaba ya preparada esa invasión. Porque nadie iba a creerles que una operación de esa magnitud había sido improvisada. Por otra parte, sin embargo, todo parece indicar que el mundo no se da por ofendido. Más bien se hace el que lo cree y se agarra a ese pretexto para seguir sirviéndole al imperialismo.

Lo decía el General Torrijos, con relación al genocidio somocista del pueblo nicaragüense, pero que ahora se le puede aplicar a la masacre que los Estados Unidos hacen en su propio Panamá del alma: "Tan criminal es el que ejecuta un crimen como el que lo ve y no hace nada por evitarlo". El mundo entero, y muy particularmente los países hermanos de América Latina, vieron el crimen que se comete en Panamá. Y nadie hizo ni dijo nada. Salvo Nicaragua y Cuba, por supuesto. Luego fueron cómplices, vergonzantes o descarados, de los Estados Unidos. Francia apoya a los Estados Unidos. Inglaterra apoya a los Estados Unidos. Canadá apoya a los Estados Unidos, y, por supuesto, no podía faltar en esta lista de grandes, Costa Rica apoya a los Estados Unidos. Obsérvese que no digo en lo que son grandes.

El humo espeso y sombrío de los acontecimientos en el campo socialista, donde en apariencia se resquebraja lo que se suponía era la opción de los pobres, encubre los que suceden en Panamá. Especialmente porque los medios de información de los Estados Unidos deliberadamente exageran los muertos y la violencia en Rumania para minimizar los de Panamá. En todas las televisoras y periódicos del mundo

salió una gran cantidad de imágenes de los muertos en Rumania y en la plaza Tienanmen de China. Pero en ningún lugar del mundo, que yo sepa, salió una sola imagen de un muerto panameño. A pesar de que aquí hubo más muertos que en Rumania y en China juntos. Y, que yo sepa también, a nadie le ha extrañado esto. Fue una campaña norteamericana que le sirvió en dos frentes, para desprestigiar el socialismo y para ocultar la masacre en Panamá. Y para el mundo, fue un pretexto cómodo que le permitió desentenderse del genocidio panameño. Pero el corazón sabe cuando nos estamos mintiendo.

NOTAS

IN THE TIME OF THE TYRANTS, PANAMA: 1969-1990, por R. M. Koster y Guillermo Sánchez. (Panameños) W.W. Norton and Company, Nueva York 1990. Pág. 93:

“Como la iglesia, los Estados Unidos es una cosa de este mundo dedicada a los valores trascendentes, que fue fundado para que florecieran en este planeta esos valores. Esos valores libertad, democracia, ley, etc...- son la razón por la cual existen los Estados Unidos”.

II LA INVASION

Cinco horas antes de la invasión, entre las seis y las siete de la tarde, Endara, Arias Calderón y Ford, que hasta ese momento no son más que la terna frustrada de las pasadas elecciones, son invitados a cenar a Quarry Heights, base militar yanqui sede del Comando Sur. La invitación se las lleva el agregado comercial de la embajada de los Estados Unidos. Esta información la obtenemos de ellos mismos.

Nadie duda de que el Comando Sur carece de toda base legal para existir. El Tratado del Canal, y me refiero al viejo, al de 1903, en el que un francés cede en bandeja de plata el honor de Panamá, sólo le autoriza a los Estados Unidos bases para defender el Canal. El Comando Sur tiene una función mucho más amplia y beligerante. Apoya al ejército salvadoreño en su lucha contra los movimientos de liberación. Igualmente al colombiano. Oportunamente apoyó a Somoza en su guerra contra los sandinistas. Monitorea a Cuba. Jugó un papel protagónico en el golpe mortal contra el Presidente Allende. Amenaza a toda Sudamérica. En fin, es un vigía que salvaguarda los intereses locales de los Estados Unidos. Esto no tienen más remedio que reconocerlo, por muy cínicos y mentirosos que quieran ser, las propias autoridades civiles y militares de los Estados Unidos. Allí, en ese bastión ilegal, se les ha invitado a tres panameños a cenar. Lo de la cena es un pretexto. El propósito es otro. Pero algo debieron comer. Algo debieron beber. El auténtico propósito es informarles oficialmente que su patria iba a ser invadida en las próximas horas. Yo no sé si se les dio la noticia antes o después de la cena, o durante. Si fue antes, ¿cómo pudieron comer después? Si fue después, ¿cómo no se les paralizó la digestión? Si fue durante, ¿cómo pudieron tragar el bocado que tenían

en la boca? Y entonces se les pregunta si están dispuestos a dirigir el país que está próximo a ser destazado. Acceden. Quién sabe si manifestaron alegría o si pusieron hipócritamente cara de compungidos. Frente a algún notario o funcionario que los norteamericanos ya tenían preparado, porque conocen la clase de gente con la que están tratando, son juramentados en su cargo de presidente y primer y segundo vicepresidente. Quieren hacer las cosas de acuerdo a esa Constitución que están violando vulgarmente. Saben bien que la Constitución Nacional hace "obligatorio" defender con las armas a la patria en el caso de ser invadida por una potencia extranjera. Ellos, no como patriotas, como simples ciudadanos, están constitucionalmente obligados a defender, con las armas, el país que los vio nacer. Por supuesto que no lo hacen. Es que ni siquiera le avisan a sus compatriotas de la inminente invasión, y del genocidio que implica una potencia militar como la norteamericana cayéndole encima a uno de los países más pequeños e indefensos del continente. Están sentados, ya comidos y bebidos, cuando, sin duda, oyen pasar los aviones y los helicópteros. Y, casi inmediatamente, la explosiones que comienzan a sucederse con un ritmo irregular de corazón de patria que agoniza.

Yo no me jacto de ser cristiano, pero no puedo evitar sentir una compasión por estos pobres miserables comparable solamente con el odio que siento por ellos. Cuando esta gente llega al poder efectivo, castigan, con la cárcel, a los que salieron a defender su patria. Los que trabajaron con el Gobierno son automáticamente despedidos. Conozco gente muy valiosa, como Moravia Ochoa, por ejemplo, excelente poeta, que ni siquiera se molesta en ir a su trabajo. Perteneció a los Batallones de la Dignidad y eso la hace delincuente, prófuga. El país está en manos de los invitados a Quarry Heights, de los que quieren llegar al fondo de su vileza y su cobardía. Quieren aumentarla para ver si pega un salto cualitativo. Cobarde y vil por mil, cobarde y vil por mil quinientos. No tienen otra salida que la ignominia absoluta. Por lo menos es absoluta.

Pero además, hay otra razón, profunda y perversa, para que los invitados a Quarry Heights, una vez en el poder que

los norteamericanos hacen ver que les dan, suelten la jauría contra todos los que tuvieron algún cargo en el gobierno del país invadido. A saber, era una forma de justificar la invasión. Como ésta estaba fuera de toda escala, la represión política debía estarlo también para tratar de justificarla. Al menos debía tratar de estar a la misma escala. Se lo debían al amo. Sólo así se explica la cantidad de presos y de juicios contra gente seria y honrada, dentro de los que hay, por ahora, hasta dos ex Presidentes de la Nación. Haberlos tratado con justicia, o en todo caso con moderación, habría sido equivalente a tratar de injusta la invasión, una invasión que los invasores llamaron “causa justa”.

El crimen que los Estados Unidos comete contra el pueblo de Panamá revienta violentamente en esa madrugada del 20 de diciembre. En la noche se destacan las luces de colores que adornan las casas festejando la Navidad bien próxima, a sólo cuatro días. Especialmente en los barrios pobres. Este año los ricos han decidido apoyar a los norteamericanos haciéndose los mártires perseguidos por el régimen de Noriega. No van a festejar la Navidad. Castigan al país privándole de una fiesta a esa crema y nata de la sociedad que ellos mismos se consideran. Pero a los pobres no les queda más remedio que aprovechar cualquier ocasión para tratar de ser felices y, por lo menos en mi barrio, bien popular, de Río Abajo, casi todas las casas tienen algunas lucitas de colores. La mía, además, tenía en la puerta la cara de un Santa Claus, gordo, rosado, norteamericano. La gente duerme. Los niños sueñan con juguetes. Y entonces comenzó el bombardeo. El regalo de Bush a los niños panameños.

Según datos recogidos por el sismógrafo de la Universidad Nacional, “sólo en las primeras 14 horas del 20 de diciembre, primer día de la invasión, el ejército norteamericano lanzó en el área metropolitana de la ciudad de Panamá 417 bombas y explosivos de alto poder”. El bombardeo comenzó en el Chorrillo, barrio bastante distante del mío. Pero se oían los bombazos sordos y seguidos. Todo el mundo se despertó, a pesar de que era un ruido lejano. Pero es que era un sonido absolutamente inusual, mortalmente serio, tético. Y entonces comenzaron a entrar llamadas telefóni-

cas. Unos, para preguntar si sabíamos lo que estaba pasando, y confirmar lo que sabían perfectamente bien pero que no se atrevían a encararlo. Y otros para decírnoslo. Los yanquis estaban invadiendo el país.

A pesar de todo, me surge una sonrisa amarga cuando recuerdo que un compañero, por lo demás brillante profesor universitario, me dijo por teléfono que posiblemente todo no era más que unas maniobras del ejército norteamericano, como las que tenían meses de venir realizando cada vez con más frecuencia. Quién sabe qué mecanismo de defensa, qué infantil candor y concepto generoso de la humanidad, le hizo bloquear lo que estaba viendo desde su balcón en un sexto piso pero que aún así no podía creerlo.

Todos esperábamos la invasión. “Sabíamos” que vendría. Ya era la única carta que les quedaba por jugar para llevarse el botín que les interesaba. Lo sabíamos, pero no lo “creíamos”. Y menos que vendría con esa intensidad, con ese despliegue monstruoso de fuego y de tecnología. Si la intención de los Estados Unidos hubiese sido la invasión de Panamá solamente, que no fue así, lo habría hecho a escala panameña. En las intervenciones anteriores, como la de 1925, por ejemplo, o la más reciente de 1964, nos dejaron, respectivamente, quince y veinte y dos muertos. Que son cifras a escala panameña, y no con las que nos midieron.

No estamos acostumbrados a lo infinito. No hay nada infinito en el mundo, y la invasión de la potencia militar más poderosa de nuestra época contra un país pequeño y desarmado, era una maldad infinita. Una maldad infinita sólo comparable, y posiblemente incluso superada, por la perversa ignominia de esos panameños que pidieron y gozaron la violación de la patria. Como si la patria fuese la culpable de su propia ruindad e impotencia. Desvergonzados, desalmados, porque no tienen ni la vergüenza de saber lo que son ni alma con qué sentirla.

Me vestí rápidamente y salí sin saber exactamente dónde debía ir. Como lo más cerca a mi casa era el Cuartel de Panamá Viejo, hacia él me dirigí. La carretera, sin embargo,

estaba totalmente bloqueada con obstáculos. Me salí de ella con la intención de darle la vuelta. En el momento de intersectarla nuevamente veo un montón de autobuses que se dirigían al Cuartel. Como era oscuro, no veía quiénes, si alguien, venían dentro. No sé por qué pensé que eran gringos. Quizás porque nunca había visto en Panamá esos buses. Tantos y todos iguales. No supe entonces, y nunca he sabido después, de quiénes eran esos buses. Entonces me decidí a ir a una oficina que llamamos El Manguito. Creo que le llaman así por un palo grande de mango que hay en la casa vecina. Los que trabajan allí se dedican fundamentalmente a hacer análisis políticos y a manejar un poco las relaciones internacionales de las Fuerzas de Defensa. Yo no trabajo con ellos, pero allí me habían permitido poner mi computadora. La perdí, por supuesto, en la invasión. Tienen que haberse llevado los gringos una buena sorpresa cuando revisaron el material que tenía en su memoria: poemas, obras de teatro, apuntes de matemática. He leído en uno de los periódicos de la oligarquía, **Crítica Libre**, 10 de enero de 1990, una referencia al Manguito como “tenebrosa oficina de inteligencia del dictador Noriega supuestamente dedicada a la historia y al análisis geopolítico, en realidad centro de reunión y conspiración de guerrilleros y espías cubanos, nicaragüenses y libios”. Ojalá hubiese sido verdad.

En el camino pasé por el aeropuerto de Paitilla, y fue allí que, de pronto, tomé conciencia de cuán serio era lo que estaba pasando. El hangar de la Fuerza Aérea, a cuyo lado pasa la calle por donde yo iba, estaba siendo bombardeado y ardía y crepitaba furiosamente, con una violencia que no tenía explicación. Quizás haya sido por los depósitos de gasolina que allí había. Me llamó la atención la precisión con la que se le atacaba. Ni una sola bomba caía en los hangares colindantes. Todavía no había visto un video que comentaré después.

Me entró un gran pesar, un sentimiento de que estaba ante lo irremediable, ante una pérdida para siempre. Y explico por qué: hacía poco tiempo, un par de semanas, había tenido un accidente en una isla del archipiélago de San Blás. Por razones que no vienen al caso recordar, y además

porque me duele cada vez que lo hago, perdí el control del avión en el momento justo en que debía despegarlo de la pista. Se fue el avión hacia la izquierda, metí todo el freno derecho, no cogió, y me fui a dar contra unas ramas que, aunque amortiguaron el golpe, destruyeron totalmente mi querida avioneta. Físicamente no me pasó casi nada. Me golpeé un poco la rodilla y se me rompieron los dientes delanteros. Posteriormente, con el concurso de un mecánico de aviación, pude recuperar el motor, la hélice, los radios y los instrumentos del avión. Eso es más de la mitad de lo que un avión cuesta. Y especialmente el mío, que estaba particularmente bien provisto de radios. La cosa es que Catito, que así se llama el mecánico de aviación de quien hablo, trabajaba en la Fuerza Aérea, y por lo mismo fue allí donde guardó los restos de mi avión. En ese hangar que estaba ardiendo con una violencia impresionante y crepitando furioso, como si fuese un animal que se quemaba vivo. En los momentos en que escribo esto todavía no sé si Catito estaba esa noche terrible allí. Porque sé que hubo muertos.

Cuando llegué al Manguito ya estaban allí el Teniente Ku, que era el jefe de la oficina, Guillermo Castro, cuyo hermano, Nils, en esos momentos estaba en Buenos Aires atendiendo a una reunión de la Coppal, en la que él ocupa un puesto importante, Fulano de Tal, uno de esos nacionalistas que no necesitan argumentos para convencer, porque su personalidad, su calidad humana, son las mejores razones en favor de lo que dice. Me ha pedido que no ponga su nombre, porque lo pueden encarcelar por haber salido a defender su país. Y había también unas tres unidades de compañeros que trabajaban allí. Todos tenían su AK y montaban guardia. Desde allí los bombazos que caían sobre el Chorrillo y el Cuartel Central se oían con más claridad. Al poco rato comenzamos a oír los que caían sobre el Cuartel de Panamá Viejo, por donde acababa yo de pasar, y sobre San Miguelito, barrio que colinda con el mío. Llamé por teléfono a mi casa y todos estaban bien.

No había otra cosa que hacer más que ponerse a esperar. Tarde o temprano los yanquis iban a llegar. Es posible que la oficina no fue bombardeada para no destruir los documentos

que allí había. Y cometieron el error de no atacarla inmediatamente porque eso dio tiempo para destruir los documentos comprometedores. Pero eso fue como 48 horas después, por consejo del compañero Fulano de Tal, cuando el enemigo se acercaba. Esa primera noche, como digo, no había otra cosa que hacer más que esperar. Esperar y estar oyendo un avión C-130, cañonero aéreo muy sofisticado, que se pasó rondando toda la noche encima de nosotros, y que nosotros oíamos sin poder verlo, porque era una noche oscura, sin luna, aliada del enemigo.

NOTAS

LIDERES FUERON INFORMADOS DE INVASION 5 HORAS ANTES.

LA HAYA, (REUTER).- Los nuevos líderes de Panamá supieron que los Estados Unidos invadirían su país aproximadamente cinco horas antes del ataque, dijo el vicepresidente panameño Ricardo Arias Calderón.

“En la noche del martes 19 de diciembre, entre las 18:00 y las 20:00 nosotros (el nuevo presidente Guillermo Endara, Arias y el segundo vicepresidente Guillermo Ford) fuimos invitados por el agregado comercial de la embajada de los Estados Unidos a cenar en la base estadounidense, entre medidas de seguridad”, dijo Arias al periódico holandés NRC Handelsblad.

“Nos dijeron que el 20 de diciembre a las 01:00, comenzaría una invasión estadounidense a Panamá... Querían saber cuál sería nuestra posición y si estábamos dispuestos a formar un gobierno”, relató Arias al periódico.

Más tarde, aproximadamente cuando las tropas estadounidenses iniciaron el ataque para derrocar al hombre fuerte panameño general Manuel Noriega, los tres nuevos líderes juraron. (Se juramentaron en el cargo).

LA BATALLA DE SAN MIGUELITO

Tomado de **El Periódico**, No. 14, mayo de 1990.

“¡Alerta! ¡Alerta! Batallones de la Dignidad y los Codepadi. Clave Cutarra”. Este fue el cintillo que aparecía constantemente en

la Televisora Nacional (TV-2) a partir de las 11:30 PM del día 19 de diciembre de 1989. Los voluntarios del Batallón de la Dignidad "San Miguel Arcángel" acudimos de inmediato al cuartel de la undécima zona militar, en San Miguelito. Ahí vimos al Teniente Coronel Daniel Delgado Diamante comunicándonos a los oficiales, clases y tropa bajo su mando que Panamá estaba siendo invadida. Acto seguido arregló para que tanto militares como brigadistas empuñáramos las armas y saliéramos a defender la patria.

Abandonamos el cuartel de la undécima zona y nos dirigimos al complejo deportivo de Los Angeles # 2. Mientras esperábamos a hacerle frente a las hordas invasoras, empezaron a llegar algunos miembros de los Macho Montes, de la F.A.P., de los Batallones de la Dignidad "Rosa Elena Landecho", "Liberación Latina" y del comando torrijista "16 de diciembre". Todos nos ofrecían detalles de lo cruento que eran los enfrentamientos en Fuerte Amador, Balboa, El Chorrillo, Paitilla, Panamá Viejo y Tocumen.

A las 2:00 A.M. del 20 de diciembre la aviación enemiga intentó bombardear la instalación militar de Tinajita, falló en su primera pasada, y más bien hizo blanco en algunas viviendas cercanas, provocando las primeras víctimas civiles de San Miguelito. La valerosa y heroica Compañía de "los Tigres" de Tinajita contra-atacó a las 2:30 A.M. con su artillería liviana, destruyendo posiciones de los agresores. De 4:30 a 5:00 de la madrugada del día 20, los helicópteros yanquis bombardearon el cuartel de la undécima zona militar y lo destruyeron. Los residentes de Los Andes # 2 abrieron las puertas de su casa y nos ofrecieron desayuno. Querían ellos así expresar su solidaridad con los defensores de la patria.

De pronto, a eso de las 6 A.M., la aviación yanqui reanudó su bombardeo contra Tinajita y los helicópteros depositaron observadores en las lomas de Los Andes y ametrallaron la Escuelita de esta comunidad, donde teníamos apostados nuestros propios vigías. Se respondió al ataque con ráfagas de ametralladoras y los artilleros enemigos, en su loca desesperación por eliminarlas, dispararon erráticamente sus cohetes, haciendo añicos los techos de varias moradas. Un militar patriota apuntó su lanzacohetes contra una de las naves atacantes y acertó el disparo, obligándola a alejarse echando humo, probablemente para luego caer en otro lugar.

Ya para las 9:00 A.M. del primer día de la invasión, los atacantes extranjeros lanzaban sus cohetes y bombas por los alrededores del Cristo Redentor, Villa Lucre, Cerro Viento y por otros sectores de San Miguelito. Por carecer del apoyo de fuego

antiaéreo, un sentimiento de impotencia se apoderó de nosotros, militares y brigadistas. Pero como pensábamos que el ataque aéreo enemigo era de ablandamiento para que luego avanzara su infantería y sus tanques, permanecemos en nuestras trincheras de lucha. Por fin descendieron tropas aereotransportadas en helicópteros de doble hélice a las faldas del Cerro Tinajita, y entre el fuego de los morteros operados por miembros de la undécima zona, al mando del Teniente Coronel Daniel Delgado Diamante, y el fuego de los fusiles de los Tigres y de los miembros del Batallón San Miguel Arcángel, le sacamos la mugre a los marines yanquis. No pudieron avanzar ni siquiera una pulgada. En ese lugar les causamos muchas bajas, entre heridos y muertos. Siempre que intentaban ascender por el cerro con el propósito de capturar el cuartel, se les disparaba, obligándoseles a poner pecho en tierra. Así se les mantuvo hasta las 5:00 P.M., hora en la que fueron evacuados en helicópteros.

Sólo después de la retirada de los agresores de Tinajita esa tarde del 20 de diciembre, los guerreros tuvimos un reposo y así pudimos enterarnos de los combates en Río Hato (Coclé) y en Coco Solo y Cristóbal (Colón). Un integrante del comando torrijista "16 de diciembre", que evitó ser capturado por la soldadecza invasora en Amador, nos narró la triste historia de lo acontecido a una compañera de su mismo Comando que, herida gravemente, mientras agonizaba, le dijo a otra combatiente de nombre Xenia: "Cuida de mis hijos y háblales de mí", y luego murió.

Durante la noche del 20 de diciembre ocurrieron enfrentamientos muy costosos en pérdidas materiales y de vidas para los que hollaron nuestra soberanía. Un convoy yanqui que se acercaba por las afueras de Paraíso fue emboscado y el vehículo lleno de soldados enemigos se hizo estallar. Un par de tanquetas quedaron fuera de acción. Igual fin tuvo otro convoy que provenía posiblemente de Chilibre hacia San Miguelito. Sufrió bajas humanas y se les inmovilizó varios vehículos. Semanas después conocimos por vía de la televisora SCN (TV-8) que ese grupo de asalto constaba de 32 unidades, y que había sufrido 24 bajas. Solamente "heridos", según ellos.

III AL DIA SIGUIENTE

Amaneció lúgubre, gris, silencioso, pero no como piedra, como mudo. Con ese silencio espeso que surge de las propias explosiones. Después se supo que en las primeras horas de la brutal embestida habían muerto miles de panameños, civiles y militares. Según cifras, y comentarios, de los propios norteamericanos, en pocas horas habían muerto, comparativamente, más panameños que norteamericanos durante toda la guerra del Viet Nam. Eso según las cifras de los norteamericanos, archiconservadoras, porque según las nuestras, por cada soldado americano muerto en Viet Nam a lo largo de quince años, murieron, comparativamente, 12 panameños, en unas pocas horas. Porque no se contentaron con bombardear el Cuartel Central, ubicado en pleno corazón del Chorrillo, sino que también le tiraron a los alrededores, para que los defensores del Cuartel no tuviesen hacia dónde huir. Y para matar civiles, porque eso es parte del terror que la guerra psicológica quiere infundir en su enemigo. Y este terror debe ser proporcional y a escala de la cantidad y la calidad de la gente a la que quieren aterrorizar. En el caso panameño, era la población entera, que tenía una larga tradición antimperialista. Una pequeña cantidad de muertos no era suficiente.

He visto un video hecho por el ejército norteamericano en donde se filma el bombardeo del Cuartel Central y de otros objetivos. Se ve el interior del avión C-130 y toda la parafernalia tecnológica llena de equipo sofisticado. Hay dos pantallas grandes de televisión que son como la mira de un cañón, porque tiene cuatro rayas perpendiculares que no se intersecan porque en el centro está el espacio que ocupa el objetivo apuntado. Se ve, clarito, como estallan los bomba-

zos, mudos, en todo el centro de la mira. Nunca más lejos de unos cuantos metros, a lo sumo. A pesar de que es de noche se ve todo muy claro y muy de cerca, porque usan lentes infrarojos. Y a pesar también de la altura, quizás unos mil quinientos metros, a la que vuela el avión. Hay una escena en la que la cámara va siguiendo un automóvil con una mirada lenta y felina que impresiona por lo serena y segura. De pronto se ve el bombazo, y el carro desaparece literalmente. Se ve igualmente una ametralladora rara, llena de cables, apuntando hacia abajo. Tal es la velocidad, vertiginosa, con la que dispara que un soldado norteamericano recoge los casquillos con una pala. Se ve también un cañón que tira, casi de un solo golpe, cuatro proyectiles tan grandes como el antebrazo de una persona. A todo esto, se oyen las risas de la tripulación yanqui y sus comentarios como: "Good shot!". Es un avión grande, cuatrimotor, C-130, equipado como una cañonera. Lo que quiero decir, lo que los mismos norteamericanos nos están diciendo al mandarnos el video a Panamá, es que con las nuevas técnicas de puntería no hay absolutamente la posibilidad de darle a algo a lo que no se le ha apuntado. Las casas del Chorrillo, llenas de familias pobres, fueron apuntadas, despacio, en frío, y deliberadamente bombardeadas.

La propuesta y perfectamente planeada masacre de la población civil tiene un propósito claro: la de asegurarles a los norteamericanos, mediante el terror, una paz de cementerio que les garantice sobradamente llegar y pasar el año 2000. Porque el terror es eficaz. El millón de muertos españoles le aseguró a Franco un régimen fascista de más de cuarenta años. Los quince mil asesinados en Chile por Pinochet le permitieron a éste durante lustros estar en el poder. El terror funciona bien, y el ejército yanqui lo ha puesto a funcionar en Panamá. Nos han querido dejar castrados para los próximos 20 años. 10 más del que necesitan para poder quedarse enquistados en nuestro territorio durante todo el próximo siglo. Nos han chupado el tuétano de la combatividad. Nos han aterrorizado. A mí eso me duele más que a cualquiera. Pero si no comenzamos por reconocerlo, no vamos a recuperarnos "nunca jamás", como explícitamente lo quiere la oligarquía. Claro, a ella qué va a

dolerle, si desde hace rato está ya castrada. Además, ni falta le hace lo que le han cortado.

Un mes después, en la Universidad Nacional, estando yo en su librería, vi una patrulla, que ni siquiera era grande, apenas de unos diez soldados, totalmente arreados para el combate, que se atrevía a caminar por el campus universitario tranquilamente. Anteriormente bastaba que un policía panameño pisara apenas la acera de la Universidad para que los estudiantes, defendiendo la autonomía universitaria, salieran a la calle a tirarles piedras a los militares y a incendiar los carros oficiales. Es célebre, y merecida, la tradición combativa del estudiante panameño. Y esta vez veían una patrulla norteamericana, en arreos de combate, con el rostro pintado de negro, verde y azul, y no decían nada. O se quedaban viéndolos, hipnotizados, o bajaban el rostro. Desde luego, tragando saliva, saliva y mierda. Porque “esos diablos matan”, como le oí decir a un campesino.

En inglés hay un verbo que no se puede traducir: “To overkill”. Es algo así como sobrematar. No es nuestro rematar. Por ejemplo, a una cucaracha se la mata pisándola, pero se la “overkill” dándole varias veces y fuertemente con un martillo. O gozando cuando con la suela del zapato la restregamos contra el piso, odiándola. Y ese fue el caso de Panamá. Porque estoy convencido de que la intención de los estrategas norteamericanos fue la de paralizar con el terror a toda la región, no sólo a Panamá. Como dice el refrán: “Se lo digo a Pedro para que lo sepa Juan”. Desde luego que fue un mensaje para Nicaragua y Cuba. Pero sobre todo para Nicaragua, que en esos momentos estaba en plena campaña electoral. El nicaragüense fue a las urnas con un revólver cargado y amartillado apuntándole en la sien, amenazado de muerte, él y toda su familia. Tenía todas las razones para pensar que si ganaban los sandinistas los gringos declararían fraudulentas las elecciones e invadirían, exactamente como habían hecho en Panamá dos meses antes. Ya estaban allí, a media hora de vuelo, los 30,000 soldados yanquis y todo el equipo militar con los motores ya encendidos, viéndolo cómo depositaba su voto. Si así le pegaban a Panamá, donde no había ningún proyecto revolucionario, cómo no le

pegarían a ellos, que estaban haciendo la revolución más linda del mundo, y en consecuencia la que más odiaban ellos.

La mañana del día 20 un joven llamado Riaño, que era quien me arreglaba los radios de mi avión, fue al aeropuerto a ver si le había pasado algo al taller que allí tiene con su papá. Un helicóptero, desde lo alto, vio el automóvil que conducía y le lanzó un solo cuetazo que dio en pleno blanco, matando al muchacho instantáneamente. Lo que quiero decir es que ya no es como antes, cuando las explosiones caían alrededor del blanco acercándosele cada vez más. Ahora un solo disparo basta.

Y basta un solo panameño para justificar un cuetazo. Los norteamericanos llevaban en el brazo un como pañuelo blanco, pero que en realidad era un transponder, es decir, un medio para poder ser identificado electrónicamente desde un avión o helicóptero en plena noche y desde cualquier distancia y altura. De ese modo, una persona detectada, por el calor de su cuerpo o de cualquiera otra manera, que no fuera norteamericano, era inmediatamente muerta.

La confrontación no fue de soldado a soldado, sino de avión y helicóptero a tierra. Sólo cuando ya se había arrasado a bombazo limpio el objetivo, llegaban los soldados a pie. Mejor dicho, en tanques y tanquetas. Los norteamericanos no invadieron con una fuerza capaz de vencer la resistencia panameña. La invadieron con una fuerza desmesurada capaz de aplastar desde el aire, como se aplasta un insecto, barriadas enteras. Lo único que les faltó por usar fueron armas atómicas. Pero de allí para abajo, se usó todo.

El Chorrillo es un barrio muy densamente poblado. 25,000 habitantes en sólo un par de kilómetros cuadrados. Y ardió, como cajitas de fósforos. 3993 casas destruidas. Eran casas viejas y de madera, de la época de la construcción del Canal. Fueron mandadas a hacer por los ricos, lo más baratas posibles, para alquilárselas a los obreros que, a pico y pala, sudor, sangre y muerte, construyeron el Canal.

Con la destrucción del Chorrillo, la aviación y los caño-

nes del ejército invasor le hicieron un servicio a la oligarquía. Esos lotes son terrenos que tienen un valor muy superior al que perciben por los alquileres de los cuartos miserables de esas casas. Por alguna ley que quién sabe por qué está allí todavía, la oligarquía casa-teniente no había podido derrumbar esas casas para vender los lotes o construir casas nuevas. Y menos aún derrumbarlas todas, para barrer de allí a los pobres, como basura, y que los lotes adquieran más valor. Ahora ya, ellos dirán que no les queda más remedio, podrán hacerlo. La oligarquía, luego de la invasión, ha tenido el cinismo de decir que fueron los mismos Batallones de la Dignidad quienes incendiaron el barrio. Y parece mentira que haya quienes participan de ese cinismo fingiendo que creen eso.

Los llamados, con todo derecho, Batallones de la Dignidad, se forman como milicias populares para defender el país de la invasión que se temía. La Constitución panameña hace obligatorio la defensa de la patria. Menciono esto sólo porque después de la invasión, el gobierno títere y traidor que los Estados Unidos ponen, despidió de sus trabajos a todos los que cometieron el delito de defender la patria perteneciendo a los Batallones.

El gobierno títere ha levantado unos campos de refugiados para atender a los damnificados del Chorrillo. Yo los he visto sólo por la televisión. Alguien los ha llamado "campos de concentración". Actualmente hay un problema con los damnificados del Chorrillo. Son más de 18,000 que los tienen calcinados en esos campos. Ellos, ingenuamente, piden que los reubiquen en su mismo barrio. No se dan cuenta, no se quieren dar cuenta, de que la oligarquía está feliz de haber podido barrerlos de allí. Estoy seguro de que sobre las ruinas de sus humildes hogares van a construir casas lindas de apartamentos, bancos, parques para los ricos. Pero lo que son ellos, los chorrilleros, ahí no regresan.

Era un barrio tan miserable, el Chorrillo, tan pobre, que uno mismo está al borde de estar contento de que ya no exista más, si no fuera porque los que tenían la desgracia de vivir ahí, tienen ahora la desgracia mayor de no tener dónde vivir.

Irónicamente alguna responsabilidad de esa desgracia le cae al propio General Torrijos. Porque siempre le andaban diciendo que sacara el Cuartel Central de la Guardia de ese barrio tan feo, maloliente y pobre. Que hiciera construir otro nuevo en un sitio más apropiado y agradable. Y él siempre decía que no, que él quería que los soldados vieran todos los días la miseria del pobre, porque “en la medida que uno no ve la pobreza, se olvida de ella”. Para mí es muy reconfortante saber que Torrijos está muerto y que no puede ver las consecuencias de ese acto de amor que le tuvo a su barrio del Chorrillo. El barrio de él, cuyas calles caminaba los sábados para comprar billetes de lotería, esos papelitos que valen cincuenta y cinco centavos y que representan la única esperanza a la que tienen derecho los pobres, en cuya fila le gustaba estar, más que por necesidad, por la compañía.

No solamente al Chorrillo le tocó el triste martirologio con el que será recordado. También se atacó Panamá Viejo. Allí hay una barriada de emergencia, una “barriada bruja” como se la llama, porque los miserables construyen sus casitas de lata y cartón durante la noche, y a la mañana aparecen ya hechas, como por acto de brujería. Y es que la ley puede impedir que las hagan, pero no destruir las ya hechas.

Igualmente en los alrededores del Cuartel de Tinajita, y sobre todo en San Miguelito, que colinda, precisamente, con el barrio en el que yo vivo, y cuyo bombardeo terrible lo podían oír mis hijos. En una ocasión, me cuentan ellos, pasó un helicóptero, como un pajarraco enorme, negro y silencioso, por encimita de la casa tirando metralla sobre un campo de juegos infantiles que hay enfrente. No había nadie allí ni eso puede ser un objetivo militar. El propósito, obviamente, era sembrar el terror, infundir pánico, sobre todo en las clases populares, para garantizarse por muchos años la paz de cementerio que les permita incumplir los Tratados impunemente. Yo no estaba ahí, pero Mariabé, mi hija de 9 años, me dijo que tuvo que refugiarse debajo de la cama con su hermano.

La invasión a Panamá es el operativo más importante y de mayor calibre de los Estados Unidos desde su guerra

contra el Viet Nam. Estoy hablando de la invasión de la potencia militar más grande, moderna y sofisticada del mundo, contra un país minúsculo y subdesarrollado que no tiene ni un solo avión militar. Ni un solo cañón. Pero que no quiso arrodillarse y doblegarse y humillarse más de lo que ya lo estaba. Y ya lo estaba bastante, como todo país dependiente. En Panamá ni siquiera hay moneda nacional. Los únicos cañones que tiene son unos que usa para darle la bienvenida a los Jefes de Estado que visitan el país, con los 21 cañonazos clásicos.

El día siguiente de la invasión las calles de la ciudad estaban totalmente desprotegidas. No había un solo policía. Y de pronto, por generación espontánea, se regó como pólvora la idea de que se podían saquear impunemente los negocios. Muy particularmente los supermercados, las grandes tiendas donde se vende comida. Debo suponer que la idea brotó de la cabeza, o del estómago, de los pobres. Pero el saqueo fue completamente generalizado e inmediato. Como los cardúmenes de sardinas, que cambian de dirección y se mueven sincrónicamente, todas a la vez. Asimismo se volvió la gente, todos a la vez, hacia los supermercados. Una vez violadas las puertas de los negocios, todo el mundo entraba a ver qué podía sacar. Gente de la clase media, chiquillos, pobres, todo el que podía, entraba y salía con licor unos, los pobres con comida, otros con las cajas registradoras, los aires acondicionados, las computadoras, y un montón de cosas indudablemente valiosas, pero absolutamente inútiles para quienes cargaban con ellas.

Yo quisiera poder decir que percibi un poco ese odio de clase que los pobres le deben tener a los ricos. Pero no es verdad. Yo habría querido que si el 20 fue el día de la invasión, que el 21 fuese el del “desquite”, el día en el que los pobres le pasaran a la oligarquía esa factura vieja, sudada y ensangrentada, que le debe. Pero no es verdad, no lo fue. Sí percibi odio, pero más bien fue de los ricos para con los pobres. Porque llegó el momento en el que los ricos comenzaron a temer que los pobres, luego de saqueados los comercios, comenzaran a entrar, cuchillo en mano, en sus mansiones. Y pensaron bien, los ricos. Porque eso era lo lógico, y cuidado

que incluso lo justo. Fueron los pobres los que no estuvieron a la altura de lo que incluso sus enemigos esperaban de ellos. Los ricos tienen una capacidad de odio que ya la quisiera para mí. Y para mis hijos. Y para los pobres. Porque odiar, al enemigo, es bueno, es sano.

Se hicieron barricadas en todos los barrios ricos e incluso de la clase media. A la entrada de uno de ellos recuerdo haber visto una pinta que decía: "Residentes, O.K. U.S. Army, O.K." A quienes se les prohibía la entrada era a los pobres. Ellos decían que a los Batallones de la Dignidad, pero la verdad es que a quienes detenían, apuntándolos con pistolas y fusiles, era a la gente pobre, tan fácilmente identificable por su ropa y su aspecto físico.

En un barrio elegante hubo uno de esos incidentes que a uno le gusta llamar "castigo de Dios". Y es que los ricos que estaban en una de esas barricadas, se entusiasmaron todos, como señoritas histéricas, al ver pasar un helicóptero yanqui y comenzaron a saludarlo agitando, felices, brazos y armas. Los yanquis malinterpretaron ese entusiasmo y los ametrallaron. Murieron cinco, creo.

Han querido echar a rodar la bola de que los que saquearon los almacenes y negocios fueron los Batallones de la Dignidad. Eso es falso. Yo andaba por las calles esos días y lo que pude observar es que era la gente en general la que robaba, y sin ningún asco o remordimiento, como si no estuviesen cometiendo un delito, como pienso yo efectivamente que no lo estaban cometiendo. Hay que recordar que todos esos almacenes, supermercados y negocios, se lucieron apoyando a la sedición e incluso abiertamente la intervención militar norteamericana.

Culpa de ellos es no haber previsto lo que implicaba claramente la destrucción repentina de las Fuerzas de Defensa. Yo creo que los miembros de los Batallones en el inicio trataron incluso de imponer el orden. En la entrada de un supermercado cerca de mi casa vi que un miembro de los Batallones disparó una ráfaga al aire, para espantar a los saqueadores. Nadie le hizo caso y el saqueo continuó tan

campante como antes. Casi todos los miembros de los Batallones eran negros o cholos, sudados, mal vestidos, y el pueblo los supuso en su bando y no tomaba sus órdenes demasiado en serio. Los ricos, por supuesto, los supusieron en el bando de sus enemigos.

Sí es verdad que algunos estaban “requisando” automóviles. Quitándoselos a sus dueños para andar en ellos haciendo sus diligencias. Yo andaba en uno prestado y dos veces me lo quisieron requisar. Afortunadamente, sin embargo, pude convencerlos de que el carro no era mío, como en efecto no lo era, y pude salvarlo. En una tercera vez, cuando me dieron el alto un retén de milicianos, en lugar de detenerme aceleré, y me hicieron un disparo, pero debe haber sido al aire. No oí ni de un solo caso en el que algún miembro de los Batallones le hubiese hecho daño a nadie. Y sí de muchos en los que algún rico, y una gran cantidad de ellos estaban armados, hiriera o matara a un miembro de los Batallones.

Quién sabe cuántas bombas, morterazos y cañonazos, tiraron sobre Panamá. Al principio era cada segundo. Después cada dos segundos... No pueden ser menos de varios miles, porque el asedio duró días. En América Latina no hay precedente de un volumen de fuego tan enorme. Las armas más sofisticadas, la tecnología literalmente de guerra espacial, se usó contra el Chorrillo, contra Panamá Viejo, contra San Miguelito, Río Hato, Tocumen, etc... Combatientes panameños ahí no había más de dos mil. Los norteamericanos eran, contados y declarados por ellos mismos, 27 mil. En consecuencia seguramente fueron muchos miles más. Más de doce por cada panameño. Los panameños armados solamente de fusiles. Los norteamericanos de cañones, misiles, tanques, tanquetas, helicópteros, aviones... Ese fue el ejemplo del “fair play” del que los propios norteamericanos se jactan en sus competencias. Advierto que esta observación se la oí a un periodista de ellos mismos. Y es que el Pentágono les dio muy pocas oportunidades a sus propios periodistas para que se dieran cuenta de lo que estaba pasando en Panamá y lo divulgasen. Esta queja también es de ellos mismos.

Es como si Italia, para jugar contra el equipo de fútbol de un barrio de obreros, mandase su selección nacional. Querer ganar no significa querer masacrar. Aquí se probaron armas y aviones de la más reciente cosecha tecnológica. Como el "stealth bomber", por ejemplo. Por puro ejercicio gimnástico, porque la gracia de ese avión es ser invisible al radar, y en Panamá los únicos radares que hay los controlan ellos mismos. También una especie de rayo que no explotaba, y que sonaba como las llantas de un camión atascado en el lodo. Me han dicho que es una especie de rayo láser. Yo no lo sé. En una ocasión lo vi: era un rayo rojo que lo disparaba un avión caza-bombardero que se dejaba caer en picada. Los barrios populares fueron campo de experimentación, polígonos de tiro donde se ensayaron armas nuevas. Y no sobre blancos de papel y cartón, sino de carne y hueso. Lo dijeron ellos mismos, por desvergüenza, por cinismo o por mera prepotencia, eso de que aquí se estrenaron armas nuevas que han ideado durante los quince años después de su experiencia en el Viet Nam, que tanto les enseñó. El Chorrillo es a los gringos, lo que Guernica fue a los nazis. Ellos mismos, con un humor realmente macabro, le llamaron al Chorrillo "Little Hiroshima". En Río Hato, donde funcionaban dos escuelas, una de Cadetes y otra de estudios secundarios, en la que el estudiante más viejo apenas si llega a los 17 años, se dejaron caer bombas de dos mil libras. Dos mil libras. Yo ni siquiera sabía que eso existía. Ellos mismos lo han dicho. Bombas de dos mil libras. Actualmente una libra de explosivos debe equivaler a diez de los que se usaron en la segunda guerra mundial y en el Viet Nam.

Aquí en Panamá se probó en combate el nuevo helicóptero "Apache", más moderno y sofisticado que el Cobra, y que fue diseñado para combatir los tanques del pacto de Varsovia. Tengo entendido que solamente el computador que lleva el Apache cuesta un millón de dólares. Aquí se probó un nuevo chaleco antibala, más liviano y delgado, pero más fuerte, que los anteriores. Igualmente el casco que usaban los soldados, es nuevo. No lejos de mi casa un francotirador panameño le disparó a la cabeza a un invasor. Pero le dio en el casco y al soldado no le pasó nada. Hasta un nuevo menú en la comida fue probado en Panamá. Y estoy hablando

únicamente de lo que se sabe, de lo que ellos mismos han dicho.

A los Demócratas Cristianos, aliados del ejército invasor que bombardeó a los estudiantes de Río Hato, debe de consolarles saber que todos esos muchachos llevaban un rosario al cuello. Como el propio General Noriega, por otra parte. Yo no sé por qué le daba tanta importancia a la educación religiosa de esos muchachos.

La “Casa del Recuerdo”, llamada así porque allí vivió el General Torrijos y porque allí se conservaban fotos de él y recuerdos, fue gratuitamente destruida como si tuviese un alto valor estratégico militar. Pero yo no me quejo de esto, porque implica que le tienen miedo a su recuerdo, tienen miedo de que los niños del futuro revivan esos recuerdos y les pasen la cuenta a los que para entonces ya estarán enterrados en el basurero de la historia. No me sorprendería que sus descendientes opten por cambiarse, avergonzados, esos nombres infames que heredaron sin ninguna culpa.

Aquí también se aplicó una nueva arma que cada día se la perfecciona más. Es la llamada “Guerra Psicológica”. Que no se crea que porque su munición es psicológica y no de plomo es menos cruel. Guerra psicológica significa infundir terror, infundir pánico, desmoralizar a la gente, hacerle añicos su voluntad combativa. Y eso se logra convenciendo al adversario de que no se van a tomar prisioneros, porque se les dará un tiro en la sien allí mismo. Circulan muchos testimonios de gente que presencié ejecuciones. Un amigo mío que estaba en el aeropuerto viejo me cuenta cómo los yanquis mataban a los prisioneros, incluso aquellos que se habían rendido, entregando voluntariamente sus armas. Otro amigo, pintor, que la noche del 19 lo cogió en Río Hato, donde hacía un mural patriótico, me dice que vió helicópteros que despegaban cargados de prisioneros y que regresaban al ratito ya vacíos. Cuando se exhumaron los restos de algunos patriotas enterrados en la fosa común situada en el cementerio de **Jardín de Paz**, me dicen que encontraron a muchos muertos con las manos atadas a la espalda y con un tiro en la cabeza. Hay fotografías. Habría que restregárselas en la

cara a los funcionarios de este gobierno títere, y a todos los que han bendecido, o justifican, la invasión de Panamá.

Guerra psicológica significa materialmente apuntar y disparar sobre los hijos del adversario. Y advierto que los nuevos mecanismos de puntería están dirigidos por rayos láser. De manera que no hay excusa para no dar exactamente en el blanco que se apunta. Los tantos miles de muertos panameños fueron todos apuntados, consciente y selectivamente apuntados. Las nuevas armas dejan muy poco o ningún margen para que haya bajas civiles no intencionales.

La verdad es que yo no sé cuántos fueron los muertos de la invasión. Ni creo que, todavía, lo sepa nadie. Unos dicen que fueron tres mil. Otros que más de diez mil. Desde luego, un múltiplo de mil. Muchos familiares enterraron sus muertos en el patio de la casa, y no los reportaron. Les daba miedo hacerlo. Al gobierno no le gusta que aumente su culpa, ni la del invasor, y no tiene interés en averiguar la cifra exacta que mide la dignidad del pueblo y de su propia infamia. Los propios periodistas norteamericanos, a los que no se les dio acceso a la invasión, se quejan de que no se haya dado una cifra correcta de los muertos. Todos dan por descontado, por supuesto, que es bien falsa esa cantidad ridícula que las autoridades yanquis alegan.

Por lo demás, el criterio cuantitativo no es el adecuado para medir o contabilizar aquello que no son cosas ni objetos. No se puede contar los hijos, ni cuantificar la inteligencia o el amor. No se puede contar los muertos. La invasión no fue números, fueron gente, muertos, desesperación, injusticia, terror, infamia, vergüenza, humillación, rabia, odio..., y todo esto no extensivamente, a lo largo, sino muy intensamente, a lo hondo. Puede que las cifras que circulan estén exageradas, algunas por arriba, y otras por el extremo opuesto. Pero incluso estas últimas dan una idea vaga, nebulosa, tétrica. Y nadie tiene el pretexto para no captar el fondo de esa realidad tenebrosa que fue la invasión. Aunque nos faltara inteligencia, o datos para ella, tenemos otros órganos de conocimiento, además de la cabeza, como el hígado, los riñones, el corazón. Y datos para éstos, sobran.

Por otras razones, también se ha mentido sobre la cantidad de muertos norteamericanos. Parece que los yanquis trajeron muchos soldados latinos, reclutados entre esos pobres anónimos que fueron a los Estados Unidos buscando una vida mejor. Me han dicho que ellos suelen poner en sus listas de heridos los que en realidad han muerto, para declarar después, cuando ya no es noticia, que murieron. Y siguiendo este mismo hilo, perfectamente congruente y cónsono con la forma como manejan la información, se dice que dos helicópteros que cayeron recientemente en la selva, y en donde murieron todos los tripulantes y la tropa que transportaban, igualmente es una mentira para recoger muertos que en realidad murieron en la invasión. Desde luego que resulta extraño que dos helicópteros, equipados para soportar cualquier tormenta, coincidan en caerse el mismo día y casi que en el mismo lugar. Después han seguido “accidentándose” helicópteros misteriosamente, para satisfacción íntima de la gente. Es como si los elementos materiales del cielo, los vientos, las nubes, la temperatura, fuesen solidarias con la tierra panameña ocupada insolentemente por el enemigo.

Alguna esquirla de esa munición psicológica de la que hablaba me hirió cuando al día siguiente de la invasión fui a mi casa a ver cómo estaba mi familia y allí me enteró de que a mi hija de nueve años le había dado una taquicardia violenta de más de 120 latidos por minuto. Yo había salido del Manguito para llevar a una periodista argentina, Stella Calloni, donde los cubanos. Stella tenía sobradas razones para no querer caer prisionera de los yanquis. Por cierto que le allanaron su casa, supongo que buscándola.

Además, en mi casa me enteró de que los americanos vienen registrando todas las casas. Como en la mía había cosas comprometedoras, no podía dejar allí a mi familia. Le dije a mi mujer que preparara una maleta con lo indispensable y la llevé a la embajada italiana para que se refugiaran allí. Mi mujer es italiana. No nos quisieron ni siquiera abrir el portón. A todo esto la niña mía estaba llorando y al borde de la histeria, temerosa de que llegaran los tanques gringos que ya andaban por la ciudad. Incluso habíamos visto uno,

camino a la embajada. Nos fuimos a la casa de un familiar pero no pudimos llegar, porque se corrió el rumor de que llegaban los tanques. Nos fuimos a otra casa. Pero después llegamos a la primera, cuando nos dijeron por teléfono que se podía llegar. Yo ya no regresé al Manguito porque me informaron que los compañeros se habían mudado de allí. A los pocos días llamaron de la embajada italiana informándonos que había un avión de refugiados en el que se podía ir mi familia. Ellos se fueron para Italia y yo me fui a esconder en la casa que había dejado Stella, la periodista argentina. Como ya había sido allanada por la soldadesca norteamericana, se podía confiar un poco en que no iban a volver a hacerlo.

Otro ejemplo claro, entre los cientos que podría poner, de esa guerra psicológica es la técnica del soldado yanqui de uniformarse y pintarse la cara, de negro y verde sobre todo. Obviamente no como camuflaje, porque eso podría serlo sólo si estuviese en la selva, no en una ciudad, como era el caso. Y además combatiendo, y el hecho es que aún después de haber pasado toda la acción, y en los puestos y labores más pacíficos, siguen disfrazados y pintados, no de payasos, de diablos. Pero de diablos tal y como se aparecen en la imaginación y en los sueños y pesadillas de los niños. La psicología sabe bien que todavía nos ronda en el inconsciente los miedos del niño enterrado, pero no muerto, en nosotros. Y esos diablos dan miedo, y uno siente vergüenza de tener miedo.

La otra mañana, al dar la vuelta a una esquina, me topé repentinamente con una patrulla norteamericana. Yo ando escondido. Dos veces me han ido a buscar a mi casa, que permanece vacía. Y la primera vez con una tanqueta. La patrulla andaba buscando un teléfono. Para pasar disimulado, estuve al borde de sonreírles y decirles dónde había uno. Afortunadamente no hubo necesidad porque alguien se me adelantó. Pero la cara me quedó hirviendo de vergüenza. Había vuelto a experimentar, a los sesenta años, el miedo que los niños le tienen al diablo. Y no es que la patrulla me había infantilizado. Eso habría sido hermoso. Lo que sentí fue que me envejecieron y arrugaron al niño que fui. Que me habían robado la inocencia. Porque la vida, como la historia, por otra parte, es retroactiva. Y eso es criminal.

No hay nada más triste que ver tropas extranjeras, fuertemente armadas, caminando por las calles de tu ciudad. Es una pesadumbre que pesa sobre el corazón. Como si estuviese anocheciendo, irremediablemente y para siempre ya, esa “noche oscura del alma” de la que hablaba un santo. De nada sirve echar mano al optimismo revolucionario que uno se decreta por principio. De nada sirve. Como decía antes, el corazón sabe cuándo nos estamos mintiendo. Soldados extranjeros caminando por las calles de tu ciudad. Tanques, tanquetas, y unos vehículos nuevos que llaman “Hummers” que han aparecido, bien anchos, con una ametralladora calibre 50 en el techo. Todo eso en las calles de tu ciudad, lo más parecido a una mujer en amor, intimidad, compañía.

Esta invasión, portadora de tantas desgracias, tan hondas e irreversibles, me ha quitado, sin embargo, una pena. Me ha curado una herida que desde hace casi diez años permanecía abierta con un dolor soterrado y sordo. El de la muerte del General Torrijos. ¿Quién lo hubiera dicho que llegaría el día en el que yo iba a estar contento de que Torrijos estuviese muerto? Si él hubiera llegado a ver esto, yanquis patrullando su ciudad, su calle cincuenta, donde le bombardearon su casa, su barrio del Chorrillo, donde iba a comprar su billete de lotería, para poder compartir la esperanza de los pobres, su bajada del Ñopo, su mercado público, donde comen los que tienen hambre y compran su ropa de domingo los campesinos que “bajan a la ciudad”, su ciudad, patrullada ahora por diablos gringos, de seguro que se muere de tristeza, o se pega un tiro, o se hunde en el alcoholismo, que también es una forma de suicidarse.

Los infinitamente maricones, sin corazón, sin patria..., los que ya desde niños eran malos, los que resentían no tener dientes para morderle el pezón a la madre, los que no han podido amar a nadie, porque todo el amor se lo comían ellos mismos en su persona..., éstos son los que hablan de que no hubo una resistencia valerosa frente al invasor, que ellos llaman libertador. Pero entonces, ¿cómo se explican esos miles de muertos?

Hay un reproche generalizado contra las Fuerzas de Defensa por no haber dado la pelea. Los gringófilos reaccionarios se lo espetan a la cara, les llaman cobardes a los soldados, y particularmente a los oficiales. Pero incluso la gente del otro lado de la acera, aunque quizás no lo digan abiertamente, en su intimidad lo piensan. Las Fuerzas de Defensa no estuvieron a la altura de lo que se esperaba de ellas, de lo que ellas mismas nos dijeron que podíamos esperar de ellas, con tantas canciones y discursos marciales. Y este reproche es injusto. No estoy bien enterado pero tengo entendido, por lo que me han dicho después algunos oficiales, que sí había un plan de resistencia. Por supuesto que no indefinida, pero sí lo suficientemente larga para darle al mundo tiempo en el que pudiera movilizar en nuestro favor movimientos de solidaridad, y que los foros internacionales vinieran a nuestro rescate. Había unidades entrenadas específicamente para esa resistencia urbana. Había un plan militar. Y ese plan, me informa el capitán Gaytán, que tenía por qué saberlo, como escolta personal que fue del General Noriega, se implementa en un 85 %. Pero era lógico pensar que la invasión sería a escala panameña. Como la agresión de la que fuimos objeto el 9 de enero de 1964, donde hubo 22 muertos. 22 es una cifra cónsona con dos millones, que es la cantidad de panameños que hay. Nadie pudo imaginarse que esta vez la agresión iba a tener una fuerza y un peso desmesuradamente desmesurado. Esta vez vinieron a cazar gorriones con cañones. Los muertos se cuentan con cuatro cifras. Y las unidades preparadas para dar la pelea, murieron todos. Tachar de cobardes a los militares panameños, que fueron cazados como gorriones, es llamarles valientes a los soldados invasores, armados de la tecnología bélica más sofisticada, eficiente e inhumana y cruel, del mundo entero. También esa postura, ese pensamiento, ese reproche injusto a las Fuerzas de Defensa, es resultado de la campaña científica de desinformación y propaganda con la que los norteamericanos nos venden Coca-Cola y el pensamiento y los reproches que a ellos les conviene que nosotros tengamos. Y que tengamos como si fueran propios. Como es propio el gusto que nos da la Coca-Cola y el disgusto que nos da Noriega.

Nadie sabe exactamente cuántos fueron los muertos que tuvimos en la invasión, porque los gringos los enterraron en unas horribles y dantescas fosas comunes sin contarlos siquiera. Y sin saber tampoco que estaban cavando un monumento profundo a la nacionalidad panameña.

Allí, en el fondo, con ellos, metido en una bolsa plástica, me imagino que estoy yo. Porque debería estarlo. Y es una imagen que me obsesiona.

NOTAS

LA BATALLA DE SAN MIGUELITO

Tomado de **El Periódico**, No. 14, mayo de 1990.

En la madrugada del jueves 21 de diciembre, segundo día de la invasión, se encontraban custodiando el puente elevado de San Miguelito, patriotas del batallón 2000, los Macho Montes, miembros de la UESAT, de la F.A.P., de la Undécima Zona y del San Miguel Arcángel. Temprano en la mañana detuvieron el avance de columnas enemigas que venían por la transistmica desde Bethania. A las 3:30 A.M. se escuchó otra andanada de artillería liviana efectuada contra posiciones cercanas a Fort Clayton, desde los alrededores de la barriada "9 de Enero". El puesto de retén que los yanquis mantenían a la entrada de Cerro Patacón fue destruido. La respuesta del ejército invasor se dio a las 4:00 A.M., con bombardeos aéreos que incluían rayos láser y computadoras térmicas que registraban las temperaturas de todo lo que se hallaba debajo de los aviones que las portaban. Ya para ese segundo día de guerra era evidente que se había agigantado la estatura moral de los que defendían la patria, pues no era un secreto que las Fuerzas Armadas de una potencia mundial había tenido que recurrir a todo su arsenal bélico moderno para abatir la resistencia que presentaban los bolsones de militares y Batallones de la Dignidad de un país subdesarrollado tercermundista.

Los defensores de San Miguelito esperábamos el asalto final de parte de los agresores, así que nuevamente tomamos posiciones dispuestos a repelerlos, pero no se atrevieron. Los combates que se estaban sucediendo en muchos lugares del territorio nacional, les daban a comprender al imperialismo yanqui que no bastaba "pedir una cerveza, tomarse la mitad y luego salir a apoderarse de Panamá,

y al volver la otra mitad seguía fría", como había manifestado en una ocasión el General Marc Cisneros en sus sueños de opio. Les costó mucho tiempo y muchas pérdidas humanas y materiales, a los que cometieron el horrendo crimen de invadirnos.

El 21 de diciembre, desde las 9:00 A.M. hasta como las 10:A.M., la aviación enemiga saturó de bombas y metralla dos cerros, de Los Andes # 2 al Cerro Tinajita, y otro contiguo a él, como también el lugar denominado "Ojo de Agua". Entre las muchas bajas que se registraron ese día se contó la del padrasto de un integrante del San Miguel Arcángel. Ese luchador había manifestado el 20 de diciembre que: "Si su hijo era lo suficientemente valiente para pelear por la patria, él lo apoyaba". Ese día se sintió aún más la necesidad de armas antiaéreas. Pero no obstante eso, se efectuó un contra-ataque con fuego de mortero contra objetivos enemigos por los alrededores de Corozal.

Desanimado por la falta de protección contra la aviación enemiga, el Teniente Coronel Daniel Delgado Diamante dio la orden de replegarse a sus hogares al mediodía, el jueves 21 de diciembre. Además, se rumoraba que los yanquis iban a bombardear Los Andes # 2 y a otros sectores poblados, como habían hecho con el Chorrillo. El grupo de apoyo que había estado en San Miguelito desde el comienzo de la batalla abandonó el distrito, junto a otros voluntarios. Pero algunos decidimos seguir oponiéndonos a la ocupación extranjera.

La noche del segundo día quedaba alumbrada por la gran cantidad de luces de bengala que arrojaban los aviones, y a pesar de eso sostuvimos varios encuentros con el enemigo. A los heridos pudimos llevar a curar pese al toque de queda impuesto por el Comando Sur, que regía de las 6:00 P.M. a las 6:00 A.M. Los Tigres proseguían disparando sus morteros y dando en el blanco de las posiciones de avanzada del agresor.

El viernes 22 de diciembre, al romper el alba, un helicóptero enemigo descubrió el movimiento de unidades de la undécima zona y de la F.A.P. que iban a cumplir misión de ubicación y de aniquilamiento de miembros de la inteligencia militar gringa. La nave disparó sus cohetes y abrió fuego de ametralladora por los alrededores de la barriada Torrijos-Carter e hirió a dos de nuestros combatientes. Ese día planeamos crear grupos operativos para asestarles al agresor golpes audaces. Cuando intentamos salir de San Miguelito para llevar a cabo esas acciones, no pudimos romper el cerco que mantenían fuerzas especiales gringas alrededor del

distrito, y escapamos de la muerte saliendo rápido del vehículo que nos transportaba de regreso a nuestro puesto de partida, al ser interceptado por un helicóptero. Nosotros nos salvamos, pero el medio de transporte quedó destruido y con él nuestras armas.

El 23 de diciembre, cuarto día de la invasión, nos retiramos tristes, conscientes que el imperialismo yanqui y los entreguistas criollos habían ganado el primer asalto, pero también salimos convencidos que el combate no había terminado. Los próximos asaltos tendrán que ser necesariamente de carácter político, porque el desangramiento que padeció la nación istmeña durante la violenta interferencia foránea, nos aconseja no adoptar medidas insensatas. Tenemos una responsabilidad histórica que cumplir con serenidad y madurez. Todo desvío de esta conducta dificultaría innecesariamente nuestro proceso de liberación nacional. Cuando la patria se viste de luto y llora la desaparición de miles de sus hijos, los patriotas no pueden doblar la cerviz ante el invasor.

(Otro testimonio)

El día 20 de diciembre, como a la una de la madrugada, viajaba en un bus de la ruta Panamá-La Chorrera, cuando fuimos atacados por una tanqueta norteamericana que destruyó el bus. Murieron como 26 personas.

Fulano de Tal

(Otro testimonio)

El día 20 de diciembre transitaba por la carretera interamericana entre la Chorrera y Arraiján, en un automóvil particular, cuando fuimos interceptados por una tanqueta y un vehículo Hummer del ejército de los Estados Unidos. Nos detuvimos porque pensamos que era un chequeo de rutina. Para sorpresa nuestra nos dispararon una granada o algo así desde la tanqueta, que mató a dos personas, Rubina González y José Espinosa, y otras dos resultaron heridas, Osvado Polo y Camilo Chong. Luego del disparo, los soldados se retiraron y pudimos trasladarnos al Hospital Nicolás Solano, con las llantas “ponchadas”, donde recibimos atención médica.

Tomado del libro de RICAURTE SOLER:

“LA INVASION DE ESTADOS UNIDOS A PANAMA”:

Rafael Olivardía es maestro de escuela y habitaba en uno de los multifamiliares de El Chorrillo. Testigo presencial de los sucesos, se convirtió después en el principal dirigente de los miles de damnificados de su barrio. En una mesa redonda que tuvo lugar en la

Universidad, a la cual no asistió ningún periodista del actual gobierno, dijo entre otras cosas :

“En el Cuartel Central se encontraban entre 120 y 150 “machos de monte”. Los gringos primero le dieron a las barracas. En el Cuartel, todo lo que se movía caía. Como a las 11:45 de la noche [del 19 de diciembre] cerca de 42 tanquetas penetraron en el barrio”. Todo carro que pasaba era ametrallado. Dos “machos de monte” subieron a la azotea del [edificio] 24 de diciembre y destruyeron un [helicóptero] “Cobra”. Vi a un adolescente herido que para ayudarlo se le dio agua y se incendió. ¿Qué clase de arma es ésa que incendia con el agua? Vi una luz que todo lo que tocó lo volvió una mancha de aceite. Muchos de los que combatieron en los Batallones de la Dignidad lo hicieron con balas de salva sin saberlo. Vi los casquillos y me pude dar cuenta. ¡Balas de salva contra armas reales y sofisticadas! A las ocho de la mañana todavía se combatía. Oímos el traqueteo de ametralladoras que cuando callaban le respondía un tiro solitario [de un “macho de monte”]. Y nuevamente traqueteo de ametralladoras. Y nuevamente, después, el tiro solitario. Hasta que después de un traqueteo de ametralladoras ya no se oyó el tiro solitario. Murió el último “macho de monte”. Todos lloramos. Primero nos llevaron de El chorrillo a Balboa. En el camino vimos asesinar a gente amarrada. Nos dolía. Caminábamos entre cadáveres. Nos dolía mucho.. ¡Y por lo que veían los niños! ¡Murieron todos los “machos de monte”! ¡Todos los “machos de monte” fueron héroes! ¡Todos los que cayeron durante la invasión fueron héroes!”

Isabel Corro militó en las filas de la Cruzada Civilista. Por razones de salud viajó a los Estados Unidos pero regresó. Su padrastro era un militar que prestaba servicios en la cárcel “El Renacer”, en tierras que con anterioridad estaban bajo la jurisdicción norteamericana. Entre sus tantas decepciones con el actual gobierno se encuentra el juicio que a las autoridades les merecen los caídos panameños durante la invasión. En su calidad de dirigente máxima de los familiares de los militares y civiles caídos recibe información y testimonios de testigos y damnificados que ella procesa con ponderación y con serenidad. En la aludida mesa redonda realizada en la Universidad la Sra. Isabel Corro expresó lo siguiente :

“Durante 72 horas El chorrillo permaneció incomunicado. Los norteamericanos pagaban 6 dólares por cada cadáver entregado. Un testigo dice haber acarreado 200 para que le pagaran. En bolsas plásticas fueron lanzando cadáveres al mar con bombas de inmersión. Tres camiones refrigerados de 40 pies entraron a El Chorrillo para recoger cadáveres. Muchos heridos eran juntados con los cadáveres. Cuando se exhumó la fosa común del Jardín de Paz se encontraron los restos de un militar con pierna y brazo enyesado. Seguramente lo sacaron de algún hospital para después asesinarlo. ¿Hay dos listas para los caídos el 9 de enero [de 1964] : la de los patriotas y la de los maleantes? Para el actual gobierno hay una sola lista: todos son maleantes. Calculo en alrededor de 4.000 los muertos panameños durante la invasión. La exhumación del Jardín de Paz se hizo el 5 de mayo con la presencia de un pastor evangélico. El arzobispo MacGrath se presentó el 6 de mayo para los oficios religiosos pero “el pastor evangélico ya se había ganado ese derecho”. El arzobispo MacGrath públicamente pidió perdón. [La “libre” prensa gobiernista, y la televisión, ignoraron los hechos de la exhumación. La primera se limitó a una escueta noticia sobre la cantidad de cadáveres encontrados]. Para los gastos económicos de las exhumaciones dependemos de los aportes del pueblo. Los Clubes Cívicos han negado su ayuda diciendo que sus presupuestos no preveen erogaciones de esta clase. Que si se tratara de actividades deportivas.... entonces sí. El gobierno también ha negado todo apoyo. “Los batalloneros [calificativo despectivo con que los cipayos del gobierno denigran a los integrantes civiles de los que fueron Batallones de la Dignidad] gran parte tuvieron los pantalones que este gobierno no ha tenido hasta ahora”. El propósito de la invasión fue “cambiar la bota nacional por la bota norteamericana”.

Sobre la falta de apoyo del actual gobierno para la exhumación de las fosas comunes quisieramos comentar que es una acción de increíble saña y perversidad. El gobierno incluso mejoraría su imagen si tomara para sí esa responsabilidad. La catadura moral y “cristiana” de los nuevos gobernantes se revela en esa actitud tan mezquina, inhumana e impolítica.

Continuemos con los testimonios y observemos la concordancia y coherencia que presentan los unos confrontados con los otros.

Un médico panameño entrevistado por una periodista universitaria hizo las siguientes declaraciones :

“El día 23 de diciembre de 1989, fui trasladado al campo de concentración de Emperador [...]. Había 30 heridos de bala y quemados que requerían atención hospitalaria, ya que las facilidades del campo eran inadecuadas. Ello fue comunicado a los norteamericanos y se procedió al traslado. Por lo avanzado de la hora tuve que dormir en el campamento y en conversación con los paramédicos del ejército norteamericano me enteré que en el cementerio de Corozal había una fosa común donde echaron un furgón de cadáveres (testigos aseguran que eran 3 furgones frigoríficos que estaban en la ciudad). [Los tres camiones refrigerados a los que se refirió la Sra. Isabel Corro]. Señalaron los paramédicos que en cada uno de los furgones caben como 400 cuerpos. Igualmente comentaron sobre cremaciones en El Chorrillo, justificando el hecho por el avanzado estado de descomposición de los cadáveres”.

TESTIGO DICE QUE VIÓ CUANDO UN SOLDADO ACRIBILLÓ A PANAMEÑOS

Por Manuel Alvarez Cedeño

LA PRENSA, Panamá, martes 17 de abril de 1990

Un soldado norteamericano que participó en la invasión que derrocó a Manuel Noriega, disparó contra 6 pronorieguistas, luego de que ellos ya habían sido ametrallados en el suelo por militares estadounidenses, el viernes 22 de diciembre, en Chilibre, informó una fuente.

La persona que presencié lo sucedido y que pidió el anonimato, indicó que a eso de la 1:30 de la tarde, en el retén existente en el lugar conocido como la “Y” en Chilibre, varios soldados norteamericanos detuvieron un jeep del IRHE y les ordenaron a sus ocupantes que descendieran.

“Enseguida -dijo- los estadounidenses les dispararon con sus M-16 y unas dos ametralladoras de 50mm y luego que acabó el tiroteo, yo escuché como una orden..., un grito o algo así en inglés y entonces un soldado salió del monte y les disparó a los cuerpos que estaban en el piso y después los volteó con las botas”.

“Yo quedé muy impresionado. A mí me quedó en la mente el hecho de que cuando les dispararon a la gente con esas ametralladoras sus cuerpos saltaban como si fueran esas gallinas cuando se están muriendo”, sostuvo la fuente que dijo no saber si los panameños estaban vivos o muertos cuando el último soldado les disparó.

IV

LAS SEMANAS SIGUIENTES

Después de que se fue mi familia a Europa, yo me fui a vivir a casa de mi cuñada. Me quedaba todo el día viendo televisión, interponiendo la imagen y las historias entre la realidad y yo. Me decía una sobrina que de tanto ver la televisión los ojos los tenía ya cuadrados. Allí me llegó la noticia de que los yanquis habían vuelto a mi casa a buscarme. Tampoco la allanaron. Hablé con un periodista norteamericano que conocía de antes, y él me dijo que había preguntado por mí en el Comando Sur, y le habían dicho que yo estaba detenido. También me mandó a decir un ex oficial de las antiguas Fuerzas de Defensa, actualmente miembro de la nueva "Fuerza Pública", que me escondiera, porque los gringos me andaban buscando "con lupa".

Me avergüenza decirlo, pero me sentí, durante todo ese mes que estuve en esa casa, con la cabeza llena de un humo lento. Por lo que me decía mi sobrina, parece que tenía el aspecto melancólico. Tenía la sensibilidad dormida. Me hice lento, indiferente, elegante. Me pensaba, y veía, dentro de una bolsa de plástico verde, en el fondo de una fosa común, y ya nada me importaba. No porque temiera que eso me pasara, puesto que no había posibilidad de eso, sino porque yo sentía que debió haberme pasado. Y de alguna manera yo pensaba que me había pasado. Después de todo, nadie sabe lo que es estar muerto. Durante todo ese tiempo no quise tomarme ni un solo vaso de vino, ni una sola cerveza. Yo el vino lo tengo alegre, y nunca había estado tan lejos de la alegría.

Un día me informo de que un vecino me había delatado. Porque en todos los periódicos y en la televisión salían los

números a los que se debía llamar para delatar a los ex-miembros de las Fuerzas de Defensa. Y entonces me fui a la casa que había sido la de Stella Calloni. Ella logró salir del país gracias a los compañeros periodistas cubanos, con los que tenía mucha amistad. Después me enteré de que los mexicanos la ayudaron también. Como el televisor que había allí casi no servía, me puse a leer. Me encontré con una edición del Quijote, con las ilustraciones de Gustavo Doré, y establecí un contacto directo con Cervantes. Pero no el Cervantes que aparece en la novela, que no comprende al Quijote y que incluso se ríe de él, sino el Cervantes preso, el Cervantes pobre. El Cervantes autor del libro, no el Cervantes personaje que aparece en el libro, en un papel más bien lamentable.

Volví al Quijote como quien regresa a su infancia, pues fue en ella cuando lo conocí por primera vez. Parece que es normal, y desde luego lógico, que en épocas de crisis uno quiera ir a buscar y reunirse con todos los que se ha sido, para que nadie se quede atrás, en la eventualidad de un viaje del que no hablamos pero para el cual nos preparamos. Sobre todo porque tengo ese libro atado a un niño que fui que es muy importante para mí. En esa época yo leía muchas historietas, y un día mi padre..., que entonces, más que padre, era papá, me regañó diciéndome que por qué no leía cosas más importantes, como **Don Quijote de la Mancha**. El no tenía mucha cultura académica, pero es que no se necesita mucha para conocer la obra de Cervantes. Yo le contesté, tímidamente airado, que porque no la tenía, que me la comprara. Me la compró y no me quedó más remedio que leerla. Me sumergí en ella. Ahora, en ese pequeño estudio de Stella, me había vuelto a hundir en ese mundo fabuloso y por todas partes estaba yo.

Una cosa que me sorprendió, por lo menos un poco, es que el libro de Cervantes es más ancho, grande y hondo, de lo que yo creía. Porque cuando uno regresa a una ciudad, o a una persona, con la que uno ha vivido en la infancia, se la encuentra pequeña, disminuida, chata. Por ejemplo, las calles de Colón, en donde pasé una parte de mi infancia, son ahora mucho más estrechas. Y que no me digan que es porque yo he crecido y soy ahora un metro, una medida, más

grande, con relación a la cual, por supuesto, son más pequeñas las cosas. Que no se me diga tal, porque no estoy pensando sólo en grandeza o pequeñez física. Con el Quijote, en cambio, ha sido una sorpresa encontrarme que ha crecido con el tiempo, desbordando la imaginación infantil. Y eso es mucho decir.

Una cosa que descubrí es que el propio Cervantes es un personaje de la obra. Con mucha mayor sutileza y disimulo que como puede haberlo hecho Pirandello, el escritor de la obra aparece en ésta en un papel, quizás no tan principal como Don Quijote y Sancho, pero sí como puente que, perteneciendo a la misma realidad que el lector, introduce a éste en el espacio imaginario de Don Quijote, haciéndolo en consecuencia real.

El Cervantes personaje, que dice haber encontrado los manuscritos de Cide Hamete Benengeli, se burla de Don Quijote con una antipática suficiencia que sólo logra acrecentar nuestra simpatía con el manchego. Y eso es, precisamente, lo que quiere el autor. El narrador de la obra es el personaje, no el autor. La cosa se complica un poco más porque el personaje, o sea el narrador, dice que él no lo es, que son unos documentos de un árabe donde se encuentra el autor. El resultado es un escamoteo casi mágico del autor, en un laberinto oscuro todo lleno de esquinas y neblina. Pero igualmente es la salida a una luminosa experiencia de libertad e inteligencia cuando uno, por fin, en la mitad de una noche silenciosa, ocupada militarmente por el enemigo, presa, se encuentra uno con el autor, igualmente preso en una cárcel de Argelia.

Después que hube descubierto esta cuarta dimensión en la obra inmortal, la he confirmado leyendo datos biográficos de Cervantes. El preso, el soldado heroico, el pobre, el humillado..., absolutamente nada tiene que ver con ese escritorzuelo irónico, satírico, superficial, que aparece como el autor de la obra. Hay, pues, dos Cervantes. El personaje y el autor. Y yo hablaba con el autor. Volví a tener acceso a cierta felicidad, pero una felicidad melancólica que no contradecía la tragedia que vivía mi país. Y comencé a salir.

Por eso me extrañó mucho que un día, bajando las escaleras, perfectamente tranquilo, de pronto el ritmo del corazón se me volvió absolutamente irregular. A ratos se me detenía el pulso y comenzaba a hundirme en la inconciencia. Pero siempre me regresaba en el último momento. Las rodillas se me hicieron como dos resortes, de manera que caminaba pegando brincos, y siempre al borde de caerme. He sufrido toda la vida de una especie de neurosis cardíaca, con una cosa que se llama extra-sístoles, y adquirí la costumbre, y la capacidad, de controlarme. Llegué al hospital, a la sección de urgencia, y el médico me dijo que todo eso era producto de la tensión. Le argumenté que yo no me sentía tenso, lo cual era verdad, pero él, sonreído, me dijo que el cuerpo humano es así. Revienta en cualquier momento. Y seguramente tenía razón el médico, porque a los pocos minutos comencé a sentirme mejor. Y eso me dio una alegría que opacó totalmente la vergüenza y la humillación de haber tenido un ataque de miedo.

Del exterior me llegaban ofrecimientos generosos de asilo. El Presidente de Bolivia, Jaime Paz Zamora, que fue muy amigo del General Torrijos, y que lo es mío, me puso su país a mi disposición. Igualmente México, Ecuador, Colombia, Nicaragua..., me ofrecieron asilo. Todos suponían que corría peligro en manos de los yanquis. Y corrieron muchos rumores. Me daba vergüenza ser objeto de una distinción que realmente no merecía. Pero ya por esos días, si me اندuvieran buscando me habrían encontrado hace rato. Además, vivo de mi salario y no veía cómo podría mantener a mis hijos en un exilio que siempre es pobre. La Universidad, en donde trabajo como profesor de matemática, es lo suficientemente autónoma como para poder confiar en que no perdería mi trabajo. Es lo que pensaba entonces, porque después los entreguistas reaccionarios están queriendo poner a la Universidad en manos de lo que en Panamá se llaman Clubes Cívicos, como Los Leones, Los Rotarios, etcétera..., que hacen gala de una cultura tan chabacana como servil. No puedo dejar de mencionar unas pinturas decorativas que dichos clubes han hecho en el puente elevado de la Universidad. Propias para un burdel. Y no por falta de pintores reaccionarios, que los hay, y no malos. Ni siquiera

por un mal gusto del que podrían incluso no ser responsables. Porque esas no son las pinturas que ponen ellos en sus casas. Sino porque piensan que eso es lo que hay que darle al pueblo, dentro de la línea explícitamente declarada por Reagan de prostituir al panameño. Ya he dicho que son pinturas propias para un burdel. En una Universidad dirigida por esa clase de gente ningún profesor progresista va a tener futuro.

La cosa es que decidí quedarme. Por lo demás, el General Noriega nunca me llamó a que trabajara con él y no tuve reputación de ser uno que lo defendía. Al contrario. En un libro que publica el Coronel Roberto Díaz Herrera desde su exilio en Venezuela, aparece allí que yo digo que "Noriega vale mierda, pero que hay que apoyarlo porque los gringos lo atacan". La verdad es que yo no recuerdo haber dicho nunca eso. Porque, desde luego, no lo pienso. Lo que yo siempre decía, sobre todo en las entrevistas que me hacían los corresponsales extranjeros, es que aunque no valiera nada, habría que apoyarlo, porque los gringos lo atacan.

Allí, en ese pequeño estudio estuve un mes más escondido. Como allí tenía que prepararme yo mismo la comida, comía mal. Dormía mal. Adelgacé. Hasta que un día mandé a un hijo mío que había venido a verme de los Estados Unidos a que fuera a mi casa para traerme la computadora. A partir de entonces estuve más distraído, escribiendo esto y leyendo el Quijote. En esa época había toque de queda desde las once de la noche hasta las seis de la madrugada. Yo me asomaba de noche a un balconcito que daba a la avenida Balboa, junto al mar, y veía la ciudad muerta, perfectamente cónsona con mi estado de ánimo, donde igualmente nada se movía. Sólo el mar. Como para contradecir aquello de que el paisaje es un estado de ánimo. Allí había dos mundos totalmente apartes y sin ninguna relación. La naturaleza, la vida por una parte. Y por otra parte, y en el extremo opuesto, yo. Al cabo de ese tiempo comencé a salir. Volví a mi casa, poco a poco, para que los vecinos se fueran acostumbrando a verme paulatinamente. Y llamé a Italia para decirle a mi familia que fuese pensando en el regreso.

La ciudad había cambiado. Aunque no se vieran los gringos, que sin embargo estaban por todas partes, el aire había cambiado. Los muchachos ricos manejaban sus autos lujosos con velocidad, seguros de que la nueva policía no les iba a poner boleta, y con el brazo fuera de la ventana. Eran los dueños. Muchos llevaban una camiseta con el nombre que los gringos le habían dado a la invasión: "Just Cause", causa justa. Y también en sus carros lujosos ponían calcomanías y placas con ese título cinico. No sé por qué digo esto en pasado. Siguen haciéndolo. Cada vez el país va siendo más de ellos, de la oligarquía. Estoy seguro de que toda esa clase media que adversó profundamente a Noriega, y que se alió a la oligarquía, va a decepcionarse y a arrepentirse de haber colaborado en la entrega del país.

Hace muchos años, cuando yo era estudiante en Europa, recuerdo que cada vez que entraba a España en tren, desde Francia, sentía una opresión en el pecho y en la garganta. No la quiero llamar angustia porque era algo físico, una especie de disnea, de ahogo. Era el fascismo de Franco. Y al revés, cuando salía de esa España en manos de los señoritos bien, los militares y los curas, en cuanto que pasaba uno la frontera se podía respirar mejor. Esa opresión, esa falta de aire, esa angustia indefinida, pero física, es lo que se siente en el Panamá de ahora. A pesar de que los entreguistas que están en el gobierno hablan mucho de libertad, eso es precisamente lo que uno siente que falta. Y no sé por qué, pero tengo la certeza de que ellos mismos sienten esa opresión de la que hablo. Incluso los soldados gringos, porque, repito, es algo físico, como el calor.

Seguramente va a ser un proceso lento, el de la concientización, pero no cabe la menor duda de que la gente, sobre todo los pobres, pero también la clase media, no tienen otra salida que la lucha por la libertad. Al panameño no le queda más remedio que lucirse, sobresalir, en la historia de su país.

NOTAS

TESTIMONIO DE RAFAEL OLIVARDIA EN LA SESION ORDINARIA DE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA CORRESPONDIENTE AL DIA 13 DE MARZO DE 1990

Muchas gracias Señor Presidente, muy buenas noches Honorables miembros de la Cámara, Presidentes y Vicepresidentes, compañeros del Chorrillo. [] A estas alturas no se ha hecho una encuesta de cuántos muertos hubo en el Chorrillo. La de nosotros va por 512, hasta ahora. Ni siquiera sabemos dónde están enterrados nuestros muertos. Ni siquiera sabemos eso. Pero si los vimos cuando los soldados norteamericanos los recogían con pala y los echaban en unos sacos verdes y se los llevaban. Pero no sabíamos su destino. Fue para nosotros una tortura por 4, 5, 6 días, ver a los muertos, ver a los vecinos reventarse en el piso porque nadie los recogía. Solamente se recogían los caídos norteamericanos.

Es para nosotros doloroso, lo que nosotros pasamos la noche del 19, cuando los hijos gritaban, cuando los hijos te gritan: "¡Papá, papá, ¿qué pasa?! ¡Nos matan! ¡Nos matan!". ¿Y qué hacer?, ¿para dónde correr?, ¿para dónde ir? Por todos lados los helicópteros disparaban, por todos lados había fuego.

Señores, las mujeres dieron a luz en el medio de esa tragedia. Las mujeres parieron en la calle. Nuestros hijos pasaban sobre los muertos, y las tanquetas los aplastaban delante de nuestros hijos. Hijos de 3 años, de 4, de 9.

Cuando nos encontrábamos a nuestros hijos que saltan como pescados... ¿Saben la cantidad que tenemos traumatizados?

TIME, enero 22, 1990

De un ensayo de Michael Kinsley.

Funcionarios de los Estados Unidos dijeron el 9 de enero que 220 "civiles no armados ni involucrados en combate o en desórdenes callejeros" habían muerto en la violencia "directamente relacionada" con la invasión. -una estadística calificada de amenazadora. Pero incluso ese

número, que ha sido cuestionado es proporcionalmente equivalente a 22,000 norteamericanos. Añádasele 314 tropas panameñas, y la pérdida de vidas de Panamá en un par de días es equivalente a la de los Estados Unidos durante toda la guerra de Viet Nam. Y sin embargo, compárese la indiferencia con la que la prensa norteamericana trató a la muerte de panameños, con el lujo de énfasis que puso en la cuenta de muertos en Rumania, que fue, parece, exagerada.

TERGIVERSAN CIFRAS DE VICTIMAS DE LA INVASION

Por Adrian Croft (Sin fecha)

PANAMA, (REUTER).- El exprocurador general de los Estados Unidos, Ramsey Clark, sostuvo hoy que hay una conspiración oficial de silencio sobre la verdadera cifra de muertos a causa de la invasión norteamericana en Panamá.

El ejército estadounidense dijo que 23 soldados norteamericanos y unos 300 soldados panameños resultaron muertos en la invasión. El Comando Sur de los Estados Unidos estimó que murieron 250 civiles.

Pero Clark dijo que él recibió insistentes versiones acerca de 4,000 muertos.

El tiempo demostrará que los civiles panameños muertos fueron "más de 1,000, y acaso un múltiplo (de mil)", dijo Clark. Un portavoz de la embajada estadounidense se abstuvo de comentar las declaraciones de Clark.

El comandante de la invasión estadounidense, teniente general Carl Stiner, negó enfáticamente el jueves que las fuerzas norteamericanas hubieran matado a gran número de civiles.

Clark, que fue procurador general bajo el presidente Lyndon Johnson y ahora es un abogado de Nueva York arribó aquí el jueves para una visita de cuatro días y no aclaró quiénes estaban directamente involucrados en la conspiración de silencio, pero señaló que Washington no deseaba que se difundiera que hubo un gran número de bajas.

Informó que había venido a Panamá tras recibir solicitudes de entidades de derechos humanos y familiares de siete personas que desaparecieron, o fueron detenidas.

Manifestó que había hablado con la Cruz Roja, con representantes de la iglesia y de grupos de derechos humanos en Panamá, y nadie tuvo acceso a información fidedigna acerca de cuánta gente murió en la invasión.

V EJERCITO CIPAYO Y PERMANENCIA DE LAS BASES

Todavía echaban humo las ruinas del Chorrillo cuando surge la primera contradicción entre los payasos y los dueños del circo, entre los títeres y los titiriteros. Y es con relación a si Panamá debe o no tener un ejército nacional.

“No -dice la oligarquía-, no lo necesitamos”. Y tienen toda la razón, no necesitan un ejército -panameño-. ¿Para qué lo van a necesitar si tienen allí, a la mano, el de los norteamericanos? Todas las veces que lo han necesitado, lo llamaron y ellos acudieron rápida y diligentemente a darle al pueblo panameño su bañito de sangre. Así sucedió en 1925, cuando los inquilinos se atrevieron a rebelarse contra la oligarquía casa-teniente. Y así acaba de suceder ese fatídico 20 de diciembre pasado, que ya nunca va dejar de pasar y pasar todos los días. El mal llamado civilismo, el antimilitarismo de la oligarquía, no es contra los militares en general. No es lo que la palabra “civilismo” significa. Es contra los militares panameños, nacionales, y sobre todo, nacionalistas. De ningún modo contra los militares norteamericanos.

Además, no podemos dejar pasar inadvertida la idea de que una condición que “justifica” la permanencia norteamericana en nuestro país más allá del año dos mil, es nuestra “incapacidad de defender el Canal”, es decir, que hemos de no tener un ejército nacional. Incluso la recientemente creada “Fuerza Pública”, como un cuerpo de policía sin estructura de ejército, recibe constantes ataques de parte de los gringófilos. Se empeñan en convencer a la gente de que o son incapaces, o que son los mismos gorilas de antes. El

asunto es que la gente no quiera que se vayan sus soldaditos rubios. **La Prensa**, por ejemplo, un diario de la oligarquía, perverso, pero con inteligencia y calidad pedidas prestadas a las capas medias, realizó una encuesta preguntándole a la gente si querían que los americanos se vayan. Por supuesto, en las entrevistas que publican todos dicen que no.

Esta animadversión contra la nueva Fuerza Pública, creada por ellos mismos, en un momento dado llega al punto en el que uno de los vicepresidentes de la República, les llama a los nuevos policías, literal y públicamente, **maricas**. Y eso lo dice una persona que, conforme está comiendo y bebiendo con los norteamericanos en una de sus bases militares, oye que pasan por arriba los aviones y los helicópteros que van a masacrar a sus compatriotas. No me cabe la menor duda de que ese señor pensaba subconscientemente en sí mismo cuando dijo lo que dijo. Desde entonces, una consigna que no falta nunca en las manifestaciones populares, cada vez más numerosas y agresivas, es "Maricas son, maricas son, los que pidieron la invasión".

Los norteamericanos, en cambio, parecería que quieren un ejército panameño. Cipayo, desde luego. Como el que los colonialistas ingleses hicieron en la India reclutando hindúes para reprimir a los propios hindúes. De allí viene, por cierto, el nombre de "cipayo". Y lo quieren por una razón bien sencilla y obvia. Ellos necesitan que alguien les haga el trabajo sucio. En la medida de lo posible, quieren mostrarle al mundo un rostro maquillado de derechos humanos. Las represiones masivas a los movimientos populares y a los de liberación, las torturas, los asesinatos, las desapariciones..., éso se lo encargan a los ejércitos nacionales. Tal es el caso del resto de los países latinoamericanos y Panamá no tiene por qué ser una excepción.

Yo pienso que la contradicción que comento, si es que realmente la hay, se va a cancelar cediendo cada uno algún aspecto no esencial de sus intereses. Tendremos el ejército represor que le haga el trabajo sucio a los norteamericanos, pero con estructura de policía. En estos momentos se lo está constituyendo. No se le llama ejército. Es una fuerza pública

que se llama "Fuerza Pública". Con dos funciones básicas, la policiva, es decir la de perro guardián para proteger la sagrada propiedad privada de los ricos, y la represiva, es decir, la de mantener a las grandes mayorías impresionadas y doblegadas por el terror. Cualquier otra función de mayor envergadura se le delega al ejército norteamericano y a su formidable capacidad de fuego que desata sin ningún tipo de escrúpulo o contemplación moral, como nos consta ya a los panameños.

El gobierno títere de Arias Calderón, que es la eminencia gris de la terna infame, es esencialmente impopular, burgués. Digo de Arias Calderón porque de los tres él es el más capacitado para lo que sea, y en particular para el mal, que él es capaz de hacer con las mejores intenciones. Con las mejores intenciones de un vampiro, por supuesto. Y un Estado impopular necesita tener un ejército que lo sostenga día a día, cotidianamente. Yo no creo que a los Estados Unidos, a la imagen con la que se vende internacionalmente, le convenga ese tipo de presencia y represión cotidiana. El caso de Costa Rica, que se ha tomado como modelo para el nuevo Panamá que están diseñando a su propia medida oligárquica, y en el que no hay un ejército, es un caso bien diferente. Además, allí hay un cuerpo represivo que quizás no se llame ejército, pero que realiza todas sus funciones. Y no es verdad que porque en Cuba a la papaya le llamen "fruta bomba" va a dejar por eso de ser papaya.

En Panamá, los intereses de clase de este gobierno lo van a confrontar, quieranlo o no, con el pueblo hambreado. Es verdad que la magnitud y el bestialismo de la invasión tenía como propósito, entre otros, tener al pueblo panameño amansado y dócil por los próximos 20 años o más, pero también es verdad que ha heredado de Torrijos el conocimiento y la experiencia de que puede dejar oír su voz en el Código del Trabajo, en la Asamblea, y en muchas otras tribunas populares. Los personeros de este Gobierno títere están apostando a la carta norteamericana, la de la eficacia del terror. Yo apuesto a la de la Historia, a la del hambre de los pobres.

Estoy plenamente convencido de que el terror blanco está ya a la vuelta de la esquina. Todos los augurios anuncian la llegada del fascismo, a escala, y estilo, centroamericano. Es decir, pequeño pero intenso. Cuando los personeros de este gobierno hablan de la nueva Fuerza Pública, dan la impresión de que están afilando un cuchillo. Los vampiros quieren sangre. Se avecina en Panamá una violencia insólita en nuestra historia republicana pero perfectamente cónsona con la pila de los miles de muertos bombardeados, y que no se van a ir de nuestra Historia nunca jamás. Contamos ya con los ingredientes básicos de un régimen fascista: un pueblo con aspiraciones que hay que reprimir de raíz, y un Gran Inquisidor que cree en la existencia del infierno, a donde hay que mandar a sus enemigos, debidamente torturados, por supuesto.

Podemos anticipar, con toda seguridad, huelgas y movimientos de obreros, campesinos y estudiantes, que van a tener que reprimir. Un mero cuerpo de policía, como quiere la burguesía, que le ha cogido pánico al nacionalismo que puede cundir en un ejército, no va a poder ejercer todo el terror necesario. El caso de Costa Rica, que es el modelo que inspira a nuestros títeres criollos, no es aplicable a Panamá. En Panamá ha habido una Historia nacionalista. Y recientemente un Torrijos. Si bien es cierto que la invasión fue planificada para aterrorizar al pueblo panameño y dejarlo humilde, acobardado y cohibido por unos 20 años, también es verdad que la miseria en la que se lo quiere sumir lo puede llevar a la acción desesperada y audaz. En este caso, tendrán que volver a llamar a sus papacitos yanquis. Como lo hicieron en 1925 y como lo acaban de volver a hacer en 1989. Rotas las barreras de la vergüenza, ya nada puede detenerlos en su caída en la indignidad y el envilecimiento. Todo esto lo saben los norteamericanos y es otro argumento por el que quieren que Panamá tenga su ejército. "Made in USA", claro.

¿Qué más quisiera un movimiento revolucionario que la ausencia de un ejército represor, brazo armado del Estado oligárquico? Sólo un Estado revolucionario. ¿Qué más quisieran los pobres que poder enfrentarse con los ricos en igualdad de condiciones, sin que estos tengan detrás, o

delante, apoyándolos, un ejército represor? Pero no se concibe un Estado burgués sin un ejército que lo sostenga y le dé la supremacía en la lucha de clases que mantiene con los pobres. Ni siquiera un Estado revolucionario, ningún Estado en general puede subsistir sin ejército, o como se le quiera llamar.

Es más, una de las cosas que algunos le reprochan, con toda razón, a Torrijos, es el de haber sido un “conciliador de clases”. Y en efecto, poca lucha de clases hubo en su tiempo. El pueblo entendió que, por cuestiones tácticas, había que postergar sus aspiraciones reivindicativas para después de que se firmaran los Tratados del Canal. Torrijos nunca canceló esa factura. Yo pienso que porque lo matan al poco tiempo después de la firma que exigía lo que se dio en llamar “la unidad nacional”. En todo caso, la situación actual es completamente distinta. El Ministro de Economía ha declarado, alegremente y sin empacho alguno, que este no será un gobierno 99.9% de la empresa privada. Porque lo será el 100%. Eso da una idea, no solamente de lo grueso que piensa ese señor y cuyos son los intereses que representa, sino también de la insolencia y prepotencia con que viene este gobierno.

Una muestra de lo que se avecina son las barricadas que los ricos, y bastantes sectores de la clase media, levantaron durante la invasión para defenderse de los pobres y desesperados en la miseria. Cualquiera habría podido pensar que eran barricadas contra el invasor. Pero no, era contra los pobres. En una ocasión vi desde mi ventana que no pudiendo abrirle el paso a un tanque gringo rápidamente, el tanque pasó impacientemente por encima de la barricada como si fuese de papel.

Honestamente, creo que los ricos hicieron sus barricadas en defensa propia, porque tenían toda la razón en temer que el resentimiento de las clases populares las llevara a la violencia. Un resentimiento que nuestros pobres, o chusma si se quiere, **turbas** les llamaron en Nicaragua, no llegó a materializarse, por una mal entendida calidad de la persona humana. Los pobres se la pasan de buenos. Debe ser que

como su único capital es el moral, la bondad su único tesoro, lo cultivan y protegen más de lo que les conviene. En ningún punto de la ciudad violentaron esas barricadas.

De todos modos, decía, a los panameños nos consta cuán profundamente se puede llegar en la aplicación de la crueldad. Y también le consta a todos esos países que han salido al balcón a ver lo que le pasaba, en la mitad de la noche, a una hermana menor. A sólo un par de kilómetros del centro de la ciudad, acantonado en unas bases que ya no le serán negadas nunca jamás, el ejército norteamericano es un dique formidable contra todo movimiento de liberación.

Por eso son absolutamente ridículas las denuncias que este gobierno ha comenzado a hacer últimamente de supuestos planes subversivos para darles un golpe de Estado. ¿Cómo puede haber un golpe de Estado allí donde no hay un Estado? ¿Cómo puede haber un golpe de Estado en un país militarmente ocupado? Lo único que se puede pensar es en un autgolpe por parte de los Estados Unidos. Que los Estados Unidos, avergonzados del ridículo en el que lo están dejando estos servidores ostensivamente lamepies, quieran sustituirlos por otros más discretos y con una reputación menos públicamente envilecida. Y eso va a pasar, tarde o temprano. Yo espero que tarde, porque una cosa buena que tiene este gobierno es que es lo suficientemente malo para polarizar el odio popular y está dando la mejor coyuntura para que el pueblo se organice unitariamente y tome conciencia de su clase y la de sus enemigos.

A todos nos dolió profundamente que la Unión Soviética, el único rival bélico de los Estados Unidos, el único garante de las naciones pobres, no haya protestado de modo menos tímido que como lo hizo, ante el genocidio panameño. De acuerdo a una noticia que leí en alguna parte, la alta dirigencia del Partido Comunista Soviético tuvo términos fuertes contra el Presidente Gorbachov por no haber adoptado una postura más fuerte y más digna frente a la invasión de Panamá. Meses después, sin embargo, en su visita que hace a los Estados Unidos en los primeros días de junio, Gorbachov se redime un poco cuando, conversando con

congresistas norteamericanos que le reprochan su política con Lituania, les pregunta, textualmente: “¿Dónde estaban ustedes cuando se invadía Panamá, un Estado soberano?”. Digo que se redime sólo “un poco” porque da la impresión de que está cambiando Panamá por Lituania. Pero me gustó mucho la expresión sardónica que puso cuando se los espetó directamente, sin ambajes.

Sin embargo, lo que no puede el nacionalismo ni la irracionalidad de la inmolación, lo puede el hambre y las necesidades de los hijos. Cualquier padre da la vida por sus hijos. Y no solamente la vida.

Por supuesto que tendremos bases norteamericanas más allá del año dos mil, puesto que la “Fuerza Pública” panameña no puede asumir la responsabilidad de la defensa del Canal. Es más, se la ha diseñado para que no pueda asumirla. Pero hay que ver hasta cuándo el panameño puede soportar la miseria de los suyos.

Es posible que la oligarquía haya aprendido la lección que les dio la aparición de militares torrijistas. “¡Nunca jamás!”, dicen ellos. Y para que eso no vuelva a suceder, tendrán que casar a sus hijas con los policías. Ese es un trago duro para un rabiblanco clubunioncista, racista, cursi, chabacano y prepotente, pero van a tener que hacerlo. Y tendrán también que mandar a sus hijos a estudiar milicias, no administración de empresas. Es decir, no les queda más remedio que manejar desde dentro a las Fuerzas Armadas. Como ha sido la regla, con algunos paréntesis históricos (Velasco Alvarado en el Perú, por ejemplo) en los países latinoamericanos.

Todo esto que digo está condicionado a la destorrijización de las Fuerzas Armadas. Después de todo, una importante cantidad de los miembros de esa nueva Fuerza Pública proceden de la antigua Guardia Nacional, politizada por el General Torrijos.

Es posible que toda esa tropa y esa oficialidad, en un momento dado entusiastas torrijistas, sigan en su interior

leales a los principios políticos del General Torrijos. Y en consecuencia comiendo mierda en una Fuerza Pública comandada por el ejército imperialista norteamericano, pero en el que deben estar porque alguien debe hacerlo.

Con relación a esto, recuerdo una anécdota que el General contaba: Alguien, seguramente bien vestido, culto, estaba tratando de destacar un excusado con un palo, manteniéndose lo más lejos posible para no pringarse la ropa. Pero era inútil, el excusado seguía taqueado. Entonces llegó un campesino y le dijo: "No. Eso no se hace así. Se hace así, mire". Y metió el brazo en el excusado para sacar la mierda con la mano. "Así es que se hace. Hay que meter la mano". Que es posiblemente lo que los militares torrijistas estén haciendo en esa nueva Fuerza Pública, cipaya del imperialismo. Yo los veo como acompañantes de los yanquis en vehículos de patrulla. Incluso en los panameños, el que conduce es el norteamericano. Si van dos gringos, es al panameño a quien le toca ir atrás. Muchos de ellos, que no hace mucho lucían en el pecho un nacionalismo varonil, ahora hacen, humildes y apagados, lo que el soldado alto, bien comido, rubio, le ordena o permite que haga. El uniforme de tela fina que antes lucían dándole dignidad, ahora se lo han sustituido por uno kaki que les da apariencia de boy scouts. Ha sido un error del enemigo. En lugar de darles un uniforme con una tela más fina, subirles el sueldo, la dignidad..., para ganárselos, lo que hacen es castigarlos, humillarlos, "ponerlos en su lugar. Para que aprendan". Tengo la esperanza de que lo hagan. No puede ser que sean insensibles a las palabras de uno de los vicepresidentes que los llamó, públicamente, "maricas".

Y también es posible que no sea así, que la derrota haya sido total. Pero igual es posible que sí lo sea, porque Torrijos no puede haber arado en el mar, ni la sangre se lava con jabón.

NOTAS

DOMINICAL, 29 DE JULIO DE 1990

Por Juan Pritsiolas

El Jefe de la Policía Nacional, Coronel Eduardo Herrera, opinó que Estados Unidos tenía el "interés de intervenir" en Panamá y por eso no apoyaron un plan que había preparado para invadir el territorio panameño con el respaldo de comandos panameños, israelitas y suramericanos y lograr con ello el derrocamiento del General Manuel Antonio Noriega. Herrera, en un reciente diálogo con legisladores panameños, comentó que cuando en Washington se dieron cuenta de que su "plan tendría éxito, casi queda preso". También afirmó, que se le advirtió en el Comité de Inteligencia del Senado, que alertarían a Noriega si intentaba asesinarlo.

Eduardo Herrera manifestó que una fuente del Senado norteamericano le reveló que para los Estados Unidos existían otros intereses "mayores", como el Canal de Panamá y los Tratados Torrijos-Carter, que el de apoyar su plan.

Para el Jefe Policial, los norteamericanos, a quienes reconoció como sus amigos, estaban interesados en que la salida de Noriega, "no se diera (a causa de una acción) panameña, porque eso no les convenía a ellos".

Ellos tenían el "interés mayor" de meterse de todas maneras aquí, y lo hicieron", anotó el coronel panameño. Según el director de la Policía Nacional, la actual Fuerza Pública es "totalmente dependiente" de los Estados Unidos, pero esa situación hay que superarla, ya que ningún panameño quiere eso.

Nota del autor: Poco tiempo después de estas declaraciones, el gobierno panameño del Presidente Endara, presidido por los Estados Unidos, le acepta al Coronel Eduardo Herrera una solicitud de jubilación que éste no había hecho. Es decir, se le destituye de su cargo.

VI DE LA INFAMIA Y LA SERVIDUMBRE

La inversión millonaria de colonización cultural, de deshuesamiento mental, ha dado sus frutos en Panamá y los norteamericanos los cosechan en sus tanquetas. He visto la foto de una jovencita panameña dándole un beso en la boca a un soldado norteamericano. También una del Presidente Endara sentado en la hierba, campechanamente, feliz de la vida, rodeado de los "american boys" que masacraron a muchos de los que votaron por él. Y algo de hereditario, de genético, tiene esa actitud de puta cínica con los verdugos del pueblo panameño, porque también he visto una foto de la hija del Presidente Endara sentada en la silla presidencial, con una alegre sonrisa, y rodeada también de soldados armados yanquis, con la misma sonrisa feliz y complacida, como si acabara de hacer el amor con todos ellos. Que la posteridad se olvide de esa gente, pero que reclame ver esas fotos.

Para que la infamia sea infame y grotesca, para que la ofensa al pueblo y a la Historia de Panamá sea absoluta, el instrumento de que se han valido los norteamericanos para humillarnos, y para desviar su culpa hacia los títeres que nos han impuesto, es un señor Guillermo Endara, que funge como presidente del país, y que próximamente se casa con toda la fanfarria del que pretende entrar por la puerta grande al mundo cursi de la oligarquía. Ha invitado a medio mundo a su boda, incluyendo reyes y príncipes. Los embajadores en Panamá, o para reirse o para estar a la altura, bajura, de los acontecimientos, hacen una colecta de 150 dólares para arriba, para hacerle un regalo de bodas al Señor Presidente. Monseñor Laboa, el nuncio apostólico, es el encargado de llamar por teléfono al cuerpo diplomático para recordarles su

contribución y recoger el dinero. Sé todo esto por un diplomático. Yo espero que llegue pronto el día en que se nos pase las ganas de llorar y de vomitar, y podamos reírnos de todo esto.

El pueblo, con una capacidad literalmente magistral, nos ha dado a los intelectuales deprimidos una lección con las consignas que surgen en sus manifestaciones. Una de ellas es ésta: “¿Para qué quería la silla? Pa’ cogerse a la chiquilla?”. Y es que parece que la novia del señor Presidente es bastante joven.

He leído una homilía, que será histórica, del arzobispo de Panamá, Marcos McGrath, donde le pide a sus feligreses ¡que no consideren la invasión del ejército norteamericano una invasión, que la consideren una liberación! No ejército invasor el de los norteamericanos, ni de ocupación, sino ejército libertador. Como el de Bolívar. Como el de Martí. Como el de Sandino. Y eso lo dijo en una misa eucarística, en una iglesia rodeada de soldados yanquis con la sangre de los pobres todavía fresca en sus manos. Es como haberle dado un escupitajo en la cara a Dios. Ningún ateo nunca lo ha irrespetado tanto.

Sí, el ejército norteamericano liberó a miles de panameños. Los liberó del hambre, de las enfermedades, de la necesidad de vivienda y de ropa. Los liberó de toda necesidad, y para siempre. Y no solamente liberó a los muertos, sino también a sus familiares. Muchas madres han quedado liberadas de la preocupación de que sus hijos anden por esas calles de los barrios miserables, donde hay tantos peligros para el espíritu. Muchas esposas ya saben que su compañero no anda con otra, sino que está tranquilo allí, rodeado de su misma gente, en su fosa común. Cuando el arzobispo McGrath habla de ejército libertador, no puede estarse refiriendo más que a esta clase de liberación.

Por supuesto que es pertinente saber que Monseñor McGrath, como su nombre lo indica, es norteamericano, independientemente de lo que diga su cédula de identidad. Ni siquiera habla bien el español. Lo grotesco es que para dar la impresión de que piensa en español, lo habla muy rápido y

se come algunas letras, como hacemos los panameños. Sólo que él se come otras. Y como en inglés las palabras no tienen sexo, a cada rato el Monseñor habla de “una” árbol o “un” ventana. Yo no le reclamo que hable mal el español. Aunque tenga muchos años en Panamá. Pero, por favor, que no se la tire de panameño. Es más, todo parece indicar que su dificultad con nuestro idioma se basa en que tiene una fuerte identidad nacional, norteamericana. Y yo eso lo respeto, y hasta admiro.

He leído en un periódico que quieren declarar día de fiesta nacional el 20 de diciembre, el día en que comenzó la invasión. He leído que están pidiendo una misa, no por los tantos miles de panameños muertos, sino por los 23 norteamericanos que “se sacrificaron noblemente para traernos la democracia”. Y he oído hablar de un monumento que les quieren dedicar.

Ricardo Arias Calderón, primer Vicepresidente de la República, Ministro de Gobierno y Justicia, Presidente del Partido Demócrata Cristiano, no sé si esté contento con la invasión, pero antes de que se diera, se puso furioso con los norteamericanos porque no se decidían a invadirnos. “Cuando un perro ladra mucho y no muerde, es mejor que se calle la boca”, les reprochó. Yo vi la entrevista que le hacía un periodista norteamericano cuando lo dijo por la televisión y me impresionó el rostro descompuesto y rabioso que puso cuando lo decía.

En la revista norteamericana TIME se publica este comentario: “En Panamá, donde la oposición civilista del régimen es más pro-intervencionista que sus vecinos de la región, hubo bastante lamentación: ‘Los Estados Unidos son como un perro que ladra mucho pero que no muerde’, dijo Ricardo Arias Calderón, líder de la oposición”.

Sale en el número 42 de dicha revista, del 16 de octubre de 1989, en la página 12, arriba, a la izquierda. Si no lo digo así no me lo van a creer. Pedirles a los norteamericanos que nos muerdan, que le tiren los perros al pueblo panameño para que les devore el hígado, como efectivamente hicieron,

satisficiendo los deseos de nuestro Ministro de Gobierno y Justicia. Yo mismo no lo podría creer si me lo dicen.

Es un hombre, Ricardo Arias Calderón, que la sonrisa se la pone y se la quita, como una máscara. Y desde fuera, porque no le surge de dentro. Se conoce que no la tiene, ni tiene los materiales con los que se la construye. Y una prueba de ello es que no pasa por toda esa gama, densa, infinita, en el sentido matemático y riguroso de los términos, que hay entre la sonrisa y la seriedad. El pasa, ramplán, sin solución de continuidad, como se dice, de la seriedad macabra a la sonrisa de bufón.

Es un hombre, Ricardo Arias Calderón, que para compensar esta deficiencia moral acude a una religión y una iglesia que hacen gala de compasión y de amor. Pero en la que se inscribe y milita es una religión que manda a sus enemigos al infierno, a un suplicio literalmente eterno. Y con una Iglesia de ricos, por los ricos y para los ricos, que por amor a los pobres entiende que los ricos deben invertir para hacerse más ricos y poder comprar más fábricas y, ¡este es el propósito que cínicamente declaran!, generar más empleos donde los pobres encuentren un trabajo que los explote, pero donde se les paga lo que les permite mínimamente comer y sobrevivir con los suyos, para que los ricos puedan seguir contando con su mano de obra, y sudor y muerte baratas. ¿Pero qué otro remedio, qué otra alternativa, qué otro camino tiene el pobre, sino el de plegarse a este sistema? Sí que lo tiene.

Son gentes, éstas, que creen en el infierno y cuyos crímenes son el mejor argumento en favor de la existencia de ese infierno. Si por lo menos tuvieran vergüenza. Porque estoy convencido de que en nuestro país se ha roto la barrera de la vergüenza. Han pasado el punto de no regreso y ya no tienen más remedio que despeñarse en la indignidad para llegar hasta el fondo de ella. Solamente entonces alcanzarán el reposo de saber que ya no se pueden envilecer más. El problema es que ese pozo no tiene fondo. La traición y la ignominia son categorías finitas, y los traidores más allá de toda medida han pensado que han pasado los límites de la traición y que ya no lo son más. Pero que sepan que ellos

mismos son los límites de la traición y la ignominia, y que lo que hacen es llevarlas cada vez más abajo, denigrando la especie a la que pertenecen.

He visto una postal que venden en los supermercados en donde aparece el Chorrillo ardiendo bajo la lluvia de bombas, rayos láser, trazadoras..., pero que da la impresión de que está amaneciendo, de que toda esa explosión de luces se debe a un amanecer espléndido, o a una gran fiesta que estuviese festejando la gente del Chorrillo con una ingente cantidad de fuegos artificiales. Paulino Romero, un panameño negro, como la mayoría de los que vivían en el Chorrillo, escribió en PANORAMA CATÓLICO, número 178, 21 de enero de 1990: "Fue la madrugada del 20 de diciembre de 1989, pese a lo sorpresivo con que se dieron los hechos de la intervención armada de los Estados Unidos, un amanecer espléndido para los panameños".

No hay forma de pensar o imaginarse tanta infamia sin sentir, literalmente, asco, vergüenza de que Dios pueda existir, o los marcianos, y de que nos estén mirando.

Los historiadores del futuro no podrán creer que es verdad tanta infamia y estos miserables se ampararán en esa duda. Se van a esconder de la mirada de los niños que estudian la historia patria. Se van a esconder detrás de las dudas y la incredulidad de esos niños. Porque ellos no van a creer..., no van a poder creer que hubo quienes propusieran como día de fiesta nacional el 20 de diciembre. La carta de Horacio Alfaro, fundador de la Cámara de Comercio, agradeciendo la intervención norteamericana de 1925, es un palidísimo reflejo de lo que vemos en nuestros días. Acabo de leer otra de un profesor universitario, dirigida a Bush. Panameños, ¿panameños?, insultando al ejército norteamericano por no invadirnos, llamándoles perros que solamente ladran, que no muerden, porque no nos invadían. Niñas besando en la boca a los soldados que acababan de arrasar barrios populares. Todo un señor arzobispo pidiéndole a sus feligreses, sus mansas ovejitas blancas, que deben considerar la intervención del ejército norteamericano, que degolló a las negras, como una liberación, no como invasión. No lo van a poder creer.

Pero tendrán que rendirse, avergonzados, ante nuestra verdad desnuda y cabizbaja. Además, me lo van a preguntar a mí, qué fue lo que pasó esa medianoche del 20 de diciembre de 1989, cuando minutos antes de que se iniciara el bombardeo a la población civil, tres panameños, ¿panameños?, estaban siendo investidos en Quarry Heights, una base militar norteamericana, como presidente y vicepresidentes. Y me lo van a preguntar a mí porque ellos saben que yo no miento. Y a otros como yo, que lo que decimos no solamente es verdad, sino que huele a verdad, a humo, a carne humana chamuscada, a pólvora y a ese olor acre que tiene el terror. Yo sé que al enemigo no le importa esto. Ellos creen que van a estar en su cielo, y no les importa el lugar de infamia que les reserva la Historia. Pero, como dice Rubén Blades, el cantante, "La vida tiene sorpresas". Pero la muerte también.

De entre los tres, destaco a Ricardo Arias Calderón, el primer Vicepresidente, Presidente del Partido Demócrata Cristiano. Es el más inteligente y en consecuencia el más capacitado para hacer el mal. El Billy Ford, en el mejor de los casos, tiene lo que se puede llamar "el talento de la pared", porque consiste en ser el eco de los intereses de la oligarquía, a la que yo ni siquiera sé si pertenece, porque esta gente no solamente es mala, sino que quiere serlo además. El tal Endara es el que menos mal me cae. Dejarse tomar una foto con los yanquis, tirado en la hierba, para que la posteridad lo vea así, es una metida de pata tan torpe que casi es un delito de inocencia. Nadie puede ser tan imbécil. A menos que se esté burlando de esa historia que él sabe lo va a mandar al fondo de la basura. Arias Calderón, en cambio, las tiene todas para que sea fácil y hasta sabroso odiarlo. El nombre, en primer lugar. Y no le basta uno, usa los dos. Además el oficio que ejecuta como jefe de la nueva policía, reprimiendo pobres e indocumentados, sobre todo chinos, con una saña de víbora. Mandando a quemar ranchitos humildes en las cercanías de una base militar gringa, porque a los gringos les ofendía la presencia de esos pobres. Y también porque me dijeron, y esta debe ser la razón profunda, que cuando matan a Torrijos dijo: "Muerto el perro, se acabó la rabia".

Ricardo, a ti no te conviene que Dios exista, ni le

conviene a Dios que creas en él. Tú mejor apuestas a que Dios no existe y que el infierno tampoco existe porque sólo así puede que no lo pierdas todo. Dios se hace el disimulado, mira para otra parte, como que no es con él la cosa, cuando vas a misa, cuando rezas. Le das vergüenza, piensa que tú lo desprestigias. Si de verdad quieres ser anticomunista, hazte miembro del partido comunista. Porque tú eres el mejor argumento contra ti mismo. Ni a ti ni a tu gente les conviene que Dios exista, no les conviene que el infierno exista. Porque si existieran, el primero les tiene un asco infinito, y el segundo los está esperando.

Y lo más terrible, dios mío, es que he visto por la televisión a algunas gente pobre, a gente que fue bombardeada en el Chorrillo, decir que están contentos con la invasión norteamericana. Sin embargo, pienso que el caso de los pobres es el de los sobrevivientes, los que deben sobrevivir día a día, con hijos que tienen hambre y que están enfermos. Hacen cualquier cosa para sobrevivir, dicen lo que les conviene decir, y están perfectamente justificados.

Reagan se salió con la suya. Se propuso prostituírnos, emputecernos, y lo logró con creces.

NOTAS

Crítica Libre, miércoles 10 de enero de 1990.

IGLESIA PIDE QUE LA INVASION SEA
CONSIDERADA UNA LIBERACION

PANAMA, (ACAN-EFE).- La Iglesia Católica de Panamá pidió hoy que la invasión estadounidense sea considerada una "liberación" y recomendó al nuevo gobierno promover la reconciliación, ejercer el poder "con honestidad" y desarrollar una democracia "integral y participativa".

En una Eucarística celebrada al aire libre por el Arzobispo de Panamá, Marcos McGrath, a la que asistieron unas cuatro mil personas y el gobierno en pleno encabezado por el Presidente Guillermo Endara, el prelado expresó confianza en que la invasión del 20 de diciembre "sea recordada más como una liberación". El

acto fue realizado en conmemoración de un nuevo aniversario de la llamada Gesta de los Mártires del 9 de Enero de 1964, cuando murieron 22 jóvenes en choques con tropas norteamericanas.

McGrath, que estaba acompañado por todos los obispos del país, propugnó una recta aplicación de la justicia en Panamá para procesar a los colaboradores del régimen del General Manuel Antonio Noriega involucrados en crímenes y delitos pero pidió también tener misericordia.

Dos aviones y un helicóptero estadounidense y varios vehículos con tropas (norteamericanas) custodiaron el lugar donde se celebró el acto religioso. []

Mientras se celebraba la Eucarística, en otro punto de la capital unos 150 estudiantes e intelectuales panameños participaron hoy en la primera manifestación antinorteamericana desde que el ejército de Estados Unidos invadió el país.

CANCILLER JUSTIFICA LA INVASION

La Estrella de Panamá. Panamá, miércoles, 6 de junio de 1990.

ASUNCIÓN (REUTER) El canciller de Panamá, Julio Linares, justificó ayer la invasión militar estadounidense a su país que depuso al dictador Manuel Noriega.

"La única alternativa de desalojar del poder a Noriega y a los militares fue mediante una acción violenta, la invasión militar estadounidense, porque la ambición y la sed de poder de ellos cerraron el paso a toda otra opción", dijo Linares en declaraciones que publica el vespertino asunceño "Ultima Hora".

Linares, que participa de la XX Asamblea General de la OEA inaugurada el lunes en esta capital, dijo que "el pueblo panameño no fue consultado libremente por sus exdictadores Omar Torrijos y Noriega".

El canciller agregó que "ellos, los exdictadores, se impusieron allí por medio de la fuerza, por medio de las bayonetas".

El funcionario dijo que por eso "el pueblo panameño recibió a las fuerzas estadounidenses como fuerzas de liberación".

IN THE TIME OF THE TYRANTS, PANAMA: 1969-1990, por R. M. Koster y Guillermo Sánchez. W.W. Norton and Company, Nueva York 1990. Pág. 358:

“¿Qué podemos hacer para sacar a Noriega de Panamá?” Le preguntó a R. M. Koster el asistente del Senador Kennedy, Gregory Craig, en enero de 1988.

“Lo mismo que hicimos para sacar a Hitler de Europa”.

Seis semanas después, Koster decía lo mismo a los funcionarios del Consejo Nacional de Seguridad en el viejo Edificio Ejecutivo de Washington. [] Noriega no iba a irse a menos que se le forzara. El pueblo panameño no podía hacerlo, de manera que el asunto terminaría en una acción militar de los EEUU. Y entre más pronto sucediera esto, menos gente moriría.

Koster no estaba pronunciándose a favor de una línea de acción. Estaba prediciendo un evento, uno en el que él podría perder la vida, y sugería que, puesto que no podía ser evitada, se la hiciera rápidamente.

PANAMÁ (ACAN-EFE) El presidente de Panamá, Guillermo Endara, de 53 años, invitó a reyes, jefes de Estado y presidentes de Europa y América a su boda, el próximo domingo, con la estudiante de 22 años Ana Mae Díaz Chen, revelaron ayer fuentes diplomáticas.

Embajadores de los dos continentes declararon a ACAN-EFE que la nota enviada a los gobernantes dice que los novios “tendrán el placer de recibirles en el Salón Amarillo del Palacio de Las Garzas (Presidencia) después de la ceremonia religiosa que se oficiará en la Catedral Metropolitana.

Entre los invitados están los reyes de España, Juan Carlos I y Sofía, la reina de Inglaterra, Isabel II, el presidente francés, Francois Mitterrand, el de Estados Unidos, George Bush y todos los gobernantes de América Latina.

La boda de Endara, que enviudó hace un año de su primera esposa, Marcela, será oficiada por el nuncio apostólico en Panamá, el arzobispo español Sebastián Laboa.

VII

POR AMOR, NO POR DINERO

Hace apenas días que los personeros de este gobierno títere declaraban en sus discursos que harían respetar los Tratados Torrijos-Carter. Y ya hoy empiezan, con un descaro y cinismo sin límite ni vergüenza, a plantear la conveniencia de “alquilar” esas bases militares más allá del año dos mil. O a encontrar razones “patrióticas” para revisar los Tratados y asegurarles la permanencia a los norteamericanos.

Sin duda que el plan consiste en cambiar la retórica sobre una futura defensa del Canal que queda “bajo el paraguas del Pentágono”, como, seguramente con vergüenza, dijo el propio General Torrijos, a cambio de las bases más allá del año dos mil. Como escribió Ricaurte Soler, se va a cambiar el “derecho” a la intervención, ilegal a todas luces, por una presencia “de hecho” de las bases militares. Por lo demás, el mismo General Torrijos observó bien que nunca un letrero de “Se prohíbe entrar”, detuvo la invasión de un ejército imperialista.

La otra posible jugarreta es la de anular un Tratado, contra el cual siempre estuvieron, alegando, cínicamente, que no era patriótico porque “legalizaba las bases norteamericanas”, con lo que lograrían, para satisfacción de los norteamericanos, una presencia de hecho, aunque ilegal, de esas bases hasta el año de ñaúpa, mucho más allá del dos mil en el que, según los Tratados Torrijos-Carter, debe irse el último soldado norteamericano. Es decir, la continuación indefinida de la situación neocolonial que Panamá sufre desde 1903. Una situación que consideraban favorable.

Incluso a la ultra-izquierda le he oído decir yo mismo que

era una situación favorable, porque “agudizaba nuestras contradicciones” con el imperio y le daba al pueblo panameño la ocasión de manifestar su combatividad. Como en los días de enero de 1964, en los que la ultra-izquierda estuvo a la altura de los acontecimientos, que es la razón por la cual seguramente los añoran. Pero lo que es la oligarquía, esa por supuesto que no estaba allí. Desde luego, allí no murió ningún oligarca. Bueno, la verdad es que, por un ideal, ni allí, entonces, ni en ninguna otra parte, nunca. No puedo dejar de decir que en el libro de Guillermo Sánchez y Koster, que tanto me duele y avergüenza, citado más arriba, a esa gesta patriótica se le llama “motín”, “riots”, en el inglés original que escriben, piensan y sienten.

Donde sí estaba la oligarquía, en 1925, es detrás de un escritorio escribiéndole una carta al ejército norteamericano agradeciéndole, textualmente “agradeciéndole”, la intervención que la misma oligarquía solicitó, y en la que hubo gente humilde muerta a bayonetazos por el ejército norteamericano. El que firma esa carta, Horacio Alfaro, es igualmente el fundador de la Cámara de Comercio de Panamá. Todavía hoy, en ese antro de traidores oligarcas, el salón de actos lleva el nombre de Horacio Alfaro, con un retrato suyo al óleo que preside las reuniones donde se discutió la estrategia para tomarse todo el poder político y tumbar al General Noriega. Estrategia que en último término consistió en llamar al ejército norteamericano para que lo hiciera.

Primero eran acérrimos enemigos del Tratado. No era, decían ellos, lo suficientemente patriótico. En un momento dado se habló de que estarían dispuestos a ceder la permanencia de las bases más allá del año dos mil, a cambio de que el Canal pasara inmediatamente a manos panameñas. Esa posición, que se decía patriótica, no prosperó mucho porque ya estamos a escasos diez años del dos mil. Y ahora están saliendo con que al país le conviene la presencia militar norteamericana.

Torrijos decía que la dignidad incluso es rentable. Puede ser. Si lo es, no es la razón por la que es valiosa. Lo que sí es un hecho es que la indignidad y el servilismo no lo es.

Panamá, algunos panameños, mejor dicho, han entregado la patria a los norteamericanos pensando seguramente que el imperialismo les pagaría al contado. Como se pagan en los burdeles estas cosas. Pensaron que los norteamericanos traerían esos dólares y esa forma de vida, que ellos llaman democracia, pero que no es más que un consumismo barato que superficializa y hasta envilece y malea a los que caen en él. Hasta el punto de que se regodean y gozan en la porquería del capitalismo, porque este les ha maleado y podrido hasta sus criterios más íntimos. Eso es lo peor que tiene lo malo del capitalismo: malea, termina por gustarte.

Pero los yanquis vinieron, y no los dólares. La gente está desorientada. ¿Fue gratis, entonces, la entrega de Panamá? ¿Nos hemos prostituido a cambio de nada? ¿Por el puro placer de prostituirnos? ¿Panamá, es una puta gratis? O, peor aún, una puta barata. Porque recuerdo una entrevista de Arias Calderón diciéndole a los norteamericanos, en un inglés de una perfección propia sólo de la lengua materna, que la cantidad que pedíamos, mil millones, era “bastante” para Panamá, pero que para los Estados Unidos no era más que un poco de “maní” (peanuts). Tenía el rostro macabro cuando dijo “bastante”, y el de bufón cuando dijo “peanuts”. Como si pedir haciéndose el gracioso y en plan de chiste fuese más humilde y arrastrado, y más eficaz para provocar la caridad. Y eso que la estaba pidiendo prestada. No regalada.

Falta de dignidad, de decoro, de lo que los toreros españoles llaman “vergüenza”. Hay que ver, sin embargo, cuanta tienen cuando están en su exclusivo Club Unión. Eso tenía de bueno el gran defecto de Noriega: era altanero, soberbio. Y eso hay que aplaudírselo, cuando lo era frente a los yanquis. Y por eso mismo también, fue tan estrepitosa su caída desde esa soberbia altanera hasta su humilde rendición incondicional.

No se queda atrás nuestro Presidente en suplicar la caridad del yanqui. No hace mucho tiempo hizo una huelga de hambre en la Catedral metropolitana que, se dijo, era para presionar a los Estados Unidos para que nos diera ayuda económica. Después dijo que no era por eso su ayuno, sino

que para “acompañar el hambre de los pobres”. Como si fuese igual, o siquiera parecida, el hambre que da la dieta de un rico gordo que quiere rebajar algunas de sus no menos de trescientas libras, con el hambre que el pobre siente, sobre todo en el estómago de sus hijos, porque no tiene plata para comprar comida. Fue una falta de respeto para con los pobres muy característica de la gente rica.

Los comerciantes e industriales panameños alegan que han perdido en daños materiales 1,500 millones de dólares. Sin contar la pérdida total y definitiva del barrio del Chorrillo. Y sin contar tampoco con los 1,000 millones de dólares que pierde en los dos años de sanciones económicas. El gobierno panameño solicita, por caridad, solamente 1,000 millones. Los Estados Unidos acceden a darle menos de la mitad de lo que se pide: 420 millones. Pero este dinero no es “dado”, es “prestado”. Prestado y con intereses. Se está aumentando la deuda externa. Además, atención a esto, de esos 420 millones de dólares que nos prestan, ellos se quedan con 140 millones para cobrarse una parte de los intereses que les debemos. Nos prestan, pero para que les paguemos los intereses de la deuda que tenemos con ellos, deuda que se hace más grande con el nuevo préstamo. Nos dan para quitarnos. Y todavía falta lo siguiente. Con lo que nos sobra del préstamo no podemos hacer lo que nosotros querramos, sino lo que ellos quieren. Comprarles solamente a ellos, y eso solamente lo que ellos quieran vendernos. Y, por supuesto, al precio de ellos.

No es un negocio doble ni triple el que los Estados Unidos hace con la pobreza panameña, es cuádruple: primero destruyen la economía nacional e incumplen el Tratado. Y, segundo, nos obligan a que les pidamos, por caridad, dinero prestado que ellos van a cobrar con sus correspondientes intereses. Tercero, con esa misma plata que nos están prestando se cobran los intereses de otros préstamos. Y cuarto, tenemos que gastar esos centavos en la tienda de ellos.

Vergüenza y repugnancia es lo que uno siente cuando leemos en los periódicos la defensa que nuestro Presidente y

nuestro Ministro de Planificación y Política Económica hacen de la tacañería y usura de los Estados Unidos, a quienes ellos le entregaron la patria a cambio de unos cuantos dólares. Que ni siquiera nos dan. Nos lo prestan. Si insisto tanto en esto es porque yo mismo pensaba que los famosos "grants" que los Estados Unidos dan eran éso, grants, es decir, donaciones. Pero no, son inversiones capitalistas tan usureras como cualquiera otra operación bancaria. Ya sabemos con el hambre y el desempleo y las enfermedades de quién se va a pagar esa deuda. Porque todos ellos coinciden en que aquí no hubo invasión, ni en consecuencia hay obligación de los Estados Unidos de aliviar en algo la economía que el imperialismo destrozó, primero con sanciones, y después a cañonazo limpio.

Parece mentira, pero el gobierno títere defiende la posición de que los Estados Unidos no tiene que darnos dinero, ni siquiera el que es nuestro. ¡Y ni siquiera prestado, con intereses! Pesa más la patria de su ideología y servilismo que la de sus antecesores.

Pareciera que este gobierno está de acuerdo con una tesis que circuló pocos días después de la invasión, según la cual somos nosotros, el pueblo panameño, quien debía indemnizar a los Estados Unidos, cubrirles el costo de la invasión, pagársela. Después de todo, ¿no fueron acaso panameños los que la solicitaron, los que incluso se pusieron rabiosos porque tardaba en llegar? ¿No son panameños los que festejan la invasión y se enorgullecen de ella, hasta el punto de que usan camisetas que la celebran? Entonces que la pague Panamá. No me cabe la menor duda de que al final eso es lo que va a suceder. Nos van a cobrar hasta la última bala que dispararon contra nosotros, y vamos a terminar pagándola. Con sus debidos intereses, por supuesto.

No me consta, pero estoy seguro de que el botín de guerra que se llevó el ejército norteamericano fue muy grande. Y no me estoy refiriendo al saqueo y vulgar robo que hicieron los soldados yanquis en las casas que allanaban. En la Fundación Omar Torrijos, por ejemplo, se robaron tres mil dólares de una rifa que se estaba haciendo. Y también un betamax.

Y, no estoy seguro, pero creo que también un equipo de sonido. Por lo pronto, todo el equipo bélico de las Fuerzas de Defensa que se llevaron cuesta millones. No solamente no pagan por el daño que han hecho, sino que cobran. Y nuestra oligarquía servil, sin nacionalidad, como acertadísimamente decía Torrijos, está dispuesta, gustosamente dispuesta, a seguir entregando el país, prostituyéndolo, emputeciéndolo, gratis. Porque los dólares no llegan. Ni siquiera prestados. La gente, ingenua e inocente, vilmente engañada por sus propios compatriotas, pensó que cuando los americanos llegarán comenzaría a llover dólares. Aunque sean prestados. La necesidad es tanta que ya no importa. Pero lo único que ve en el cielo son los helicópteros yanquis, como pájaros negros de mal agüero, o como buitres rondando un basurero y esperando que la gente pobre se muera para bajar a comerles el hígado y los ojos.

Ni van a llegar nunca, esos benditos dólares, a menos que antes se aseguren que los van a poder sacar. Debidamente acrecentados, por supuesto. Los norteamericanos le dan un dólar sólo al que le pueden robar dos. Tengo la impresión de que esas son las bases. Que el tema del alquiler de las bases va a seguir saliendo hasta hacer potable la venta del país. Y repito: nos lo van a pagar con dinero prestado, no dado. Es decir, nos lo van a pagar con nuestro propio dinero.

Por lo demás, la gente que ha sido educada para ver al yanqui como un ser superior y a los Estados Unidos como la antesala del cielo, se resiste a ver que el imperio ya no puede darse el lujo de explotar con menos inmisericordia y crueldad que la que despliega en Panamá. Es como una advertencia al mundo, especialmente al de las naciones pobres y dependientes: "Vean a Panamá. Miren lo que les puede pasar si no se someten a nuestra voluntad".

Los Estados Unidos son un águila herida. Van rápidamente en decadencia, se desploman en picada, y según algunos analistas políticos y económicos, dentro de pocos años los Estados Unidos van a competir para tercer puesto en el orden de las potencias económicas mundiales, después del Japón y de la Comunidad Europea. Los Estados Unidos

no le van a dar a Panamá, ni a Nicaragua, ni un solo dólar antes de que los haya despojado de dos. La invasión de Panamá, al igual que el apoyo a la Contra en Nicaragua, para los gringos fue una inversión, un negocio, del que de todos modos van a sacar ganancia.

Este gobierno me recuerda una prostituta a la que un amigo mío visitó. Después de haberle hecho el servicio a mi amigo, le pidió el dinero que se le debía. Y mi amigo, bien ducho en este tipo de cosas, le dijo: "Yo pensé que era por amor, no por dinero".

La prostituta, por lo menos, se emputó. Que es algo que nuestro gobierno no ha sido capaz de hacer, a pesar de que tiene todo el derecho de reclamar indemnización por los daños materiales que la invasión le causó. Después de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos lanza en Europa un Plan Marshall multimillonario con el objeto de reconstruir lo que sus bombas habían destruido. En Panamá no se siente que tiene que hacerlo. El gobierno títere lamepies, digámoslo así, ni siquiera le reclama su propio dinero. Y si lo hace, es con una voz tan tímida, meliflua y enamorada, que más bien es caridad lo que parece que suplica. Ni por pienso exige justicia. Por el contrario, siguen entregando al país, económica, política y militarmente. La entrega es total, apasionada, absoluta. Y aparentemente para siempre. Y lo hacen gratis. Por amor. Por servilismo. Por un envilecimiento sin límite y sin medida, que no es necesario castigar, porque el mismo envilecimiento es su propio castigo.

NOTAS

En el programa dominical "This Week with David Brinkley", que se transmite por la cadena de televisión norteamericana ABC, el 28 de enero de 1990 el congresista Don Edwards al ser entrevistado expresó: "Hemos forzado a Panamá a ser una colonia. Hemos comprado un país. Panamá es ahora una colonia de los Estados Unidos de América. Empezamos gastando diez millones de dólares para elegir a Endara; casi diez dólares por voto. Luego enviamos un ejército para ponerlo en el poder y lo juramentamos en la embajada de los Estados Unidos".

**PRESIDENTE ENDARA PUEDE ALQUILAR BASE MILITAR A
E. U. DESPUES DEL 2000.**

WASHINGTON, 10 Ene. (EFE).- Panamá podría alquilar una base militar a Estados Unidos una vez que el canal pase a depender del gobierno panameño según establecen los Tratados Torrijos-Carter, afirmó el presidente de ese país, Guillermo Endara, al diario norteamericano "The Sun", de Baltimore.

El Panamá América, 11 de enero, 1990

VIII LA AGRESION ECONOMICA

El gobierno de los Estados Unidos, la administración de Reagan primero, Reagan mismo en persona, porque para él era un problema no solamente político sino que incluso personal, decidió empuetecer al pueblo panameño, prostituirlo, envilecerlo, comprarlo con un par de dólares tirados al suelo de su miseria. Posteriormente Bush continúa y ahonda esta estrategia. Ambos la implementan en una forma descarada, abierta, y ante los ojos y la vergüenza, el bochorno, de nuestra propia conciencia y de toda la América Latina. Yo habría querido que en lugar de empuetecernos nos hubieran empuetado. Pero se conoce que una economía de servicios, como es la panameña, genera mentalidad de sirvientes. De "waiters", decía el General Torrijos. De "putas", digo yo, que no soy tan fino como el General.

Su método fue claro, conciso y descarado: a menos que nos plegáramos a la voluntad imperial y sus intereses, nos iba a dejar sin moneda, sin dinero. Como Panamá, que tiene un sistema económico diseñado por y para la oligarquía, no tiene moneda propia, a los Estados Unidos se le facilita la tarea de "cortarnos la yugular". He puesto la expresión entre comillas porque es una cita textual de un tal senador D'Amato. No recuerdo cuáles fueron exactamente las palabras de Reagan, pero dijo que nos iba a apretar el pescuezo para que nosotros le echemos la culpa a Noriega. Ellos están en condiciones de sitiarnos con el hambre de nuestros hijos, la falta de medicamentos en los hospitales, y la necesidad en general. Un bloqueo a Panamá es tanto más cruel y efectivo que a cualquier otro país por su dependencia, casi total, de la metrópoli. Los obreros de la construcción permanecieron

largos, larguísimos meses sin cobrar salarios. El desempleo, que ya era enorme, se duplicó. Como los bancos tuvieron que cerrar sus puertas, todos los que cobraban con planillas se quedaron largo tiempo sin sueldo. Recuerdo que cuando le dije a Niriám, la empleada doméstica que trabaja en mi casa, que no viniera más, porque no iba a tener cómo pagarle, ella me dijo: "Señor Chuchú, déjeme venir aunque no me pague, porque así por lo menos como". Amigos míos en Costa Rica hicieron una colecta de dinero para enviármelo. De Nicaragua también me ayudaron. Estuvimos sitiados, cercados, y hasta el más valiente comenzaba a pensar, avergonzado, que era mejor rendirse a los norteamericanos, porque los hijos no comen dignidad. Quizás sea indigno dejar que los niños pasen hambre para tener nosotros dignidad. En esta circunstancia es de hombres dejar de serlo.

Comenzaron a abrirse grietas en el cerco económico. El gobierno panameño recurre al expediente de pagar con cheques de baja denominación, que pasan así a ser una especie de papel moneda que Panamá no tiene, y que sustituye en parte la succión de dólares de la que es objeto nuestra economía. Los Estados Unidos pasan una ley que le prohíbe a los norteamericanos pagar impuestos o servicios al gobierno nacional. Pero entonces el gobierno riposta cortándoles la luz y el agua, incluso a su embajada, de manera que tienen que tragar saliva, orgullo y petulancia y acceden a pagar, por lo menos, esos servicios indispensables. Lo que sí no pagan son los peajes de los barcos que cruzan por el Canal y que por el Tratado le corresponden a Panamá. Igualmente congelan los fondos panameños en los bancos norteamericanos, y les dan acceso a ese dinero del pueblo panameño a los plutócratas miserables que han ido a refugiarse en la casa del amo. Varias veces hemos visto publicadas las fotocopias de cheques girados a estos oligarcas de los fondos panameños.

A todo esto, paralelamente a la agresión económica, los norteamericanos empiezan, cada vez con más frecuencia y más profundamente, a desarrollar una política de agresiones militares con el pretexto de que son sólo maniobras. Hoy sabemos, porque ellos mismos lo han dicho, que la invasión ya estaba decidida, y que esas "maniobras" eran una práctica

de la invasión. Cuando la desatan en la madrugada del día 20, sus tropas ya están familiarizadas con las carreteras, con la ciudad entera, calle a calle. Esas maniobras, que no eran tales, les ha dado un conocimiento detallado del país. Su objetivo era permitir que se hiciera, disimuladamente, un reconocimiento del área y obtener la información que necesitaban para poder darnos un golpe contundente y relámpago.

Volviendo a la agresión económica, decía que el muro del cerco comenzó a agrietarse. Y es que se da un fenómeno que yo pienso que es de rancia estirpe capitalista. Es el siguiente: Este embate del capitalismo contra el capital en Panamá lleva en sí mismo la razón de su fracaso. El capitalismo se construye como la religión del capital. El capital es el Dios del capitalismo. Ir, entonces, el capitalismo contra el capital es un poco como si la religión fuera contra Dios. Y en esa confrontación quien gana es Dios. Es decir, el capital. Y eso es lo que ha pasado un poco en Panamá. El capital, que por supuesto es de los norteamericanos, o de los siervos de los norteamericanos, ha podido salvarse de los embates del capitalismo. Atacando el capital en Panamá, y digo "en" Panamá, no "de" Panamá, se ha dado una estocada a sí mismo. Es como la cucarachita mandinga que al ser atacada por el alacrán, le pone a éste su delgada alita sobre el lomo. Al chuzar el ala de la cucarachita sin otra defensa que su ingenio instintivo, se chuza a sí mismo.

El caso no tiene precedente en América Latina. Y como moral, llega a los límites de la perversión. Porque bien explícitamente se le está ofreciendo al pueblo panameño unos cuantos dólares, que además son suyos, porque constituyen su salario, y que necesita con urgencia para sus hijos, a cambio de que "le echen la culpa a Noriega". Reagan, y sus títeres criollos, rabiblanco alminegros, han emputecido al pueblo panameño, lo ha envilecido hasta la vergüenza. Da asco pensar en que las razones que alegaban en un comienzo eran "morales". Si yo fuera Dios, los fulminaría a todos con un rayo láser, como esos que los gringos usaron en la invasión a Panamá, y los mandaría, por una temporadita al menos, a ese mismo infierno en el que ellos creen.

Pero también pienso que han sido víctimas de la agresión ideológica del enemigo, y que la responsabilidad de todos los que hemos podido salvarnos de ese gas venenoso, es la de responder con una defensa cultural. Contra la guerra psicológica, la guerra de la cultura. Torrijos lo dijo una vez bien claramente. La revolución no solamente es necesaria para atender la miseria material del pueblo, sino también la miseria espiritual de la oligarquía. Nunca me convenció del todo. Ni aún ahora. Pero veo la foto de una muchacha panameña dándole un beso en la boca a un soldado invasor, veo una foto de nuestro Presidente Endara, feliz, satisfecho, como si acabara de comer, rodeado de soldados invasores, veo la entrevista en donde nuestro Ministro de Gobierno y Justicia le reprocha a los Estados Unidos no invadirnos, veo todo eso y me dan ganas de llorar de vergüenza, de impotencia, de humillación, de rabia, y de disgusto de mí mismo.

NOTAS

COSTO DE LAS "SANCIONES ECONOMICAS" IMPUESTAS POR LOS ESTADOS UNIDOS ENTRE 1988 Y 1989.

Por Juan Jované

Si se utiliza el método de la diferencia entre la tendencia del Producto Interno Bruto y los valores efectivos observados para este agregado macroeconómico como una medida de las pérdidas sufridas por la economía panameña debida a las llamadas "sanciones económicas" impuestas por los Estados Unidos en 1988 y 1989, se llega a la conclusión de que a precios constantes de 1970 esas pérdidas adquieren un nivel de 815 millones de dólares. Si para tener una idea más concreta de lo que esto significa, pasando los valores de precios constantes a precios corrientes, se puede establecer que en términos corrientes las pérdidas provocadas por las medidas de agresión económica presentan en 1988 y 1989 un total de 2,065.6 millones de dólares, de los cuales 969.6 se refieren a 1988 y 1,096.0 a 1989.

La magnitud del impacto de esa pérdida de 2,065.6 millones se aprecia mejor si se tiene en cuenta que la misma equivale a más de dos veces el total de inversiones realizada por la economía panameña en 1987, cerca de 1.9 veces la totalidad de exportaciones de

bienes y servicios no factoriales realizadas durante ese mismo año, así como casi un 50 por ciento del total del consumo, tanto privado como público.

IX

LA RENDICION DE NORIEGA

La rendición de Noriega debe haber sido bien dramática. Sólo tengo la información que apareció en los diarios y la entrevista del Capitán Gaytán. Pero es suficiente para imaginarse la escena que se desarrolló dentro de ese marco. El General Noriega se asila en la Nunciatura del Vaticano, es decir, la embajada del Vaticano, el mismo 24 de diciembre. Hay felices Navidades, Navidades blancas, y en Panamá, en 1989, Navidades tétricas. Tenía cuatro días de andar escondiéndose por la ciudad, ya ocupada por el ejército norteamericano, que lo buscaba afanosamente. Cada hora que pasaba sin hallarlo, lo era de ridículo para su Presidente Bush. La captura de Noriega había sido declarado el objetivo principal de la invasión. De no lograrse, se ponía en peligro la credibilidad del pretexto, la excusa, de que se viera claramente que ese objetivo no era más que un pretexto. Bush llega al extremo de ofrecer una recompensa de 1,000,000 de dólares a la persona que delate al General Noriega para poder capturarlo. Esto, estimado lector, es literalmente cierto. Ahora mismo no recuerdo si les daba igual "vivo o muerto", en la mejor tradición del vaquero mata-indio del oeste que Reagan revivió. No recuerdo. Pero el hecho es que nadie lo delató, a pesar de que muchas personas sabían dónde se escondía. Y esto habla muy a favor de ellas, porque no debe ser fácil despreciar un millón de dólares. Y menos en el contexto de gente corrupta y sin moral que, se decía, era el del General Noriega.

Parece que en un momento dado el General Noriega iba a dar la pelea. Por la emisora del Estado pasan la grabación de un mensaje suyo conminando al pueblo a la resistencia.

“¡Ni un paso atrás!”, terminó diciendo. Y fue la última vez que lo dijo. Se conoce que está vacilando. “Se decide por la vida”, como dice el Capitán Gaytán, y se asila en la Nunciatura.

Es una de las cosas que más se le reprocha al General Noriega: el de haberse entregado sin pelear hasta el final. Como Allende, de Chile, por ejemplo.

A veces he pensado que el martirologio, la inmolación heroica, no es una categoría militar. El soldado profesional está educado para matar, no para morir. Se inmola el entusiasta, el revolucionario, el santo, el que tiene una mística. No el profesional, el científico. A un amigo mío le cayó muy mal una entrevista que le hacen al General Noriega y en la cual le preguntan si está dispuesto a dar la vida. Noriega le responde que un soldado no piensa en eso. Y es verdad. No es lógico, no es científico, no es inteligente dar una batalla que sabemos que vamos a perder. Lo que en ese caso se impone es la rendición. Esta es la razón, además, por la que las revoluciones y las grandes gestas heroicas no las hacen los soldados profesionales. Y Noriega es un soldado profesional. Quizás uno de sus méritos es que no lo fue muy bueno, y en algún caso, en lugar de pensar con la cabeza, como lo hace un profesional, pensó con el hígado, que es como se deben pensar las cosas del corazón.

Se alega, yo creo que con razón, que si Noriega se hubiera decidido por la lucha hasta el final, el pueblo habría combatido con más entusiasmo y decisión. Yo no me quiero pronunciar con relación a esto, pero no puedo dejar de apuntar que de haber combatido el General Noriega, habría arrastrado a muchas más gente a la pelea, y en consecuencia a la muerte segura. No saber esto es ignorar, o hacerse el que lo ignora, la magnitud del volumen y la calidad de fuego que llovió sobre Panamá de una manera bestial, no imaginable siquiera. Que son miles de muertos, en un país de escasos dos millones, en unas cuantas horas, y sin el liderazgo de Noriega. Con Noriega habría sido 10 veces más. Con Torrijos, 100. Y en cualquiera de los tres casos, en esas condiciones, inútilmente. Lo único que se puede alegar en favor de este reproche es que sin duda en Panamá no se sabía la magnitud

y la calidad del ataque a la que el bestialismo norteamericano estaba dispuesto a desatar contra nuestro país.

Por otra parte, sin embargo, la lucha hasta el final, la inmolación patriótica, le habría servido de ejemplo a todos los países del Tercer Mundo y Panamá habría quedado en un puesto de honor en la historia universal, al lado de Numancia. Y eso cuenta, eso es valioso, eso merece la vida. ¿Pero la vida de quién? Con relación a la propia no debe de haber problema, uno mismo lo decide. ¿Y con relación a la de miles otros, niños, mujeres? ¿Es uno mismo quien puede también decidir su inmolación? Es difícil pronunciarse. No me atrevo a emitir rápidamente un juicio.

No defiendo a Noriega. Ataco a los que lo atacan. Desde los dos bandos. Porque también los llamados progresistas, que sin duda lo son, coinciden con la oligarquía y el imperialismo en su odio desatado contra el General Noriega. El imperialismo, que ya convenció a la Unión Soviética a tomar Coca-Cola y a comer en el McDonald, tuvo mucha menos dificultad en convencer a la América Latina, y a todo Panamá en particular, de que Noriega es un monstruo. Y en consecuencia que la invasión está justificada.

Algunos admiten esta justificación abiertamente. Otros la acogen con júbilo. Y otros la aceptan encubiertamente, con conciencia o sin ella. Está perfectamente claro, sin embargo, que no se puede estar de acuerdo con una consecuencia, la remoción de Noriega, sin estar igualmente de acuerdo con las premisas indispensables de esa consecuencia, la invasión. ¿De qué otra forma se habría podido llevar preso a Noriega sin invadir a Panamá? O, en todo caso, sin violar nuestra soberanía. Quien quiera esa conclusión, que acepte también esa premisa.

Los que le exigen a otros lo que ellos mismos no tienen, le reprochan con mucha frecuencia que no se haya inmolado en una resistencia heroica. Porque la inmolación es el único sentido que la resistencia tuvo, como lo comprobaron cientos de heroicos soldados, que hoy en día no están presos porque murieron todos. ¿Puede alguien creer, o suponer, que si

Noriega se hubiese inmolado esa misma gente que lo insulta estaría ahora hablando bien de él? O, siquiera, menos mal. Cuidado que no solamente es falsa esa suposición, sino que es verdad lo contrario. Estoy convencido de que estarían diciéndolo ahora: "¿Para qué se inmola, arrastrando a la muerte segura e inútil a tantos panameños ingenuos que se inspiraron en su gesto pseudopatriótico? Porque en el fondo -continuarían diciendo-, ese gesto no fue más que una expresión de su megalomanía. Ha querido pasar a la historia como héroe sin haber hecho más que morir. ¿En nombre de qué proyecto se inmola? ¿Para qué ese gesto que ni a él mismo le va a servir?, porque nosotros los historiadores, los historiógrafos, los politólogos, lo vamos a exponer y denunciar en nuestros sesudos ensayos".

Noriega sigue vivo. Y todo juicio moral sobre una persona viva debe ser cauteloso. Los actos del presente determinan nuestro pasado. Lo que Noriega ha sido depende de lo que en el futuro será. No me cabe la menor duda de que los norteamericanos le están ofreciendo penas más suaves, o incluso la libertad misma, a condición de que incrimine a Fidel Castro para minarle esa reputación colosal que jamás han podido menoscabar. Y Noriega no se ha prestado a ese juego. Sus detractores de izquierda nunca han mencionado esto. Contradice la imagen que el imperio les ha colado hasta el alma.

El General Noriega solicita asilo en la Nunciatura, porque sabe que la Iglesia es su enemiga, pero que no puede negarle esa acogida protectora que la Iglesia cristiana presume de dispensar sobre todo a las ovejas descarriadas. El General Noriega está jugando ajedrez. Monseñor Laboa, el nuncio apostólico, lo recibe. De pronto está jugando también él, y con la mejor carta posible. Por la impresión que tengo de sus actuaciones previas, y posteriores, creo que al Monseñor no le desagrade participar en esos acontecimientos que él sabe son históricos. La Iglesia había ya tomado bando. Por supuesto, el de la oligarquía y el del imperialismo. Ella siempre juega a ganar. De manera que Monseñor Laboa sabe bien qué tiene que hacer.

El ejército yanqui rodea inmediatamente la Nunciatura. Colocan unos altavoces que apuntan a la ventana de la habitación donde está el General Noriega y le avientan, a todo volumen, música rock grosera norteamericana. Yo creo que la finalidad de ese "hostigamiento psicológico", como le llamaban ellos, no era más que el de divertirse, humillando a quien les había humillado la prepotencia imperialista.

Como el General Noriega no se decide a abandonar la Nunciatura y entregarse, comienzan a ejercerle presiones. Por ejemplo, le advierten que el Nuncio puede, sencillamente diciéndolo, cambiar la sede de la Nunciatura a otro edificio, quedando inmediatamente desprotegido diplomáticamente el General Noriega, y en manos del ejército norteamericano. Pero esa movida no le conviene a la imagen religiosa que Monseñor Laboa debe cuidar, siquiera un poco.

Entonces urden otro plan. Convocan a una manifestación fuera de la Nunciatura, y van todos esos que han recibido, alborozados, al ejército invasor. Los vi por la televisión. Hijitos de papá con zapatillas Reebok y camisetitas Ocean Pacific. Putitas clase media que se dejaban pintar la cara por los soldados yanquis con esas cremas que usan ellos para camuflarse. Lo he visto por la televisión. Soldados yanquis agitando frente a las cámaras la bandera de la Democracia Cristiana. Lo he visto por la televisión. Forman un gran alboroto y gritan consignas pidiendo la vida del General Noriega. Entonces, en medio de todo esto, Monseñor Laboa va donde Noriega y le dice que "sería muy triste que su vida terminara como la de Benito Mussolini", que fue linchado por masas enardecidas. Exactamente como las que se oían rugir fuera de la Nunciatura. He puesto la frase entre comillas porque es textual, según el propio Monseñor Laboa. El mismo Monseñor Laboa declaró públicamente que le había dicho eso a Noriega. Noriega no tiene más remedio que tomar esa observación como una amenaza. Que por supuesto la es. Basta que los norteamericanos se retiren para que todo ese odio concentrado se le tire encima y lo destaque. Después de todo, ya han destruido a las Fuerzas de Defensa y él ya no les sirve más, ya no lo necesitan de pretexto. El ejército norteamericano no tiene por qué protegerlo a él, ni

inmiscuirse en la justicia panameña obstaculizándola. El General Noriega se da cuenta de que está en jaque, atrapado. Que perdió el juego. Y se entrega.

Dicen que sólo pidió la autorización de hacer dos llamadas telefónicas. Una a su esposa, y otra a una amante. Y también que le permitieran entregarse uniformado. A Monseñor Laboa le pide, como recuerdo, una biblia. Se la dan. Lo llevan en helicóptero a la base de Howard. Lo hacen cambiarse de ropa. Lo esposan. Lo encadenan. Y despegan hacia Miami. En la televisión se lo veía tranquilo, impávido. Tal y como lo describe su escolta personal, el Capitán Gaytán. Pero cuentan los norteamericanos que cuando el avión llega a Miami y comienza el descenso, Noriega llora.

No hacía mucho tiempo que la Universidad de Harvard, una de las más prestigiosas de los Estados Unidos, lo había invitado a dar una conferencia a su Escuela de Gobierno **John Kennedy**. Seguramente recordaba la que otra Universidad, la de Benghasi, en Libia, le había hecho al General Torrijos, que siempre admitió Noriega que fue su maestro. Ese placer de entonces, y esta pena de ahora..., ese orgullo de entonces, y esta humillación de ahora, tenían que habérsele mezclado en un sabor que yo no puedo imaginar. Conforme el avión bajaba para aterrizar, también bajaba él. Y seguramente fue un descenso largo, prolongado, despacio.

NOTAS

Testimonio del Capitán Eliécer Galtán, jefe de la seguridad personal del General Noriega. Tomado de **EL PERIÓDICO**, # 10, Panamá, Territorio Ocupado, abril de 1990.

Al despedirnos, le dije: "Me gusta volver a verlo frío y seguro". Y él me dijo: "Has sido leal. Más de lo que se podría esperar. Cuidate". Esa fue la última conversación que tuvimos.

El día 19 estuve con él hasta las diez de la noche en la "Casa del Recuerdo". De allí me fui a una reunión, para prepararnos para la invasión, que sabíamos sería esa noche, aunque no a qué hora. A las once de la noche escuché por la radio la clave que avisaba que había movimiento y empezamos la evacuación. La esposa y las hijas del General no habían querido abandonar el país y las llevamos a

una zona más segura cerca del aeropuerto, hasta que al día siguiente se refugiaron en la embajada de Cuba. Noriega se detuvo en el hotel Seremi unos minutos para cambiar de automóvil y después se dirigió a un puesto de mando subterráneo en Chepo, camino a Darién. Yo iba en otro carro y, cerca del aeropuerto, mis seis hombres y yo tuvimos nuestro primer enfrentamiento con paracaidistas norteamericanos. Noriega estaba a muy pocos metros de distancia, pero ellos no se dieron cuenta. Allí, en la rotonda próxima al aeropuerto, murieron muchos norteamericanos. Desde ese momento cerramos las comunicaciones por radio, porque ellos tenían las posibilidades del cien por ciento de localizarnos. La suya fue una guerra tecnológica. Nosotros atacábamos, pero ellos contrataban de una forma brutal. Fue una guerra desigual en la que nosotros pagamos un alto precio en vidas”.

X

NUESTRO HOMBRE EN PANAMA

John Dinges acaba de publicar un libro sobre el General Noriega: "Our Man in Panama", Random House, Nueva York 1990. 402 páginas. Se trata de un periodista norteamericano que ha merecido varios premios y distinciones. No se le ha dado en Panamá la publicidad que el libro se merece y que otros han tenido. He seleccionado algunos párrafos que subrayé cuando leía el libro y que los presento como una muestra sin pretensiones de continuidad o de mensaje.

La obra contiene mucha información valiosa. Es un libro detrás del cual hay una investigación prolija, muy detallada y, esto sobre todo, honrada. El libro corrobora el carácter profesional, como investigador, de John Dinges. Ha entrevistado a todos los que de alguna forma juegan un papel en la historia de Panamá en los cinco años pasados, entrecruzando y comprobando la información que obtiene. El libro está lleno de errores. Pero no creo que tenga una sola mentira. Es mucho lo que no dice, pero no porque lo calla, sino porque o no lo conoce o su concepción global no lo incluye. Pero también es mucho lo que dice. La impresión que yo tengo es que casi todo es verdad. Claro, una parte de la verdad puede ser dos veces una falsedad. Pero en mi opinión ese no es el caso. Si bien es cierto que no aparece el Noriega decidido a que los Tratados Torrijos Carter se cumplan, el Noriega que aparece, incluso como traficante de drogas y a sueldo de la CIA, no lo contradice.

Pienso que su mérito consiste en la cantidad y la calidad de información que John Dinges recaba. El trabajo de topo recogiendo datos, detalles, fechas, es realmente impresio-

nante. Y creo que su gran defecto es que no despega nunca para darnos un análisis político basado en esa cantidad de material que recoge, y que en mi opinión apunta a la conclusión de que Noriega fue un pretexto para la invasión.

Tengo entendido que John Dinges fue estudiante de teología, seminarista. Lo conocí personalmente, y a mí me cayó muy bien. Nos tomamos un café en el Restaurante El Jade y hablamos un poco. Yo no recuerdo qué, pero definitivamente tampoco él lo recuerda. La única cita que hace de mí es equivocada. Me hace decir que los miembros de la Brigada Victoriano Lorenzo que combatió en Nicaragua al lado de los sandinistas, eran, en su mayoría, miembros de la Guardia Nacional que "renunciaban" para poder pertenecer a ella, pero cuyas familias seguían percibiendo su salario del gobierno. Eso, amigo John, es algo que yo ni siquiera sabía. Vine a enterarme de ello en tu libro. Por otra parte, me parece que es perfectamente plausible y además correcto.

De las relaciones de Noriega con su esposa, el libro afirma en la página 162: "Tenía para con ella ese interés y consideración genuinos indicativos no solamente de un matrimonio duradero sino que también de un fuerte compañerismo". Lo he subrayado sólo porque es una imagen que contrasta con la del monstruo que la publicidad norteamericana nos ha inculcado sistemáticamente.

Con relación a la fortuna de Noriega y a sus violaciones de los derechos humanos, el libro dice, en la página 132: "El estimado de su fortuna personal varía mucho. En 1986, cuando todavía era amigo de los Estados Unidos, los funcionarios norteamericanos estimaron su fortuna en unos 16 millones de dólares. En 1989, cuando ya era oficialmente enemigo, el cálculo del Departamento de Estado ha tenido una escalada hasta 300 millones de dólares".

"El estimado máximo de sus ganancias derivadas de la droga son de 10 a 15 millones de dólares, sumas cuantiosas, pero que lo dejan como un jugador mediocre en la liga billonaria de los negociantes de droga latinoamericanos. Además, la evidencia sugiere que Noriega participó en acti-

vidades importantes de la droga por un período de sólo dos a tres años en el inicio de la década del 80, y que luego se convirtió en un celoso colaborador de confianza de la DEA". La biografía de Noriega, desde su infancia hasta que llega a formar parte de la Guardia Nacional, aparece en el libro como una premisa de vida relacionada con el narcotráfico. Definitivamente la impresión que uno recibe es que el narcotráfico es el aspecto más importante de su vida. Por eso choca un poco cuando al final nos enteramos de que ese capítulo en la vida de Noriega no dura más que un par de años.

"Noriega fue ciertamente un hombre cruel que carga con la responsabilidad de un número plural de asesinatos. La decapitación de Hugo Spadafora es sólo el más conocido. Pero la escala de asesinatos y represión en el Panamá de Noriega está bien lejos de las muertes, torturas y desapariciones que se llevaron a cabo más o menos durante ese mismo período en Chile, Argentina, El Salvador y Guatemala, con una condena oficial de parte de los Estados Unidos considerablemente menor. Los crímenes y la crueldad de Noriega no pueden ser minimizados. Sin embargo, comparado con otros violadores de los derechos humanos, la respuesta de los Estados Unidos parece desproporcionada".

Sobre la colaboración de Noriega con los Estados Unidos, el libro dice, página 316: "Es posible que el servicio más importante que le rinde Noriega a los Estados Unidos, es su disposición de permitir que se usen las bases norteamericanas con objetivos militares, violando abiertamente los Tratados del Canal de Panamá". Es decir, les permite hacer lo que no habría podido impedir que lo hagan. Al igual que en el caso de la droga, cuyo paso por Panamá, camino de los Estados Unidos, ni él ni nadie puede realmente impedirlo. Si ni los Estados Unidos, con toda su tecnología, es capaz de impedir que la droga entre, qué va a poder Panamá impedir que pase por aquí.

Hay un axioma en la economía capitalista que dice que la demanda determina la oferta. Mientras los gringos compran droga, va a haber gente que se la venda. Si no lo quieren así, que cambien de economía. El problema de la droga es

grave, por supuesto, pero no es como se lo plantean los norteamericanos, que más bien lo usan como un pretexto.

Con relación al encausamiento del General Noriega, John Dinges dice, en la página 313 de su libro: “Desde el punto de vista táctico, muchos funcionarios del gobierno de los Estados Unidos, reconocieron que el encausamiento criminal de Noriega haría más difícil que abandonara el poder. Exponiendo a Noriega a ser arrestado y extraditado de la mayoría de los países occidentales no era ciertamente una táctica en favor de que aceptara el exilio. [] El encausamiento de Noriega fue no solamente algo torpe, sino que contraproducente”. Para nosotros la medida no fue torpe, como dice Dinges, sino que perfectamente inteligente. El proyecto de los Estados Unidos, tal y como explícitamente se lo declara en el documento Santa Fe II, no era “sacar a Noriega”, ni las “elecciones”; el plan era la “reforma” de las Fuerzas de Defensa. Aquí la palabra “reforma” se la está usando eufemísticamente, por supuesto, como ya lo anoté, porque lo que se quiere decir es “destrucción”. Pero John Dinges en ningún momento duda de que el motivo de la invasión fue la de capturar al General Noriega, acusado de permitir que la droga pasara por Panamá camino de los Estados Unidos. Por eso, al final del libro, donde llega a la conclusión, al producto, de sus prolijas investigaciones, piensa que la invasión ha sido una respuesta exagerada. Dice en la página 315: “El resultado fue el ejercicio de la fuerza militar de una superpotencia para aplastar uno de los ejércitos más pequeños del hemisferio, una invasión vergonzosa que fue el reconocimiento final del fracaso de los Estados Unidos en Panamá”. Por el contrario, John, fue una operación exitosa que les va a garantizar a los Estados Unidos la permanencia militar más allá del año 2000. El libro de Dinges tiene premisas acertadas, pero falla en la conclusión.

Y sobre Torrijos, John Dinges dice, en la página 115: “Torrijos le había dado a su pequeño y difícilmente calificable país una identidad internacional de proporciones casi heroicas en el Tercer Mundo. Casi como accidentalmente, sin el vigor de la oratoria o la ideología de un Fidel Castro, su revolución militar realiza una gran transformación tanto

social como racial, incluso psicológica, en la vida de las grandes mayorías de Panamá. Más que las reformas en el agro, salud y educación, la esencia del “torrijismo” era la de inculcar un naciente orgullo nacional en un pueblo que había sido más siervo que esclavo.”

Sobre el plan de asesinar a Torrijos, dice el libro **Nuestro Hombre en Panamá**, página 60-61: “El caso de la complicidad oficial panameña en el tráfico de drogas no podía continuar siendo ignorado, y la casa blanca de Nixon comenzó a traducir su preocupación sobre Panamá en un plan de acción. Se le solicitó a Strickler [Gerry Strickler, funcionario del Departamento de Estado] que presentara la información incriminatoria en una reunión especial en el Consejo Nacional de Seguridad, CNS. La reunión incluyó dos miembros del CNS y a dos funcionarios de la CIA, todos con responsabilidades específicas para una coordinación interagencial de narcóticos. Los funcionarios oyeron atentamente pero no quisieron manifestar sus intenciones. Strickler, sin embargo, salió de la reunión un poco confuso por una pregunta que le hicieron.

“Me preguntaron si no opinaba yo, sinceramente, que a los Estados Unidos le convenía quitar de por medio a Torrijos y reemplazarlo por alguna otra persona. Yo dije que no, que probablemente nos convenía más una persona conocida, como Torrijos, que cualquiera otra”. Posteriormente Strickler dijo: “No había ninguna duda sobre lo que querían decir con “quitar de por medio””.

“Lo que estos funcionarios estaban considerando se puso al descubierto en 1973, en medio del escándalo de Watergate. El ex asesor de la Casa Blanca, John Dean, rindiendo declaración ante el comité senatorial de Watergate, dijo que la Casa Blanca había contratado a E. Howard Hunt, uno de los ladrones de Watergate, para asesinar a Torrijos. Dean dijo que se había decidido la muerte de Torrijos por su “actitud poco cooperadora” con relación a las negociaciones del tratado del canal de Panamá y porque su gobierno estaba permitiendo el flujo de heroína a través de Panamá con destino a los Estados Unidos. Según Dean, el proyecto

fue abortado antes de que llegara a Panamá el equipo asesino.”

El libro, en su última página, 318, concluye con unas palabras terribles sobre nuestro país. Panamá, dice, “termina como comenzó en 1903, en todo caso siendo apenas una nación, y cuyo destino no estuvo determinado por sus ciudadanos sino por el poder de los Estados Unidos”. No lo dice Dinges, pero refuerza su idea recordar que, al igual que ahora, los Estados Unidos desarman y destruyen totalmente las Fuerzas Armadas de Panamá, permitiendo sólo la existencia de una policía de “pito y tolete”. Exactamente como ahora. En unas pocas horas se vino a tierra lo que había costado casi un siglo de labor. No era mucho, por supuesto. Pero el aliento que se requiere para volver a comenzar le dan al panameño, en bandeja de plata, la posibilidad del heroísmo.

Es un libro bien documentado que hay que leer y que será imprescindible para los que en el futuro quieran escarbar en ese tinaco de basura en el que se pudren los acontecimientos que desembocaron en la invasión de Panamá. Pero donde también se hallarán las raíces más profundas de nuestra nacionalidad. Si es que logramos rescatarla.

NOTAS

SANTA FE II, UNA ESTRATEGIA PARA AMERICA LATINA EN LA DECADA DE 1990, por el Sr. Francis Bouchey, Dr. Roger Fontaine, Dr. David C. Jordan, editor, y el Tte. Gral. Gordon Summer, hijo.

PANAMÁ, Propuesta # 10

La expulsión de Noriega y la celebración de elecciones no serán suficientes para instaurar un régimen democrático en Panamá. EE.UU. tendrá que centrar su atención en toda la gama de problemas que entraña un régimen democrático: la reforma de las FDP (Fuerzas de Defensa de Panamá), el apoyo a un sistema judicial independiente y la restauración de la economía, serán los más esenciales.

La crisis del régimen de Panamá se produce ahora. Durante veinte años, la exhuberancia democrática natural y algo desorganizada del país fue ahogada por una dictadura pseudopopulista.

La Administración de Carter cifró sus esperanzas en forjar una alianza con un gobierno corrupto, que creía estable, mediante la firma de dos tratados sobre el Canal de Panamá, que garantizaran el control por ese país de esa vital vía interoceánica para finales de siglo.

Ya en este momento la ilusión de Carter es evidente para todos. Sin embargo, la Administración de Reagan sólo ha podido formular una nueva política hacia Panamá a tontas y a locas, centrada casi exclusivamente en despojar el país de un individuo, su influyente General Manuel Antonio Noriega.

Pero el derrocamiento del dictador difícilmente resuelve los problemas o crea condiciones para una sólida asociación norteamericano-panameña.

En la década de 1990, la próxima Administración tendrá que enfrentar serios problemas que aún están por abordar. Las leyes bancarias tienen que ser revisadas para evitar que el país se hunda una vez más en la corrupción basada en el cartel de las drogas. La Constitución panameña debe ser enmendada para que permita la extradición de ciudadanos panameños culpables de delitos en terceros países, aunque sería preferible en gran medida, que esta tarea fuera asumida por un sistema judicial panameño depurado.

Además de eso, EE.UU. y Panamá, una vez que esté en el poder un gobierno democrático, debe comenzar a planear seriamente la adecuada administración del Canal, que pronto requerirá una importante y costosa reparación general. Al mismo tiempo, deben iniciarse las discusiones sobre una defensa realista del Canal después del año 2000. Esas conversaciones deben incluir la retención por EE.UU. de un número limitado de instalaciones en Panamá (principalmente la base aérea Howard y la estación naval Rodman) para una adecuada proyección de fuerza en todo el Hemisferio Occidental.

Estas cuestiones no han sido tratadas y deben serlo para principios de la década de 1990, si se han de afianzar los intereses nacionales de Panamá y EE.UU. para el próximo siglo.

XI

EL GENERAL NORIEGA

Nunca trabajé con él. Y no porque no lo haya querido yo. Habría ido, si me hubiese llamado. Pero no lo hizo nunca. Cuando escribí mi libro sobre el General Torrijos le mandé los manuscritos. Ni siquiera me acusó recibo, a pesar de que yo sé que los recibió. Un capitán vecino mío, que trabajaba con él, se lo llevó personalmente, o me dijo que lo vió encima de su escritorio. En otra ocasión la gente del Manguito le mandó una carta, muy elogiosa para mi, en donde le sugerían que me transfiriera a su escolta personal. Tampoco acusó recibo. Sé que en una ocasión le dijo a Juan Jované, el profesor universitario de economía, muy amigo mío: "Cuidate de Chuchú. Es un hippie peligroso". Quién sabe qué le habrá querido decir.

En otra ocasión el General Noriega presentaba un libro de Nils Castro, **Como Pez en el Agua**. Y entre las cosas que dijo fue que ése sí era un libro para los panameños, y no para ganarse un concurso extranjero. Yo me sentí aludido, por mi libro sobre el General Torrijos que había sido premiado en Cuba por el concurso de Casa de las Américas y del que en esos días llegaban a Panamá 30,000 ejemplares que Fidel Castro regalaba para que se distribuyeran gratuitamente.

Varias veces le solicité apoyo para financiar los libros y discos que he hecho del General Torrijos. Yo inventé una cosa que se llamó "Centro de Estudios Torrijista", pero sin ningún apoyo oficial. Al final lo único que quedaba de esa oficina era una computadora, que terminó perdiéndose en la invasión. Únicamente me apoyaron el Coronel Díaz y el ex Presidente Ricardo de la Espriella. Mis proyectos, para salvar y divulgar el pensamiento del General Torrijos, se pudieron realizar

muy poco. Y a la postre, ese poco también se pierde. Por ejemplo, el museíto del General que yo tenía en Río Hato, la base militar en donde se tiran bombas de dos mil libras. Igualmente pierdo miles de ejemplares de libros y discos que, por no tener donde guardarlos, los había metido en un cuartel en donde sin duda fueron destruidos. Se pierden también los 30,000 ejemplares de mi libro que Fidel había regalado. No puedo ocultar que esa indiferencia por mi trabajo me dolió y resintió un poco. Pero no mucho, porque yo siempre supuse que él sabía que mi trabajo yo lo iba a hacer con su apoyo o sin él.

En una ocasión me honró. Se inauguraba el portón de la base de Río Hato, antigua base militar de los norteamericanos que Torrijos había reconquistado, y cuando iba a izar la bandera panameña, vino hacia mí y me pidió que lo acompañara, que estuviera a su lado cuando la izará. Primero me sentí un poco incómodo, porque tenía toda la camisa manchada de unos mangos que me había estado comiendo. Pero después se me hinchó el pecho de orgullo. Río Hato había sido la primera pica que el General Torrijos clavaba en Flandes, su primer paso en la reconquista de nuestra dignidad nacional. He visto a viejos capitanes llorar a moco suelto cuando cuentan lo que antes era y lo que ahora es, la base militar de Río Hato. No, ahora seguramente va a dejar de ser lo que Torrijos hizo de ella. El hecho es que ese día el General Noriega me honró frente a toda la brigada de los Macho de Monte y la Sexta Compañía que estaba allí reunida.

No recuerdo nunca haber tenido una conversación con él. Siempre fue un saludo y un trato muy superficial. Mi juicio sobre él se apoya solamente en información de todos conocida y en testimonios personales de gente cuyo criterio y honradez se merecen toda mi confianza. Pór ejemplo, el de la periodista argentina, Stella Calloni, a quien nadie puede acusar de servilista. Por el contrario, siempre ha puesto su talento, que le sobra, en artículos, libros, poemas, de una honradez avalada por una vida llevada a cabo con gran austeridad. Pues esta misma Stella Calloni, que tuvo que salir huyendo de las tropas invasoras yanquis, siempre me ha hablado del General Noriega con mucha simpatía.

También es cierto que conozco a mucha gente, igualmente intachables, que le tienen un odio salvaje al General Noriega. Me resisto a pensar que se debe sólo a la eficiente publicidad que se desató contra él. Pero cuando pregunto por las razones de ese odio erizado, con el rostro crispado y pelados los dientes, no encuentro nada sustantivo. Es como si se basara sólo en una intuición. Advierto que le doy algún crédito a la intuición.

Incluso gente que apoyaba políticamente a Noriega lo hacían sin mucho entusiasmo, pensándolo malo. Pero había que elegir, según un amigo mío, “entre lo malo y lo peor”. Y Noriega era lo malo.

Cuando la hija de Nils Castro se accidenta gravemente, el General Noriega le puso a su disposición un helicóptero. Y cuando va a verla al hospital, le regala un peluche. Esa no es la imagen del monstruo que han querido pintarnos. Hace bien poco, cuando ya está vencido y encerrado en una cárcel de Miami, han publicado una foto de él en todos los medios de información, donde aparece en camiseta, sosteniendo el número de prisionero que es. Todavía no se satisface el odio cultivado que le tienen. Debajo de la camiseta se ve, clarito, que el prisionero lleva al cuello un rosario. Tampoco eso se aviene con la imagen del monstruo.

Al General Noriega se le ofrece, en varias ocasiones, la posibilidad de irse del país a gozar de sus millones a cualquier parte del mundo. El opta por quedarse en Panamá oponiéndosele al imperio más poderoso del mundo, y arriesgándolo todo, que al final, por cierto, pierde. Eso no lo hace un gangster corrupto que sólo quiere dinero.

Otra persona que siempre se refirió a él con respeto es Graham Greene, que tampoco tiene fama de servilista. En una novela reciente de él, **El Capitán y el Enemigo**, sale Noriega como Jefe de Seguridad. Pero le cambió el nombre. Allí se llama Coronel Martínez, y es el que implementa la ayuda que Cuba y Panamá le dan a los sandinistas. Dicho sea de paso, también sale un secretario del arzobispo McGrath, el que bendijo la invasión, en el papel de agente de la CIA.

En una ocasión el General Noriega recibió en su casa a Graham Greene. También yo fui. Es la única vez que entré a su casa. Ambos se rieron mucho. De esa reunión salió un viaje que Graham Greene y yo hicimos a Cuba para hablar con Fidel Castro. Por cierto que lo primero que le dice Graham Greene a Fidel Castro cuando lo ve es: "No traigo ningún mensaje para usted de parte del General Noriega. Yo no soy un mensajero. Yo soy el mensaje". Fidel Castro no le respondió nada, pero después, ya en horas de la madrugada, cuando fue a despedirlo a la puerta del automóvil, le dijo: "Dígale al General Noriega que recibí el mensaje".

Hablando por teléfono recientemente con Graham Greene, me dio su opinión que tenía del General Noriega, concisa y precisa, con esa economía y puntería de palabras característica del gran escritor. "The enemy of my enemy is my friend", me dijo. "El enemigo de mi enemigo es mi amigo". En el fondo coincido más o menos con Graham Greene. Más que defender a Noriega, lo que hago es atacar a los que lo atacan. En primer lugar, porque yo no creo que el asunto sea la moral de Noriega. En segundo lugar, porque estoy convencido de que no necesita mayormente que se le defienda. Sin embargo, no puedo dejar de reconocer que algo bueno tiene que tener Noriega para que los gringos lo odien tanto.

Me consta que el General Torrijos reconocía y admiraba su inteligencia. Alguna vez se lo oí comentar. Igualmente le he preguntado a algunas mujeres que lo han visitado por la impresión que recibieron de él, y unánimemente se refirieron cálidamente a su gentileza y cortesía.

En otra ocasión lo vi en una de esas representaciones teatrales que organizan las escuelas primarias, y que son mortalmente aburridas, salvo la parte, por supuesto, en la que interviene nuestra hijita de cinco años. Me impresionó verlo tan natural en un papel que a mí me cuesta. Es uno de los pocos hombres no divorciados que conozco.

Dos cosas recuerdo de él con agrado. En una ocasión el General Torrijos estaba en una fiesta que le daban en Washington cuando repentinamente nos pidió a los escoltas

que lo sacáramos de allí sin que los agentes de la seguridad gringa se dieran cuenta. Era un problema bien difícil, los agentes estaban por todas partes. Sobre todo en las salidas. El entonces Coronel Noriega, Jefe de la Seguridad panameña, no estaba allí con nosotros. Entonces el jefe de la escolta le llamó por teléfono al hotel en el que se hospedaba para pedirle consejo sobre el problema sin solución en el que estábamos. La respuesta del Coronel fue clara y concisa: "Cumplan la orden", nos dijo. No pudimos, dicho sea de paso. Pero a mí me agradó la lealtad que había en esa respuesta.

Otra cosa que recuerdo fue una vez que viajábamos, con el General Torrijos, a un país donde había normas muy estrictas con relación a las armas de fuego. Creo que era Inglaterra. La cosa es que el Coronel Noriega nos dio órdenes a los escoltas de no bajar armas del avión de la Fuerza Aérea en el que viajábamos. Yo le desobedecí y guardé en la espalda una pistolita. No sé si él me vio o si sólo fue sospecha, porque vino hacia mí y me dio un abrazo diciéndome: "Qué hubo, Chuchú, ¿cómo estás?". Yo sentí que en el abrazo palpó la pistolita. Y entonces le dijo al capitán Jefe de la Escolta: "Que Chuchú no se separe de Torrijos". El capitán nunca supo por qué. Cuando llegó otro a sustituirlo, le dijo: "Por orden de mi Coronel Noriega, que Chuchú no se separe de mi General Torrijos". Y esa es la razón por la que a partir de ese momento tuve una gran proximidad física con el General Torrijos, que generó una relación política muy íntima y profunda.

Y hay una cosa desagradable que recuerdo de él. En una ocasión se hizo en Río Hato una pequeña reunión que llamaron "convivio". Yo estaba sentado en la hierba hablando con una señora y un par de interioranos más. Creo que eran todos miembros de los Batallones de la Dignidad locales. En eso llegó el General Noriega rodeado de sus íntimos y de su seguridad. La señora se levantó y le pidió que recibiera una carta que estaba ofreciéndole. Seguramente le pedía atención para alguna necesidad, un empleo, dinero, o algún favor. La cosa es que el General Noriega, muy sonreído y amable, le dijo que eso era un convivio. Dándole a entender que no era el lugar adecuado para recibir su carta. Y no se la recibió. Nada le habría costado recibirla y dársela a algún miembro de su

seguridad, aunque después se olvidara de ella. La pobre señora se quedó, humillada, con la carta en la mano.

Otra cosa que recuerdo de él fue un viaje que hicimos en avioneta a Honduras. Llevábamos misiones separadas. El venía leyendo un libro y me decepcioné del título. Era un libro de literatura esotérica en la que yo, por supuesto, no creo.

También recuerdo una ocasión en la que un alto oficial del ejército norteamericano me acusó a un miembro del Estado Mayor panameño. Yo fui a ver al General Noriega para que me dijera si yo podía seguir con mis vuelitos a Nicaragua, y él me dijo: "No te preocupes, Chuchú. Los gringos nos tienen fichados a todos". Yo tomé eso como una luz verde.

Los Estados Unidos acusan a Noriega, entre muchas otras cosas, de ser agente de la CIA. Aparentemente no se dan cuenta de que el desprestigio que quieren que recaiga sobre el General Noriega implica el de la CIA misma. Si ellos mismos lo dicen, debe de ser cierto. Pero a mí me consta que la ayuda del General Torrijos a la revolución nicaragüense pasaba por el entonces Coronel Noriega. Si eso es lo que hacen los agentes de la CIA, habría que aplaudirlos y condecorarlos en nombre de la revolución.

Por otra parte, uno se pregunta si es concebible que los Estados Unidos sean un país tan moral y honesto que no vacila en destruir a un agente suyo, muy eficaz y en un puesto clave, sólo porque ese agente es narcotraficante. Ellos, que por confesión propia planean y ejecutan asesinatos, golpes de Estado, como el de Chile, donde se asesinan miles. ¿Cómo creer que esa misma clase de gente no esté dispuesta a trabajar con un agente suyo sólo porque es narcotraficante e invaden un país para tomarlo prisionero? ¿A quiénes están engañando? Obviamente sólo a esos a quienes les conviene propagar esa mentira.

Yo no dudo de que el General Noriega haya trabajado para la CIA, pero tampoco de que su participación no fue la clásica del espía delator. En el libro de Dinges, que está avalado por mucha investigación, se afirma que los servicios

que Noriega le presta al imperialismo es el de dejarlo usar las bases en la Zona del Canal para actividades sin ninguna relación con la seguridad del Canal, que eran las únicas permitidas legalmente. Si ése fue el trabajo por el que Noriega recibía un dinero de los Estados Unidos, él no estaba dando nada que habría podido no dar.

Los Estados Unidos, ninguna de sus dependencias, ha podido decir qué clase de servicio les prestó su agente Noriega. Lo único que ha salido es su oferta de “matar a toda la dirigencia sandinista”. Si es verdad que el General Noriega propuso esa oferta, no sé cómo se la pudieron tomar en serio. En primer lugar, ellos saben, nosotros sabemos, todos saben, que Noriega no cuenta con la capacidad técnica para matar a los nueve Comandantes. Ni siquiera los Estados Unidos. También es posible, por tanto, que no se la hayan tomado en serio, y hasta que se hayan indignado porque pensaron que se les estaba manipulando e incluso tomando el pelo.

Alguien en cuya inteligencia y moralidad confío plenamente, y que conoció y trabajó con Noriega, muy a fondo, me dijo una vez que Noriega era un Fouché, es decir, un maniobrero muy sutil e inteligente. Me lo decía con una connotación negativa, cosa que yo entiendo, pero no estoy seguro que comparto. Es hasta posible que Noriega se haya enredado en su propia madeja, porque es un hecho que al final le dan jaque mate: está preso en Miami.

Con frecuencia he oído, y leído, de la participación que Noriega tuvo con la Contra Nicaragüense. Que incluso ha llegado a cooperar con ellos en acciones de sabotaje en la Nicaragua sandinista. Todo esto con la complacencia, y complicidad, de la CIA, por supuesto. Ahora bien, los sandinistas saben esto, y sin embargo lo apoyan. Debo suponer que tienen razones para eso. Y yo confío en ellos.

En la época de la guerra de Nicaragua, en una ocasión, por orden del General Torrijos, llevé a Daniel Ortega al despacho de Noriega. Y se lo presenté. Se fueron a un cuartito que había detrás y no supe de qué hablaron. Pero cuando

salió Daniel le pregunté cómo le había ido. “Pijudo” -me dijo, y se deshizo en elogios al Jefe de la Seguridad panameña. Yo incluso me sorprendí. No estaba acostumbrado a que nadie hablara tan bien de él. Y menos una persona con los criterios revolucionarios de Daniel Ortega, que después alcanza la Presidencia de su país.

Lo acusan también de falso nacionalista que capitaliza y se aprovecha del nacionalismo panameño. Pero es un hecho que recién ingresado a la entonces Guardia Nacional, en el entierro de los mártires de Enero del 64, asesinados por los norteamericanos, el joven subteniente Noriega hace un discurso patriótico y anti-imperialista en el cementerio de Colón. Yo lo he leído. Además, en informes sobre él de los norteamericanos, que han salido a flote recientemente con relación a su juicio en Miami, se dice, entre otras cosas malas de él, que es “ultranacionalista”. En el libro, bastante y bien documentado, de John Dinges, se dice en la página 32 que Noriega, en su época de estudiante, “escribió y publicó poemas nacionalistas y artículos donde atacaba la presencia norteamericana en Panamá como una ofensa a su soberanía”. Para mí lo de los poemas es un argumento fundamental. Y lo dice un libro norteamericano sin ninguna simpatía para con el General Noriega.

Igualmente observa Dinges que Noriega, en su época de estudiante de secundaria, se inscribe en la juventud del Partido Socialista de Demetrio Porras. No fue ese un partido marxista, pero desde luego se le enfrentó a la oligarquía criolla y al imperialismo norteamericano. Aunque el joven Noriega no se distinguió mayormente como político en esa época de su adolescencia, los informes de inteligencia de los Estados Unidos registran el hecho.

Se le acusa también de haber mandado a asesinar a Hugo Spadafora. Conocí bien a Hugo. Fuimos amigos. Y es verdad que sentía una gran enemistad con relación a Noriega. Pero Hugo no jugó nunca un papel importante en la política panameña. A mí me dijo una vez que Torrijos debía unirse a Arnulfo Arias, porque ambos se complementaban. Torrijos ponía el proyecto político y Arnulfo la gran cantidad

de seguidores que tenía. Yo no tomé en serio una idea tan descabellada. La cito solamente para que se vea cuál era la forma política con la que Hugo pensaba. Debo decir que siempre me cayó muy bien. Como él había estudiado en Boloña, y mi mujer es de allí, iba a mi casa algunas veces a comer pasta. Cuando forma la Brigada Victoriano Lorenzo para pelear contra Somoza, tampoco lo tomo en serio. Pero allí sí reconozco que me equivoqué de palmo a palmo, porque fue una brigada heroica. Incluso he oído anécdotas de Hugo, todas hablando de su valentía personal.

Con relación a las pruebas que dijo tener el Coronel Roberto Díaz Herrera, entonces Segundo Comandante de las Fuerzas de Defensa sobre el crimen de Hugo, debo decir lo siguiente: que el propio Coronel me desmienta públicamente si estoy faltando a la verdad. El Coronel, que ya estaba en una abierta oposición al General, me dijo que él pensaba que Noriega había sido el autor intelectual, pero no intencional, del crimen de Spadafora y que seguramente lo que había pasado era que en una borrachera dijo Noriega: "A ése (Hugo Spadafora) hay que sacarle la mierda". Lo oyó el Mayor Córdoba quien, a su vez en una borrachera, cuando le dan parte de que han arrestado a Spadafora que entraba clandestino al país, habrá dicho: "Sáquenle la mierda". Y eso puede significar desde "denle una paliza" hasta "mátenlo". Esas son sus pruebas. No tiene más. Y es quien debería tenerlas.

Aun cuando fuese verdad lo que el Coronel piensa, eso hace culpable al General de hablar irresponsablemente, no de haber mandado a matar a nadie. El propio Coronel reconoce que fue un crimen estúpido. Su propia posición, me dijo, era la de entregar a la justicia a los soldados que cometieron el crimen, "tenerlos un par de años dando vueltas por el comedor, dentro del cuartel, y soltarlos después".

En el inicio de la confrontación del Coronel con el General algunos familiares de Hugo Spadafora acompañaron al Coronel en su casa. Cualquier declaración del Coronel que no se ajuste a lo que he dicho más arriba, obviamente se nutre de información nueva que le dieron. No son pruebas recabadas por él.

Por otra parte, se dice que Hugo Spadafora había acusado al General Noriega de narcotraficante ante las autoridades norteamericanas. Lo menciono sólo porque eso podría ser un motivo para el crimen. De parte de Noriega, o de los narcotraficantes.

Estoy perfectamente de acuerdo con el Coronel en que si Noriega cometió el crimen, Noriega es un estúpido. Y el General Noriega no es estúpido. Sus enemigos le han dicho de todo, menos eso. A menos que fuese tan inteligente que haya razonado así "Lo mato. La gente dirá, haberlo matado es tan estúpido que no puede haberlo hecho él".

El Coronel Díaz afirma tener pruebas de que el General Noriega es cómplice en el atentado contra el General Torrijos. Yo conozco esas "pruebas". Las he leído. Estoy plenamente convencido de que el General Torrijos fue víctima de un atentado político de parte de los Estados Unidos, pero también de que la forma como el crimen se llevó a cabo no fue como se dice en esas "pruebas". Estas son una serie de cartas que le vendieron al hermano del General, Moisés Torrijos, y que procedían de la República Dominicana. De acuerdo a ellas el Cabo Mashasek, de la escolta de seguridad del General Torrijos, por una buena cantidad de dinero, accedió a llevar un dispositivo de comunicación que, además, era también explosivo. Esto último, por supuesto, no lo sabía Mashasek.

En mi época de reclutamiento pertenecí no sólo a la misma compañía y al mismo pelotón que Mashasek, sino a la misma escuadra. Nadie podrá convencerme nunca de que fuera capaz de un acto equivalente al engaño y en consecuencia a la traición. He hablado esto con Martín Torrijos, hijo del General, que conoció bastante a Mashasek, y está de acuerdo conmigo.

Según estas supuestas pruebas, los norteamericanos, con algún cómplice panameño de la Fuerza Aerea, que Díaz Herrera supone que es el Coronel Purcell, y el oligarca panameño Ricardo Arias Calderón, idearon y ejecutaron el plan homicida.

Conozco a Arias Calderón de la Universidad y si bien tiene todas las maldades sociales de su clase, a nivel individual estoy convencido de que jamás cometería un asesinato. Es perfectamente capaz, y habilidoso, de entrar en cólera porque los norteamericanos retrasan o postergan una invasión en la que se masacran miles de inocentes, niños, mujeres, ancianos. Es perfectamente capaz, y habilidoso, para, obedeciendo una orden del ejército norteamericano, dar una orden que desembocará en la quema de ranchitos humildes cerca de una base militar gringa. De todo esto es capaz, pero no de matar un ratón. Y que no diga o piense que él no sabía que eso, las masacres, el incendio de los ranchitos, iba a pasar, porque eso es exactamente lo que puede decir el General Noriega con relación al asesinato del Dr. Hugo Spadafora. La única diferencia es que del lado de Arias Calderón los asesinados son miles de pobres, en tanto que del lado del Genral Noriega la víctima es una sola, un militante de la contra nicaragüense.

Hasta allí las pruebas que presenta el Coronel Roberto Díaz Herrera contra el General Noriega, a quien, dicho sea de paso, en los papeles esos ni siquiera se lo menciona. Y aun cuando lo hubieran mencionado, como he dicho, son absolutamente burdas y nada conclusivas. Los familiares más inmediatos del General Torrijos han hecho públicas sus relaciones amistosas con el General Noriega. No se conciben esas relaciones si tuvieran la más remota duda de su inocencia en la muerte del hermano, el padre, el esposo.

También se le acusa al General Noriega de ser corrupto, rico, multimillonario. Yo no sé a cuánto ascienden, en rigor, sus cuentas en los bancos que le han ido congelando. El otro día salió en un periódico de la oligarquía que no eran más de 20 millones. Para mí esa es una millonada astronómica. Para un banquero panameño o cualquier vulgar rico no la es. Desde luego, se ha exagerado la fortuna personal del General Noriega. En todo caso, yo entiendo que un poeta, o un comunista auténtico, o un franciscano mendicante, le reproche a Noriega el ser rico. Pero no entiendo cómo puede reprochárselo un capitalista. Por el contrario, el sistema en el que vivimos, y en Panamá, además, de una manera

intensa, no solamente no ve mal el que se amase una fortuna, sino que lo ve bien, es una prueba de éxito, y en consecuencia de talento, de inteligencia, de capacidad. Conozco a un joven médico que me contaba su preocupación por comprarse un automóvil de lujo, para que la gente viera que tenía dinero, y por lo tanto clientes, y por lo tanto talento para curar. Yo mismo, que tengo consciencia de todo esto, al principio vi con mucha desconfianza la capacidad de quien llegó a ser mi dentista, porque su clínica era muy modesta, casi pobre. Que se le reproche a Noriega el ser rico, pero que no se lo reprochen ellos, que es lo único que son.

Incluso en la concepción capitalista, puritana y calvinista, del cristianismo se dice que Dios ama más a los ricos que a los pobres. Y que si se han hecho ricos, es porque están en su gracia, bajo su protección, y todo, es decir, sus negocios, les sale bien. De modo que ésa es una acusación seguramente justa. Pero ellos no tienen el derecho de hacerla.

Claro, se me puede argüir que lo que le reprochan es la manera de hacer su dinero, es decir, la corrupción. Yo fui oficial en las Fuerzas de Defensa y, estando vivo el General Torrijos, con quien trabajé muy de cerca, tuve eso que llaman "influencia". Varias personas me ofrecieron que entrara en sociedad comercial con ellas, en las que yo solamente tenía que poner mi nombre, con todo lo que, en esa época, pesaba. Tengo entendido que esa es la fuente principal de la riqueza de Noriega, el aprovechamiento de su puesto, su influencia. Por supuesto que es corrupción, valerse de eso. Y es una corrupción que hay que denunciar. Pero es una sinvergüenza denunciar esa corrupción y no la de los empresarios, inversionistas, comerciantes y ricos en general. Es más, siempre he pensado que la corrupción de los militares está auspiciada por el sistema capitalista para que encubra a la de los comerciantes. Y la auspicia dándole a los militares unos sueldos ridículos que los obligan a "rebuscarse", como se dice en Panamá. Por ejemplo, yo, como profesor universitario, tenía un salario más grande que el de Noriega y el de Torrijos, como Comandantes en Jefe del Ejército. Por no decir nada del guardia de tránsito, el soldado raso o el policía urbano. La corrupción de los militares, más conspicua que

la de los capitalistas, es una cortina de humo que nos impide ver y denunciar la corrupción "legal" de éstos. Por lo menos ese es el caso de Panamá, donde los siervos de los ricos se dedican a denunciar a los militares con la complacencia de los empresarios, propietarios y demás ladrones y explotadores.

La distinción que Torrijos solía hacer con frecuencia entre "moral individual" y "moral social" puede ser igualmente aplicable a la corrupción: "corrupción individual" y "corrupción social". Es decir, la que hace el individuo en tanto que tal y la que hace desde una clase social. Muchas veces esta última llega a esconder o enmascarar la calidad moral del individuo. Y así vemos cómo explotadores inmisericordes, responsables de la mortandad y la desnutrición infantil, y de la miseria del pueblo, van a misa vestiditos de blanco y luego a comer helados con sus hijitos. Quizás logren engañar a su Dios, su Dios de ellos, los ricos, porque también él tiene su gran negocio, con sucursales en el Vaticano, pero no engañarán a los tribunales del pueblo. Ni a su propia conciencia, cuando la tengan, si es que llegan a tenerla algún día.

Por último, con relación a las pruebas de narcotráfico que el Coronel alega tener contra Noriega, recuerdo que me decía que no tenía ninguna, sólo suposiciones. Ah, sí, y que en alguna ocasión vio al piloto César Rodríguez entrar a su despacho con una maletita de ejecutivo, en la que podría ir dinero. Es el piloto que posteriormente la mafia del narcotráfico lo asesina, de una forma muy cruel, cortándole la lengua, junto con un hijo del General Paredes, que fue el Comandante de las Fuerzas Armadas, en esa época Guardia Nacional, inmediatamente antes de Noriega. Esto es lo que el Coronel me confió, días antes de que lo sorprendieran en la conspiración, lo jubilasen y entonces hiciera él sus famosas declaraciones de prensa que la oposición, la iglesia y el imperialismo tomaron como pretexto para implementar su plan de sedición. Si he mentido, si he exagerado, que el propio Coronel lo diga. Yo me siento mirado por los estudiantes del futuro, y yo a un estudiante no le miento. Puede que sea deformación profesional. He sido profesor por más de 30 años.

Después he leído libros enteros donde se exhiben las pruebas de sus relaciones con el Cartel de Medellín y el tráfico de las drogas. Por mucha mentira que allí haya, porque se le implica al propio Fidel Castro, no puedo dudar de que también hay verdades. El hecho es que lo encausan en Miami. Yo no tengo pruebas ni a favor ni en contra de esas acusaciones. No sé cuáles son verdaderas y cuáles mentiras. Porque tampoco puedo dudar de que allí hay muchas mentiras. Pero puedo pensar. Y sé que si los Estados Unidos, con todos los medios de que dispone, no puede evitar que la droga entre, menos podrá Panamá, o las Fuerzas de Defensa de Panamá, impedir que pase por aquí. Debemos suponer que la acusación que se le hace al General Noriega es que deja pasar la droga por Panamá, no que la lleva o fabrica o vende, sino que permite que pase por aquí. Ya sabemos que no lo puede impedir, de modo que la acusación debe ser que cobra dinero por dejar que suceda fácilmente lo que no puede impedir. Incluso es peligroso tratar de impedirlo.

Por lo demás, como creo haberlo dicho ya, anteriormente, es ley del capitalismo que la demanda determina la oferta. Mientras en los Estados Unidos haya demanda de drogas, alguien se las va a ofrecer. Y en los Estados Unidos hay demanda de drogas porque las fuentes naturales de la emoción están cerradas en el capitalismo. Yo estoy seguro de que con la apertura al capitalismo de los países socialistas va a entrar en ellos la necesidad de las drogas. Es el precio de la iniciativa privada, de la economía de mercado y del afán de lucro. A cambio de dinero se pierden ciertos valores. Se vulgariza el alma humana.

Es impresionante cómo la acusación de los Estados Unidos contra el General Noriega se basa, fundamentalmente, en dos traficantes de droga presos. Todos sabemos los "tratos" que se hacen con estos prisioneros para que, a cambio de "cooperación" e informaciones, delaciones, etcétera..., se les promete una sentencia menos rigurosa que la que pesa sobre ellos. Conocí personalmente a Floyd Carlton, uno de estos prisioneros que implican al General Noriega en el tráfico de drogas y, a pesar de que siempre me cayó bien, no tenía una personalidad en la que se podía confiar. Era muy

negociante y nervioso. A mí siempre me pedía que lo ayudara a contactarse con los sandinistas para venderles esas piezas de avión que los Estados Unidos no estaban dispuestos a que Nicaragua las obtuviera. Pero los "compas" nicas no confiaron en él. Dato irónico y amargo: La persona en la que al final confían, que yo mismo les llevé, les roba 60,000 dólares.

El otro preso que incrimina al General Noriega, y que está preso por haber introducido no sé cuántos miles de kilos de marihuana a los Estados Unidos, es Steven Kalish. Y de lo que acusa a Noriega es de haberle aceptado un regalo de 130,000 dólares.

Es realmente grotesco oír a los Estados Unidos que esas son las razones para invadir un país. Pero es más grotesco aún el que haya personas decentes, muchas de ellas panameñas, que están convencidas de que eso es verdad.

No me cabe la menor duda de que en estos mismos momentos los Estados Unidos le están ofreciendo al General Noriega una pena suave, quizás incluso la posibilidad misma de encontrarle una salida legal a su encarcelamiento, a condición de que pringue de lodo la reputación y el prestigio de Fidel Castro. Exactamente como lo ha hecho con los narcotraficantes en relación al propio Noriega. Porque así es la "justicia" norteamericana. Y qué bien que están usadas las comillas en este caso. Pero Noriega, hasta donde yo sé, no ha estado dispuesto a cambiar su responsabilidad por una libertad que lo haría traidor y mentiroso.

La burguesía panameña, con la superficialidad y la escala de valores que la caracteriza, también acusa al General Noriega de ser feo, de tener marcado el rostro como de sarampión. Entiendo que una mujer le reproche a un hombre su fealdad cuando tiene algún tipo de relación sexual con él, pero de otro modo no.

Aun cuando fuese cierto todo lo que sus detractores dicen de él, seguiría siendo igualmente cierto que el General Noriega se le enfrentó al imperio norteamericano con una dignidad ejemplar, y que esto último pesa más que todas esas

acusaciones que se le hacen. Para mí, pesa más lo bueno que quiso hacerle a Panamá, con una política exterior independiente y con su decisión de que los Tratados se cumplieran, que lo malo que le hizo a los Estados Unidos permitiendo que por aquí pasara la droga con destino al consumo yanqui. Por lo demás, yo no creo que los hombres buenos hacen la revolución. Es la revolución la que hace a los hombres buenos. Y la revolución lo que le pide al hombre es que haga el bien, no que sea bueno.

Básicamente, la estrategia de los Estados Unidos y los enemigos de Panamá, consistió en plantearse al nivel de moral individual de una persona, el General Noriega, un problema que, por su naturaleza, debía ser tratado como la moral social de una nación. Por supuesto que no fue más que una estratagema para aprovechar la debilidad de una persona en la lucha contra la razón poderosa e histórica de una nación. Los medios mundiales de información masiva, que dominan, se aplicaron en convertir al General Noriega en basura moral. La difamación no conoció límite. Ni siquiera el del ridículo. En **Newsweek** por ejemplo, la revista norteamericana, se dice que el General Noriega viola a una prostituta. Se da como fuente a un periodista. Quién sabe cómo el periodista pueda ser fuente de una información como ésa. A menos que la prostituta se lo haya dicho ella misma. También se dice, en esa misma revista, que viola a una niña de trece años. La fuente que se cita de esta información es el mismo periodista de arriba. Y también se dice que el General Noriega es hijo natural. Como si pudiese haber uno que no lo fuese. Ebrios de odio y de saña, ya no saben lo que dicen. Por ejemplo, han llegado a declarar públicamente, en periódicos, revistas, y hasta en algún libro, que Noriega usaba ropa interior de color rojo. Dicen "ropa interior", no calzoncillos, para sugerir solapadamente que se trataba de ropa femenina. Parece que la encontraron en su casa, cuando la allanan después de la invasión. No lo dicen explícitamente, pero lo presentan como una prueba de homosexualismo. Y lo han dicho con tal convicción que tardé unos instantes en caer en la cuenta que la ropa interior eran calzoncillos, y que yo mismo tengo por lo menos dos de ese color. Porque quien no se pone a seleccionarlos de uno en uno, los compra en unas

bolsitas de plástico en donde vienen de tres en tres, y siempre de diferente color, uno de los cuales, invariablemente, es rojo. ¿Cómo se puede lograr un efecto publicitario enarbolando unos calzoncillos rojos como prueba de nada? Pretenden que es prueba, o indicio por lo menos, de un homosexualismo del que algunas veces lo acusan, con un machismo amariconado que da por supuesto que el homosexualismo es malo, moralmente reprochable. Personalmente no creo que el homosexualismo tenga nada de malo. Tampoco de bueno, claro. Yo distingo entre el homosexual y el maricón. Quizás no pueda definirlos, pero los distingo a una legua de distancia. Y una de las características más sobresalientes del maricón es que ataca con saña, ironía y baba, al homosexual, que seguramente en el fondo envidia.

Cómico sería todo este asunto de los calzoncillos rojos del General Noriega, si al mismo tiempo no pasara y repasara por la mente la imagen del Chorrillo ardiendo con su gente dentro, y de cadáveres que se han encontrado con las manos esposadas y un tiro en la cabeza.

Los Estados Unidos han vendido una imagen infame del General Noriega usando la misma técnica, altamente desarrollada, con la que venden Coca Cola y hamburguesas. He leído que el día que abrió sus puertas en Moscú el primer local de McDonald, tuvo más de 30,000 clientes. Una cantidad mayor de la que visita el mausoleo de Lenin. Si ellos, con toda su cultura socialista, no han podido marginarse de la publicidad norteamericana, ¿qué podemos esperar nosotros, que a los pocos días de nacer ya se nos somete a las presiones de sus campañas publicitarias?

Después de esta agresión moral, los Estados Unidos pasa a otra etapa de la agresión, la de las sanciones económicas. Deciden no pagar lo que se le debe al país en concepto de su participación en el Canal. Y, por último, deciden retirar sus dólares de la circulación. Como Panamá no tiene moneda propia, esa medida puede dejar a los panameños sin sueldo, sin dinero para alimentarse y atender las necesidades de su familias y ni para coger un bus. El propósito, abiertamente declarado de esta agresión, es incitar a la gente a que culpen

al General Noriega y que lo tumben. Y el no declarado, sembrar ya el pretexto para la intervención militar que seguramente tenían ya decidida y que le echen la culpa de ella al General Noriega. Cosa que lograron sobradamente, especialmente entre esos que se quieren dejar engañar, o porque son idiotas, o porque están completamente penetrados por la ideología del enemigo.

Pero Noriega no era el asunto, ni tienen los Estados Unidos la autoridad moral, con tantos escándalos de corrupción a los más altos niveles, por no decir nada de la legal, para sentar a nadie en el banquillo de los acusados. Con el propósito de lograr un efecto político social, los norteamericanos y la oligarquía escogieron el camino de la reducción de un caso de moral social a un asunto de moral individual. Un problema nacional, altamente estratégico para Panamá, lo quisieron resolver con el ataque personal a Noriega. Y hay que reconocer que no tenían otro camino, porque no era posible abordar el problema político sin quedar de sinvergüenzas descarados. Arrinconados por la premura del tiempo, arrinconaron ellos al General Noriega, cuya salida era condición *sine qua non* para pactar con la oligarquía una nueva versión, no por lo disimulada menos odiosa, del rapto de Panamá. Que es exactamente el espectáculo al que asistimos en estos momentos.

Considero muy importante esa distinción entre moral individual y moral social. Entre la moral que rige lo que el individuo hace en tanto que individuo, y lo que hace a través de su clase social. Si bien se puede hablar de la moral social, no tiene otra, de una nación, de una sociedad o de una clase, tanto la moral social como la individual se dicen principalmente del individuo. Pero la distinción entre moral social y moral individual no la cito para contraponerlas. No tengo ningún interés de decir que Carter podría ser un hombre individualmente bueno, moral, pero socialmente no, como se lo espetó Torrijos en un discurso que hacía a pocos metros del Presidente norteamericano. Como lo dijo con la voz pausada y neutra de quien humildemente piensa que no está diciendo nada importante ni nuevo, el Presidente Carter sonreía, y nadie parece que entendió lo que el General decía. Por lo

menos, nadie lo comentó. Ni tampoco quiero usar la distinción para decir, por otra parte, que el General Noriega puede ser individualmente malo, corrupto, pero socialmente no. Esa no es mi intención.

Ni puede serla, porque pienso que los dos conceptos no se pueden contraponer en serio. Pienso que los dos conceptos, sin que sean equivalentes, se medio implican mutuamente. Porque quien es malo socialmente, también lo es individualmente. Aunque no se le note. Y quien es bueno socialmente, también lo es a nivel individual. Aunque tampoco se le note. La distinción, sin embargo es útil, porque la dimensión mayor de lo social permite ver en mejor escala lo que al nivel individual puede ser microscópico, o estar escondido debajo de esas "buenas intenciones" de las que dicen que está empedrado el camino al cielo de los cristianos. No el camino de la revolución, porque allí las buenas intenciones no tienen absolutamente ninguna importancia. Lo que cuenta es lo que se hace. Y no importaría demasiado si se lo hace con malas intenciones, siempre y cuando esté orientado en el buen sentido histórico.

La distinción puede aplicarse igualmente al concepto de corrupción, como decía más arriba, la individual, la del individuo que roba, y la social, la del individuo que roba, generalmente mucho más que el primero, pero a través de su clase, a través de un sistema que justifica, e incluso aplaude, estimula, honra, ese robo. En tanto que la corrupción del individuo tiene por lo menos el freno de la ilegalidad.

Es bien pertinente recordar esto en un país en donde los grupos llamados "cívicos" y la burguesía en general atacan de corrupción a los que no pertenecen o representan su clase, en tanto que presumen de su propia honestidad. Hace escasos días que el Ministro de Gobierno y Justicia impuesto por la invasión a Panamá declaraba públicamente sus bienes, en un gesto que hacía gala de honestidad. Más de medio millón de dólares tenía. Sin contar con lo que puede tener su familia, su esposa, sus hijos. Este señor entró a trabajar en la Universidad de Panamá el mismo año que yo. Actualmente vive en el barrio más lujoso de Panamá. Yo vivo en uno de los

barrios más populares. Mis posesiones materiales tienen el signo negativo. Es decir, no tengo, debo. Pero él es el honrado y yo el corrupto, porque soy miembro, o lo era, mejor dicho, de aquellos que en las Fuerzas Armadas quisieron pasarse al bando de los pobres.

Como curiosidad nada más, pero creo que vale la pena, podemos echar mano al concepto original de corrupción. En la filosofía clásica aristotélica “corromperse” significa “dejar de ser”. Por ejemplo si un pedazo de madera se quema, decimos que se ha corrompido, porque ha dejado de ser la madera que era para transformarse sustancialmente en ceniza. La acepción moral de la corrupción se la dio San Agustín, quien pensaba que con el pecado el hombre dejaba de ser, su ser se le agujereaba, se corrompía. Con esto a la vista, ¿qué clase social está espiritualmente agotada, hueca, corrompida? La oligarquía nuestra está ya tan podrida que poco debe faltarle para que caiga sola. Tan desalmada, que aunque hubiese otra vida, como lo proclama la Iglesia cristiana, ellos no tendrían nada que llevar a ella.

Volviendo a la distinción entre moral social y moral individual, se la puede aclarar con un ejemplo: Cuando comparamos la calidad de un jugador con la del equipo. En este caso parecería que ambas calidades se pueden contraponer. Pues nos parece normal, al menos nada extraordinario, que haya un buen jugador en un equipo malo, y también un mal jugador en un equipo bueno. Pero el ejemplo nos sirve para mostrarnos cómo un buen jugador, medio que implica que su equipo sea bueno, puesto que él, y otros como él, son los que hacen que sea bueno el equipo en el que juega. Y al revés, cuando el equipo es bueno, cuando gana con frecuencia, eso hace que el jugador, a nivel individual, sea bueno, rinda todo su potencial. Entiendo así que la “media implicación” da lugar a inferir una media verdad de una verdad. Y por media verdad entiendo una proposición de la que no podemos afirmar con toda certeza que es verdad sino sólo en una cierta medida, que puede ser mayor o menor. Con esta distinción a la mano, a nadie puede caberle duda de que la moral social del General Noriega es buena. Y que esa bondad revierte en su moral individual, nótese o no. El argumento

de querer revertir una moral individual mala en su moral social, choca contra la calidad de querer librar a nuestro país de bases militares que lo convierten en un trampolín para saltar sobre nuestros hermanos de la región. Además, el acorralamiento, buscado conscientemente por el General Noriega o no, lo obligaban a implementar un modelo económico que no es el que beneficia a la oligarquía y al imperia-lismo sino precisamente a los que tienen intereses contradic-torios: las clases marginadas, los pobres, los trabajadores. Y que nos hace una falta enorme y esencial. Desgraciadamente no lo hizo nunca.

La oligarquía, en contubernio con los norteamericanos, cometieron un error. Llevados por la desesperación del tiempo que les apremia, acorralaron, insultaron, ofendieron hasta lo indecible, al General sin dejarle ninguna otra alternativa que la de luchar hasta la muerte. No tenía hacia donde escapar. Era un proceso revolucionario panameño y la gloria en la historia de América Latina, o la cárcel de Miami. No es que yo piense que Reagan y Bush hayan sido tan estúpidos (como la oligarquía nuestra que definitivamente sí lo es, gracias a Dios) como para haberle hecho ese favor al General Noriega, pero sí considero que hay buenas posibili-dades de que la estrategia que siguió el General Noriega fue la de colaborar con la de los norteamericanos y dejarse acorralar, precisamente para no tener otra alternativa que la lucha hasta el final. Con la ventaja de poder echarle la culpa a los norteamericanos y a nuestra burguesía por todo lo que tendría que hacer para defenderse de un arrinconamiento sin escape. Incluso pienso que pudo haberlo hecho subcon-scientemente, como se hacen muchas cosas que nuestra cobardía no permite que las hagamos a la luz de nuestra conciencia.

Eso que “no le quedaba más remedio que hacer”, por supuesto, es implementar un proyecto político y económico nacional que siempre estuvo ausente, conspicuamente ausente, de la vida nacional. Y es la razón por la que las fuerzas populares, con absolutamente toda razón, se han sentido marginadas y resentidas con el estado de cosas y apoyaron, inicialmente, al movimiento de la oligarquía pro-

yanqui contra el General Noriega. Pronto cayeron en la cuenta, sin embargo, y se salieron de lo que un periodista español llamó "la rebelión de los Mercedes Benz". Yo estoy muy inclinado a creer que la estrategia, consciente o subconsciente, del General Noriega fue la de Hernán Cortés: quemar todas sus naves. Sólo tenía dos caminos, repito, la cárcel en Miami o la victoria en Panamá.

Como no hizo nada, o bien poco, y desde luego muy tarde, le hicieron tomar el camino de la humillación en Miami. El General Noriega no parece que se dio cuenta de la urgencia que tenía de encausar al país en la vía del desarrollo popular. Por el contrario, hasta la última hora los ministros, como el que entonces lo era de Gobierno y Justicia, Renato Pereira, estaban diciendo que no había ninguna intención de una política diferente a la que le favorece a la oligarquía. Esa misma oligarquía que conspiraba con los gringos y que se lució buscando los epítetos más ofensivos, incluso a nivel personal, para calificar a Noriega. Cara de piña, ladrón, asesino, homosexual, Bocasa..., son sólo algunos.

A mí no me cabe duda de que el modelo económico debió ser el del General Torrijos, o uno inspirado por él. Y lo pienso porque tenía la particularidad de ser un proyecto político compatible con los intereses de los Estados Unidos. ¿Y para qué vamos a engañarnos decretando que no existen? Porque son contradictorios, pero yo pensaba que a los Estados Unidos no le quedaba más remedio que aprender a convivir con países que han encontrado el remedio propio para sus males. Y otro tanto se puede decir de la oligarquía. El modelo del General Torrijos le pisa un poco los callos, pero un poco solamente.

Si hay algo que se le puede reprochar al General Noriega es eso, no haber tenido un plan, un proyecto político nacional. Y ahora, después de la invasión, todo parece indicar que no había tampoco un plan militar. Sólo a última hora, el mismo día de la invasión, se tomó la decisión de armar, ineficaz e improvisadamente, los Batallones de la Dignidad. Cosa que debió hacerse meses atrás. Yo mismo, que soy teniente de las Fuerzas de Defensa, solicité un fusil para

tenerlo en casa, y no me lo quisieron dar, ni instrucciones, ni nada, en caso de esa invasión que veíamos cernirse sobre nosotros.

Le aplaudimos al General Noriega la forma viril y patriota como se le enfrentó al imperialismo norteamericano. Fue un ejemplo para la América Latina y el Tercer Mundo en general. Pero a la hora de poner las cartas sobre la mesa, se hizo evidente que ni él ni sus asesores habían pensado nada serio en el orden político y económico. Ni en el militar. Las clases populares, que nunca fueron atendidas en sus necesidades, veían sólo un antimperialismo valioso, pero acompañado de nada para ellos. Y no es suficiente estar contra el imperio, hay que estar a favor del pueblo.

El General Noriega no daba para más. Llegó hasta el antimperialismo, pero no pudo pasar de ahí. "Fuera de la Iglesia, no hay salvación", se decía en la Edad Media. Debo suponer que le faltó la consistencia que sólo da la convicción ideológica de izquierda, que es la única Iglesia en la que deben de creer los pobres. Pero lo que podía dar, lo dió. Y ése es un honor que le queda. Y que podrá lucir, con todo orgullo y derecho, ante los tribunales de la historia.

NOTAS

En la solapa del libro de Frederick Kempe, **Divorcing the General**, publicado por G. P. Putnam's Sons, Nueva York 1990, aparece la siguiente cita de Joel McCleary:

Todos se estaban acostando con Noriega. Noriega era una puta linda. Pero entonces envejeció y se le arrugó el culo. Se hizo más corrupto y comenzó a vender drogas. Ya no era divertido llevarlo a fiestas. De manera que había que deshacerse de él.

La Prensa, Panamá, lunes 11 de junio de 1990
NO HAY PRUEBAS CONTUNDENTES CONTRA NORIEGA,
AFIRMA N. Y. TIMES

NUEVA YORK (REUTER)- Investigadores estadounidenses que buscan pruebas contra el general Manuel Noriega dicen que prácti-

camente no han encontrado documentos contundentes sobre la participación del ex hombre fuerte panameño en el tráfico de narcóticos, informó el New York Times.

Los gobiernos de Ronald Reagan y George Bush describieron a Noriega -al que actualmente se le siguen dos causas por narcotráfico y lavado de dinero- como uno de los grandes traficantes de estupefacientes.

Testimonios citados por Stella Calloni en "Panamá: el día del lobo", **América, la patria grande**. Número 8. Julio-septiembre de 1990, México.

Fuimos testigos de todo esto. De lo que yo llamo toda clase de muertes. Nos dispararon sin piedad toda una noche de horror. No teníamos salida. He visto el horror, caminaba aquella mañana entre cuerpos quemados y heridos, no podíamos auxiliarlos porque las tropas norteamericanas nos apuntaban con sus armas. Yo he visto el horror. Un muchacho herido levantar su cabeza y a un soldado norteamericano apoyar su pesada arma en la cabeza y dispararle. Eso he visto, salir a mujeres y niños de sus casas y los soldados los ametrallaron. No nos pueden pedir que olvidemos los tanques pasando sobre muertos y heridos y nosotros gritando, de lejos, apuntados por las armas, arrodillados. En los primeros días nadie hablaba. Ellos, los gringos, hicieron todo para así para aterrorizarnos para siempre. Pero ahora nadie quiere ser cómplice del crimen y estamos contando la historia". (Narración de Gloria, enfermera).

Usaron armas terribles. Un muchacho como de 16 años, resistía escondido detrás de unas maderas, luego se subió a un piso 13. "Está loco", pensábamos todos. "¿Qué puede hacer él solito allá arriba?" El disparaba contra las tropas que estaban pasando sobre los cadáveres de nuestra gente. Entonces vinieron dos helicópteros y dispararon algo terrible. Algo que entró y quemó todo en la habitación. Su cuerpo pobrecito quedó destruido. No puedo dormir, le juro que nunca duermo, veo la imagen cada día. Y ahora entiendo que no estaba loco, era un pequeño héroe nuestro. (Gilberto, de El Chorrillo).

XII

EPILOGO

Ya van a ser casi cinco meses desde el día, la noche, mejor dicho, de la invasión. La presencia norteamericana ha disminuido bastante, pero todavía se los ve en las calles. No se retiran abruptamente para que el regreso tampoco lo sea. Se están yendo así, despacio y suavcito, para poder entrar cuando les dé la gana de igual forma, despacio y suavcito, de forma que no nos duela y ni nos demos de cuenta. Ni están ni no están. Medio que están y medio que no están, en una negación dialéctica al principio clásico de tercero excluido indicativa de la penumbra difusa en la que operan.

En algunos sitios, sin embargo, la ocupación es abierta y descarada. La base militar de Río Hato, llamada después "Omar Torrijos" porque la recuperó del ejército norteamericano, ha vuelto a ser una base militar norteamericana. Lo mismo puede decirse de la base "General José Domingo Espinar", y la de "Fuerte Amador". Cuando el Ministro de Relaciones Exteriores afirma, como lo hizo en días pasados, que ellos no han cedido una pulgada de la soberanía del territorio nacional, es porque han cedido los no sé cuántos miles de kilómetros cuadrados. Porque, como lo sabe toda mujer, se puede ceder callando.

Cuando a los funcionarios vendepatrias, alquilapatrias, regalapatrias, se les pregunta hasta cuándo van a permanecer en Panamá las fuerzas yanquis de ocupación, ellos dicen que "hasta cuando sea necesario". Es decir, hasta que ya no haya un solo pobre que proteste, hasta que el país quede absolutamente sometido y castrado, a su propia imagen y semejanza.

Los Estados Unidos nos han sacado a relucir, a unos más, a otros menos, el cobre a los panameños. A muy pocos el oro. Sin duda que los menos perjudicados han sido los oligarcas panameños. No porque tengan menos cobre, sino porque ya lo tenían de manifiesto. Cuánto patriota, sin embargo, dentro de los cuales me cuento, no hemos sido humillados, descubiertos desnudos, al no haber podido estar a la altura de la agresión. Para que la ofensa sea mayor, el enemigo ni siquiera nos teme. A muchos, dentro de los cuales me cuento, ni siquiera se nos ha reprimido. Esta pérdida del respeto propio, de la autoestima, debe también contabilizarse en la columna del costo moral, al lado del material, que hemos pagado por ser invadidos. Invadidos totalmente, tanto por fuera como por dentro.

Todavía son yanquis los que manejan los carros de la policía. Qué humillación debe ser eso para mis compañeros de las antiguas Fuerzas de Defensa. El otro día me dijo uno en el aeropuerto, conforme pasaba a mi lado, disimuladamente, para que nadie se diera cuenta, en voz bajita y sin mirarme a la cara: "Torrijos vive, Chuchú". Después me encontré con un oficial amigo, afuera de un McDonald, adonde había llevado a un soldado yanqui a que se desayunara. Me preguntó que cómo estaba. Le dije que bien, en la Universidad, en donde le dije que ganaba un buen sueldo. Eso se lo dije para que pensara que es por eso que no me he inscrito en la nueva Fuerza Pública. No quise humillarlo a él, que sé que lo ha hecho por la necesidad del salario. Le pregunté que cómo estaba él. Y me dijo: "Ahí, con el pecho roto". Recordamos a Torrijos, casi que con la mirada sólo, y nos despedimos con una sonrisa amarga, porque en ese momento salía el soldado yanqui con quien él andaba. Llegó la hora de la clandestinidad. Torrijos decía que había que convertir toda derrota en una victoria. Pues llegó también la hora de cosechar los laureles de la derrota.

Nuestra primera victoria es la de haber ganado el conocimiento de que sin una organización popular, con una clara conciencia de clase, el enemigo, que sí la tiene, nos lleva una gran ventaja. Otra victoria que ganamos fue la polarización de las fuerzas en Panamá. Ya todos sabemos dónde estamos,

y dónde está el enemigo. Especialmente los de la clase media, a la que hay que ganarse urgentemente.

Tengo entendido que hay alguna gente alzada en la montaña, pero por lo pronto se limitan a huir. En la ciudad los amigos están todos deprimidos y no hay el ambiente para reagruparse y estudiar las formas de lucha que son posibles en Panamá. Los panameños estamos ya curados de espanto y de toda propensión a la demagogia y la petulancia. La invasión nos dejó humillados, humildes y fogueados. Y avergonzados de estar vivos.

En un principio yo pensé que no quedaba ninguna forma de lucha para mí. Solicité mi jubilación y tenía pensado irme a vivir a algún pueblito de Italia, a beber vino, a comer pastas y a escribir sonetos. Pero ese proyecto se me ha ido desinflando. Sobre todo porque me he enterado que con la jubilación mis ingresos disminuyen como en mil dólares. Además, veo que la vida en Panamá sigue siendo posible. Humillado, con los dientes rotos, sin ánimos, muy humildemente, pero posible.

No sé qué va a pasar en Panamá. Todo parece indicar que se avecina la noche del fascismo. Los ricos están insolentes y violentos. Con el pretexto de reprimir al hampa que se ha desatado, los norteamericanos y la policía panameña rodean barriadas enteras donde viven los pobres, y registran casa por casa e individuo por individuo. Casi que es un delito el ser pobre. Si lo que buscan son armas, entonces es a las casas de los ricos que deben ir. A raíz de la invasión quedó bien claro que todos los ricos están armados. El gobierno no solamente tolera eso, lo estimula, recomienda que se formen pandillas de "vigilantes", al estilo de los norteamericanos que linchan a los negros. Si es droga lo que buscan, la fina, la cara, es en casa de los ricos que la van a encontrar. El pobre pueda que la venda, para ganarse unos reales, pero no la consume. Todos sabemos que el problema de la droga fuerte son los ricos y la clase media alta que la tienen. El pobre no puede darse el lujo de consumir nada más caro que la marihuana nacional. De manera que es en los barrios opulentos que debe ir a buscarla, porque es allí donde la va a encontrar. La

que encuentra en casa de los pobres, es para la venta, no el consumo. Y no es justo considerar mala su venta y no su consumo. Por último, si es ladrones lo que busca, que vayan a buscarla donde hay gente que tiene dinero y propiedades. ¿Cómo puede haber un ladrón pobre? Obviamente, si lo fuese no sería pobre. Pero, ¿si no es droga, ni armas, ni ladrones, lo que buscan, cuál es el objetivo de estos operativos de guerra contra los pobres? Uno bien clarito: aterrorizarlos, paralizarlos de miedo, que no se les ocurra ir a manifestaciones reclamando justicia o salario o soberanía. Que vean, y sientan, lo que les puede pasar si interrumpen el proceso oligárquico-imperialista que los debe conducir a ellos, en las espaldas de los pobres, a su propio y enfermizo bienestar. El otro día fui a la playa con una hija mía y, viendo las mansiones lujosísimas que tienen allí los ricos, recordé las casuchas brujas de los miserables donde viven los "ladrones" contra los que la Nueva Fuerza Pública y el ejército norteamericano han declarado una guerra sin cuartel. En cada redada que hacen a los barrios populares, se llevan detenidos cientos y cientos. Solamente en una de esas redadas, se llevaron presos a más de setecientas personas. ¿Están oyendo, gente del futuro? Más de setecientas personas en una sola de sus malignas redadas. Lo he leído en los propios periódicos de la oligarquía. A estos operativos, totalmente militares, con tanquetas yanquis, ametralladoras, y hasta con helicópteros, señores!, les llaman, con ese eufemismo asqueroso de los demócratas cristianos, "Rescate de la Tranquilidad en Democracia". Por supuesto que se trata de la tranquilidad de ellos ante la amenaza de la angustia y la desesperación del pobre. Ahora les ha dado por parar los autobuses donde viaja la gente pobre, hacerlos bajar, registrarlos, y llevárselos presos a la menor irregularidad. Todo esto ante la mirada atónita, llena de rabia, impotencia y odio, de la gente de la calle y los balcones que ven y sienten la ocupación extranjera y el entreguismo criollo. Porque sí hay policías panameños, pero está clarito que los jefes son los soldados rubios.

Otro incidente reciente que manifiesta la escalada de la represión oligárquica imperialista es la quema de unos ranchitos humildes cerca de una base militar yanqui. Los

gringos le dieron la orden al Ministro Arias, el Ministro Arias le dio la orden al Gobernador de la Provincia, el Gobernador de la Provincia le dio la orden al alcalde de Veracruz, que es donde estaban los ranchitos, y el Alcalde de Veracruz le dio la orden a la nueva policía, que la cumplió. Se incendiaron y redujeron a escombros los ranchitos con todo lo que tenían dentro.

Están cavando su propia tumba. Esos miserables que llevan esposados por atrás, golpeados, humillados, no podrán nunca ser “democráticos”. Ni estar jamás a favor de esos soldados rubios que han mancillado su casa, su vida, su honor. Ni sus amigos, menos los familiares, y aun menos sus hijos. En cada redada que hacen, y la palabra “redada” es justa, porque son montones de gente como sardinas que recogen..., en cada redada, digo, están formando miles de revolucionarios.

El objetivo de la dimensión descomunal de la invasión, la de paralizar al pueblo panameño con el terror, ha sido un fracaso que me hincha el pecho de orgullo y me mueve hasta las lágrimas. A pesar de estar militarmente ocupado el país, las manifestaciones populares son como una ola que va creciendo más y más. Hace días hubo una, llamada “marcha del hambre”, en la que se vinieron caminando desde Colón, eso quiere decir jochenta kilómetros!, gente desempleada y hambreada. Cuando llegaron a la ciudad de Panamá, la gran mayoría de ellos renqueando y con los zapatos rotos, empezaron a saltar gritando consignas patrióticas y antimperialistas.

Y esto, señores, en un país invadido, con miles de muertos, y con los soldados invasores yanquis uniformados y armados en las calles. ¿No es para estar orgulloso, hasta las lágrimas, de ser panameño?

El fenómeno que se ha dado en Panamá a raíz de la invasión, de un incremento vertiginoso de la delincuencia común, de robos a mano armada, secuestros, asesinatos, prostitución, no puede ser explicado en términos morales sólo. No es que de pronto han aparecido unos hombres malos

sin conciencia que se dedican a la delincuencia. Hay un factor de "clase", además del de la miseria, que no se puede pasar por alto, y fueron los ricos los que lo actualizaron. El Ministro de Planificación y Política Económica ha declarado, abiertamente y sin tapujos, para quién es éste gobierno, al decir que será el 100% de la empresa privada. Los ricos levantaron barricadas contra los pobres durante la invasión, solidarizándose con los invasores, a quienes recibían literalmente con besos, con besos en la boca, poniendo así de manifiesto quiénes estaban contra quiénes. El Ministro de Gobierno y Justicia explica las funciones de la Fuerza Pública en el exclusivo Club Unión. Al pueblo no hay que ir a explicárselas. O se las explica de otra forma y con otros instrumentos. Y hasta en otro idioma. Muy imbécil tendría que ser el pueblo para no darse cuenta que de pronto le han robado el poquito de país que tenía. Y que le han declarado la guerra.

Exacerbada la lucha de clases, por la de los propietarios, porque se sienten poderosos y avalados por el ejército norteamericano, al pueblo no le ha quedado otra alternativa que tomar conciencia de la suya propia.

Este es el marco en el que hay que situar el problema de ese incremento de la delincuencia en Panamá. Y no se va a resolver, como lo pretende este gobierno, mediante la represión generalizada sobre los barrios pobres. En Estados Unidos, donde la represión contra los pobres es fuerte, igualmente es grande la delincuencia.

Una forma de hacer que una persona se transforme en algo, es diciendo que la persona es ese algo. Me consta que la mejor forma que tiene mi mujer de enojarme es diciéndome que estoy enojado. Al pueblo se le ha dicho que es ladrón. Se le ha tratado como tal. Se le han allanado sus habitaciones miserables, buscando una droga y unas armas que no están allí. Jamás se ha allanado la casa de un rico. Eso ni siquiera cabe en la imaginación. El pobre es sospechoso por no ser blanco, por tener la ropa vieja y sucia, por tener el rostro de quien le han pasado la vida por un trapiche. Justamente las razones para saber que es honrado.

La delincuencia puede ser una forma de expresarse la lucha de clases. E indudablemente su represión también. La delincuencia tiene un componente expresamente disimulado de resentimiento del pobre. No se lo quiere ver porque es más fácil combatirla con la represión que con la justicia. Se me grabó muy vívidamente una experiencia que tuve recientemente en un parque, el otrora llamado "Parque Omar", donde suelo ir a correr por la mañana. Es un ejercicio que me gusta mucho y que me sienta. Cuando iba por un sitio bastante solitario, me asaltó una pandilla como de cinco "maleantes", con unos enormes cuchillos. Nada pudieron robarme porque no llevaba nada. En esa ocasión, ni siquiera el reloj. Lo único que me quitaron fueron las llaves del carro. Cuando se iban alejando, decepcionados supongo, les pedí que me devolvieran las llaves, y entonces ellos me las tiraron, con un gesto despectivo. Cuando ya estaban a unos veinte metros, me envalentoné y les grité: "¡Hijos de puta, vayan y róbenle a los ricos!". Entonces uno de ellos, cholito, bajo, se volvió hacia mí y me gritó: "¡Tù mismo eres rico!". Pero me lo dijo con una cara feroz de odio, de tigre contenido, que todavía recuerdo con todo detalle, y que me deja mudo. Nadie podrá convencerme que no había en ese asalto un componente importante de odio de clase.

De noche, cuando regreso de la Universidad, veo cómo cada vez hay más prostitución en las calles, sobre todo las cercanas a los hoteles. Pero no son las putas clásicas, con la piel ajada por el mal dormir, mal comer, mal vivir, y la cara pasada por el trapiche y pintada y repintada al gusto de los clientes. No. Estas son putas jóvenes, muy lindas, todavía un poco asustadas, tímidas, que se conoce son nuevas en el oficio. Yo me las quedo viendo porque, como digo, son bien lindas. Y ellas también me quedan viendo como preguntándome con la mirada: "¿Qué vas a hacer conmigo?".

El modelo declarado que el gobierno se ha propuesto imitar, es el de Costa Rica. Justamente el que yo pondría de ejemplo en el extremo opuesto de lo que yo quisiera para un país. Como ejemplo de democracia, Costa Rica es el mejor argumento para no querer la democracia. En ese sentido creo que Costa Rica es un ejemplo excelente de democracia.

Porque hay que ver la clase media tica para darse cuenta hasta qué punto puede un sistema social trivializar a un ser humano. ¿De qué le sirve al costarricense vivir en una libertad objetiva si no tiene las condiciones subjetivas para poder ejercerla? Como decía anteriormente, ¿de qué le sirve a un eunuco la libertad para hacer el amor?

Nada está descartado. Ni siquiera el ser colonia norteamericana. Esto es a lo que aspiran algunos de los más degradados servilistas panameños, no el gobierno norteamericano. ¿Para qué van a querer los gringos invertir o pagar una cosa que se les está ofreciendo gratis, por amor? Por lo demás, la situación económica de los Estados Unidos no está ya para pagar por esos servicios. Bastantes problemas tiene ya en su casa para crearse otros. Es solamente ahora que comprendo bien el pesimismo del General Torrijos. Graham Greene siempre pensó que lo causaba el pensamiento de la muerte. Yo estoy convencido que no era la muerte, sino Panamá, su pueblo, la imagen de una muchacha panameña dándole un beso en la boca al soldado invasor. El no la llegó a ver, pero estoy seguro que la podía prever e imaginar.

Yo quisiera participar de la euforia revolucionaria. Porque un revolucionario nunca se da por vencido. Me he querido convencer de que por el mero hecho de estar en el bando de los justos se es ya, desde ese mismo instante, un triunfador. No importa que la copa nos la den de aquí a 5, 50 o 500 años. Nuestro equipo ha ganado ya en la medida en que está luchando y no se le ocurre dormir en esos laureles de un triunfo que ya logró. Me he dicho que la recompensa de la lucha revolucionaria es la misma lucha revolucionaria. Del mismo modo que el castigo de los que se pudren la vida explotando a los pobres son ellos mismos, esa vida podrida que llevan. Y para que el castigo sea ejemplar y a la altura del delito, se les ha quitado hasta la capacidad de darse cuenta y olerse el alma. Me digo que por el mero hecho de estar luchando en el equipo de los pobres me he ganado el derecho a ser recibido por mis amigos como me reciben: alborozados, él, su mujer, sus hijos, todos, y me invitan a comer carne y a beber vino, a hacer chistes, y a recordar muertos. Todo eso me lo digo, y estoy convencido de que tengo razón. Pero

entonces me levanto a media noche, me asomo a una ventana, y me cae encima el universo entero, y la depresión, y la soledad. Estoy profundamente golpeado, "con el pecho roto", como decía el compañero, y no le veo salida a este túnel oscuro que cada vez se hunde más.

De aquí a cincuenta años, cuando los estudiantes repasen la historia de su país, tendrán que leer este ensayo. Que sepan ellos, porque se los estoy diciendo con toda claridad, que estos días han sido de vergüenza y humillación. Que el enemigo, tanto el norteamericano como el oligarca panameño, es infinitamente malo, más allá de toda imaginación. Yo espero que nunca más se repita un acontecimiento como el de ese 20 de diciembre de 1989.

A ustedes les queda, porque es lo que fundamentalmente les dejamos, la obligación de redimirnos. Obligación, porque somos sus padres.

He vuelto a leer estas cosas que he escrito al calor, la luz, los ruidos de la invasión, y muchas de ellas se han ido confirmando, creciendo. Tengo la sensación de que estoy plagando la realidad. De que tiene poco sentido decir lo que todo el mundo puede ver por sí mismo. Por eso, decido parar. Está bien que lo haya hecho. Pero no más. Le pongo límite, fecha. Unos cuantos meses, más o menos. Que quede niño. No he querido corregir, actualizar. Temo que, de hacerlo, perdería la subjetividad. Y, en este caso, la subjetividad es un componente básico de la verdad objetiva.

Yo no sé si esto es un epílogo o un prólogo. O ambas cosas. Porque algo termina en Panamá, para siempre. Y algo, yo creo que tenebroso, comienza. Para mí, toda esta desgracia comenzó en San Blas, en una hermosa isla llamada "Corazón de Jesús", donde me accidenté con mi avión.

Ninguna vida es larga, pero puede ser ancha y honda. Sobre todo ancha. Justamente la actitud de las alas de mi avión, porque es en él en el que estoy pensando, comunican esa vocación por lo ancho, lo abarcador. Siempre abiertas de par en par, en un gesto que parece de entrega, y seguramente

lo es también, pero cuyo último sentido es el de receptor. Puede que sea la entrega total a la recepción. El estar totalmente dispuesto a la recepción del mundo, sin condiciones y sin prejuicios.

Por supuesto que quiero una vida larga, pero la quiero sobre todo ancha, y, por lo menos en un aspecto, en un trabajo, en una mujer, la quiero honda. La sensación de lo profundo es otra forma de mirar la altura, que es la categoría fundamental de quien se ocupa en tripular un avión.

La diferencia básica entre lo largo, con lo ancho y lo hondo, es que lo largo es una capacidad, la capacidad de prolongarse y prolongarse. Lo largo es un tamaño, algo que se puede medir, en metros, en pies, o en kilómetros, incluso en años luz. Lo ancho, por otra parte no es una capacidad, es una cosa actual, consumada. Lo ancho, lo abarcador, lo es ya, no tiene que recorrerse. Por eso mismo no se mide numéricamente. Una cosa ancha abarca mucho, o todo, o poco. Es una riqueza, un capital, con el que se cuenta. No hay que ir a cobrarlo, como lo largo.

Algo semejante sucede con lo hondo, que es otro punto de vista de lo alto. La profundidad, que desde abajo es lo mismo que la altura, se mide como una intensión, no como extensión. Quiero decir, lo hondo puede ser intenso, fuerte. Un segundo intenso, quince minutitos profundos pueden tener mucha más hondura que un siglo entero. Después quiero desarrollar más estas ideas. Son la clave para entender mi avión.

Mi avión, con sus alas totalmente desplegadas, volando por los cielos de Panamá y de Nicaragua, dos patrias profundas que amo. He sido feliz. Si Dios existiera, se moriría de envidia viéndome sentado en el humilde trono de mi avión.

Era un avión viejo. He dicho "era". Se ha muerto hace poco, en una isla llamada Corazón de Jesús. No sé cómo hacer para contar los detalles del accidente. Me cuesta pensarlo. Me cuesta imaginarlo como la última vez que lo vi: sus dos alas rotas. Un tren de aterrizaje completamente desgarrado.

do del fuselaje. La hélice doblada. Todo arrugado, roto, muerto.

Tengo la impresión de que se me ha adelantado para poder estar esperándome. Porque no creo en lo que estoy diciendo, pero si todo el mundo tiene su propio infierno, también debe tener su cielo propio. Y en el mío hay un avión que vuela. Y en ese avión voy yo, viendo las nubes abajo, las montañas, los instrumentos de vuelo. No es posible que sea de otra forma. Aunque yo no lo crea, no es posible que mi avión se haya acabado.

Como las penas no vienen solas, a los pocos días del accidente comenzó a resquebrajarse el socialismo en Europa del Este. La opción de los pobres y de los poetas, y de la gente inteligente en general. Después vino la invasión de Panamá, una garra de tigre en el rostro de un niño. Y días después, los sandinistas pierden las elecciones en Nicaragua. Tantos muchachos sandinistas muertos, para que los ricos vuelvan a tomar el poder. Muerte inútil la de esos héroes purísimos, con muchos de los cuales compartí el pan, el vaso de vino, la canción, la esperanza, y el dolor de los compañeros muertos que caían constantemente. Seguramente que Tomás Borge no puede dormir. ¿Con qué cara ver el recuerdo de esos muertos que le rondan el sueño porque ya no tienen dónde estar?

El caso mío es mucho más sencillo. Yo le puedo hablar al General Torrijos, e incluso a los niños del futuro, mirándolos directamente a los ojos. Panamá es esto. Esa pila de muertos, ese Ministro de Gobierno y Justicia, esa muchacha besando al soldado invasor, esos miembros de los Batallones de la Dignidad tratando de impedir que roben un supermercado, y el pueblo feliz, que no les hacía caso.

Pero también Panamá son esas manifestaciones populares, cada vez más frecuentes y numerosas, en las que se gritan consignas antimperialistas, a pesar de estar el país militarmente ocupado: "¡Pim, pom, fuera, que se vaya la gringuera!". "Fuera, fuera, fuera el asesino, que un veinte de diciembre a mi tierra vino!". Bajo la mirada torva, bajo la presencia

física e inmediata de soldados norteamericanos. Yo los he visto.

Panamá es esto, y esto soy yo. Por muy poco que sea, es todo lo que tenemos. Y es la herencia que les dejamos, los materiales para construir el futuro. Y también el pasado. Porque la historia, como por otra parte la vida misma, es retroactiva. Y, como decía Torrijos, refiriéndose al hombre del futuro: "Con esta mierda tenemos que hacer el muñeco".

Impreso en los talleres de
Editorial Presencia Ltda.
Calle 23 No. 24-20
Bogotá, Colombia.

Su obra es tan fecunda como variada: *La Estrella de la Tarde*, *Invitación al Coito*, *One Way*, *En el Nombre de Todos*, *Poemas a Mí*, en el campo de la poesía; *El Tema de la Muerte en Santo Tomás de Aquino*, *Lecciones de Historia de la Filosofía Moderna*, *Introducción al Cálculo de Probabilidades*, en los predios del ensayo; *El caso Dios*, *Santos en espera de un milagro*, *Amanecer de Ulises*, *Juicio Final*, *Cero y van tres*, son sólo algunas de sus obras de Teatro. *Mi General Torrijos*, tal vez su obra más conocida fue premiada en el Concurso Casa de las Américas, y de ella se han hecho varias ediciones".

11 3 93
D
5.95

"...un personaje cabal de Graham Greene. Andariego misterioso, aviador osado, conspirador locuaz, enemigo jurado de la fortuna, protector botarata de los exiliados, amante apasionado de todas las mujeres, cualquiera que fuera su edad, padre de todos los hijos que pudieran darle todas esas mujeres. Chuchú Martínez estaba aguardando agazapado en el cerebro de Graham Greene antes de pasar a ser un personaje perfecto en *Getting to Know the General* de Graham Greene, un libro testimonial sobre el general Torrijos, pero antes que nada una novela sobre la vida y las andanzas de Chuchú Martínez, el mejor personaje de Graham Greene, y Graham Greene el mejor personaje de Chuchú Martínez, tal para cual, el uno para el otro".

SERGIO RAMIREZ MERCADO (Tomado de *La Jornada*, México, 24 de febrero de 1991).

"Cuando terminaron de caer las bombas y las tropas norteamericanas, alentadas por los vítores y embriagadas por la hazaña de conquistar en pocas horas un país con el poderío militar de Panamá, decidieron saquear y después quemar la casa de Torrijos, Chuchú inició una carrera desenfrenada contra la vida...

A los 61 años, los mismos que hoy tendría Torrijos, Chuchú supo que la vida ya no habría de alcanzarle para ver a Panamá libre de la tutela a la que parece destinada desde su separación de Colombia en 1903...

En la guerra entre el cuerpo que se aferra a la vida y el espíritu que no resiste más humillaciones, triunfó finalmente el alma destrozada, primero por la muerte de Torrijos y después por la invasión".

JORGE EDUARDO RITTER (Tomado de la *Revista Credencial*, Bogotá, marzo de 1991).